UN RECORRIDO CRISTOCÉNTRICO
POR EL EVANGELIO DE JUAN

VEN A MÍ

ENCUENTROS CON CRISTO EN EL EVANGELIO DE JUAN

"Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre."
— Juan 20:31 —

DESCUBRE
AL HIJO DE DIOS
Y ENCUENTRA
VIDA ETERNA

VEN A ÉL. CREE. Y TENDRÁS VIDA.

GERSY JAVIER SIMÓN RODRIGUEZ

©2026 Gersy Javier Simón Rodriguez

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves utilizadas con fines de crítica, comentario, enseñanza o investigación, siempre que se reconozca adecuadamente la fuente.

Las citas bíblicas utilizadas en esta obra han sido tomadas principalmente de la versión Reina-Valera 1960, salvo indicación contraria.

Este libro ha sido escrito con fines educativos, pastorales y de edificación cristiana. Las interpretaciones y conclusiones expresadas representan la convicción teológica del autor y han sido elaboradas mediante el estudio de las Sagradas Escrituras. Se anima al lector a examinar todo a la luz de la Palabra de Dios. Salvo indicación expresa, los nombres de personas, ministerios o instituciones mencionados tienen únicamente fines ilustrativos. Cualquier semejanza con situaciones reales es coincidental.

"La gloria sea al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien por medio de su Palabra sigue llamando a pecadores a la fe y edificando a su iglesia para la alabanza de su gloria."

Índice

INTRODUCCIÓN GENERAL: El Evangelio que nos conduce a contemplar la gloria de Cristo

Introducción

CAPÍTULO 1: El Verbo eterno: Sabiduría, Luz y Señor de la creación

CAPÍTULO 2: La voz en el desierto: el testigo de la Luz

CAPÍTULO 3: Los primeros discípulos: el llamado a permanecer

CAPÍTULO 4: Las bodas de Caná: la gloria que transforma y limpia

CAPÍTULO 5: Nicodemo: el nuevo nacimiento y la luz en medio de las tinieblas

CAPÍTULO 6: Juan el Bautista: el amigo del Esposo y la gloria que debe crecer

CAPÍTULO 7: La mujer samaritana: el agua viva y la adoración verdadera

CAPÍTULO 8: El noble de Capernaum: la fe que descansa en la palabra de Cristo

CAPÍTULO 9: El paralítico de Betesda: la gracia que busca al impotente

CAPÍTULO 10: La multitud hambrienta: Cristo, el Pan de Vida

CAPÍTULO 11: El ciego de nacimiento: la luz que abre los ojos

CAPÍTULO 12: El Buen Pastor: la voz que llama a sus ovejas

CAPÍTULO 13: Lázaro: la voz que vence la muerte

CAPÍTULO 14: María de Betania: la adoración que reconoce el valor de Cristo

CAPÍTULO 15: El Rey que vino a morir

CAPÍTULO 16: El Maestro que lava pies: la gloria de un amor que sirve

CAPÍTULO 17: La casa del Padre: el consuelo de Cristo para corazones turbados

CAPÍTULO 18: La Vid Verdadera: una vida que permanece en Cristo

CAPÍTULO 19: El Consolador y la victoria de Cristo: esperanza en medio de la aflicción

CAPÍTULO 20: La oración del Gran Sumo Sacerdote: la gloria del Hijo y la seguridad de los suyos

CAPÍTULO 21: Los discípulos en las manos del Padre: guardados en medio del mundo

CAPÍTULO 22: La unidad de los redimidos y la gloria futura de Cristo

CAPÍTULO 23: Getsemaní: la obediencia del Rey y la entrega voluntaria del Cordero

CAPÍTULO 24: El Rey rechazado: Jesús ante Anás y Caifás

CAPÍTULO 25: Pilato y el Reino que no es de este mundo

CAPÍTULO 26: He aquí vuestro Rey: la elección de Barrabás y la coronación del Cordero

CAPÍTULO 27: El Cordero exaltado en la cruz

CAPÍTULO 28: Consumado es: la obra perfecta del Redentor

CAPÍTULO 29: Un sepulcro nuevo y una esperanza viva

CAPÍTULO 30: El sepulcro vacío y el triunfo del Rey

CAPÍTULO 31: La paz del Cristo resucitado

CAPÍTULO 32: Tomás y la bendición de creer

CAPÍTULO 33: Para que creáis y tengáis vida

CAPÍTULO 34: El Señor de la abundancia: Cristo junto al mar

CAPÍTULO 35: ¿Me amas? La restauración del pastor

CAPÍTULO 36: Sígueme: la suficiencia de Cristo para cada discípulo

CONCLUSIONES FINALES: Contemplando la gloria de Cristo en el Evangelio de Juan

EPÍLOGO DOCTRINAL: Las Grandes Doctrinas del Evangelio de Juan

Aplicación final al lector

BIBLIOGRAFÍA

Nota final

Sobre el autor

Dedicatoria

Dedico este libro a mi Señor y Salvador Jesucristo, quien me llamó a su servicio, rescatándome del abismo en el que me encontraba, dándome nueva vida y un propósito eterno en Él.

A su Iglesia, redimida por el precio de su sangre preciosa, y a todos aquellos que han de ser llamados eficazmente a seguirle conforme a su gracia soberana.

Ruego al Señor que use esta obra para el llamado de sus elegidos y para la edificación de su cuerpo, que es la Iglesia.

A Él sea la gloria, el imperio y la honra por los siglos de los siglos.

Amén.

Agradecimientos

En primer lugar, agradezco a mi Dios y Padre, por su gracia inmerecida, por sostenerme con su Palabra y por concederme el privilegio de conocer a Jesucristo como Señor y Salvador. Sin su misericordia, este trabajo no habría sido posible, pues toda capacidad, entendimiento y perseverancia provienen de Él.

Agradezco a mi Señor Jesucristo, quien no solo me redimió con su sangre, sino que me ha guiado en el proceso de crecimiento, disciplina y servicio, formando en mí el deseo de amar su verdad y proclamarla con fidelidad.

Agradezco al Espíritu Santo, quien ilumina las Escrituras, convence de pecado, fortalece en la debilidad y sostiene la fe de los santos en medio de las pruebas.

A la Iglesia de Jesucristo, cuerpo vivo del Señor en la tierra, que ha sido instrumento de edificación, corrección y crecimiento espiritual en mi vida. Gracias por el testimonio de fe, por la comunión de los santos y por el llamado compartido a la misión del evangelio.

A los hermanos en la fe que, de una u otra manera, han sido parte del proceso de formación, enseñanza, oración y ánimo en el Señor. Su apoyo ha sido usado por Dios como medio de gracia en este camino.

Finalmente, reconozco que toda gloria pertenece a Dios, porque todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces.

A Él sea la gloria, la honra y el dominio por los siglos de los siglos.

Amén.

PRÓLOGO

Vivimos en una generación saturada de información religiosa y, al mismo tiempo, profundamente necesitada de conocer verdaderamente a Cristo. Muchos han escuchado hablar de Jesús. Algunos conocen aspectos de su enseñanza. Otros están familiarizados con relatos de sus milagros. Sin embargo, existe una gran diferencia entre saber acerca de Cristo y contemplar realmente su gloria tal como es revelada en las Escrituras. El Evangelio de Juan fue escrito precisamente con ese propósito. No se limita a registrar acontecimientos históricos ni a conservar recuerdos de la vida terrenal de Jesús. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Juan nos conduce a contemplar la identidad del Hijo eterno de Dios y a comprender el significado de su obra redentora. El propio evangelista declara el propósito de su escrito:

"Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31).

Ese mismo propósito ha guiado la elaboración de este libro.

Ven a Mí: Encuentros con Cristo en el Evangelio de Juan no pretende ser un comentario técnico ni una obra académica especializada. Su objetivo es acompañar al lector a través de las páginas del cuarto evangelio para contemplar una y otra vez la gloria de Cristo. Cada capítulo nos presenta un encuentro diferente con el Señor: hombres y mujeres de distintas condiciones, con distintas necesidades, distintos pecados y distintas preguntas, pero todos confrontados por la misma realidad transformadora: la presencia del Hijo de Dios. A lo largo de estas páginas veremos a Juan el Bautista señalando al Cordero de Dios. Caminaremos junto a los primeros discípulos cuando escuchan su llamado. Observaremos a Nicodemo enfrentarse a la necesidad del nuevo nacimiento. Nos acercaremos al pozo de Samaria para escuchar acerca del agua viva. Veremos al paralítico recibir restauración, a los hambrientos encontrar el Pan de Vida, a los ciegos recibir luz y a los muertos escuchar la voz del Señor de la vida. Pero más importante aún, descubriremos que cada uno de estos encuentros apunta finalmente a una misma verdad: Cristo es suficiente para la necesidad más profunda del ser humano. Juan nos presenta a Jesús como el Verbo eterno que estaba con Dios y era Dios; como el Cordero que quita el pecado del mundo; como el verdadero Templo; como el Pan de Vida; como la Luz del mundo; como el Buen Pastor; como la Resurrección y la Vida; como el Camino, la Verdad y la Vida; y como el Rey glorioso que venció mediante la cruz y la resurrección. Toda la narrativa del evangelio converge en Él. Mi oración es que este libro no sea leído simplemente como una obra de estudio bíblico, sino como una invitación a acercarse más profundamente al Salvador. Que el creyente encuentre aquí nuevas razones para amar, adorar y confiar en Cristo. Que quien atraviesa pruebas descubra nuevamente la suficiencia de su gracia. Y que aquel que aún no ha creído pueda contemplar la belleza del evangelio y escuchar el llamado que sigue resonando a través de las páginas de Juan:

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28).

Al finalizar este recorrido, mi deseo es que el lector llegue a la misma conclusión que

expresaron los discípulos cuando muchos abandonaron al Señor:

"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Juan 6:68).

Porque después de recorrer cada capítulo de este evangelio, después de contemplar sus señales, escuchar sus palabras y observar su amor manifestado en la cruz, el corazón regenerado descubre una verdad inalterable:

-No existe otro Salvador.

-No existe otra esperanza.

-No existe otra vida.

-Solo Cristo.

Y por eso, todavía hoy, el llamado del evangelio permanece abierto para todo aquel que escucha su voz:

Ven a Mí.

INTRODUCCIÓN GENERAL

El Evangelio que nos conduce a contemplar la gloria de Cristo

Entre todos los libros del Nuevo Testamento, el Evangelio de Juan ocupa un lugar singular. Aunque relata muchos de los mismos acontecimientos registrados por Mateo, Marcos y Lucas, lo hace desde una perspectiva profundamente teológica y cristocéntrica. Juan no escribe simplemente para informar acerca de Jesús; escribe para que sus lectores crean en Él, conozcan quién es verdaderamente y encuentren vida eterna en su nombre. Desde las primeras palabras del evangelio somos elevados más allá de Belén, más allá de la historia de Israel e incluso más allá de la creación misma. Juan no comienza presentándonos a Jesús como un niño nacido en un pesebre, sino como el Verbo eterno que existía desde toda la eternidad junto al Padre:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1:1).

Con esta declaración, Juan nos introduce inmediatamente en una de las verdades más gloriosas de toda la revelación bíblica: Jesucristo no comenzó a existir en su nacimiento terrenal. Él es el Hijo eterno de Dios, el Creador de todas las cosas, la fuente de la vida y la luz de los hombres.

Autor y contexto

Desde los primeros siglos de la iglesia, este evangelio ha sido atribuido al apóstol Juan, hijo de Zebedeo, uno de los doce discípulos y miembro del círculo más cercano de Jesús. Fue testigo presencial de gran parte de los acontecimientos que narra y estuvo presente en momentos decisivos del ministerio terrenal del Señor. Juan escribe probablemente en los últimos años del primer siglo, cuando muchos de los demás apóstoles ya habían partido para estar con Cristo. La iglesia enfrentaba nuevos desafíos doctrinales, y existía la necesidad de presentar con claridad la verdadera identidad del Salvador frente a diversas falsas enseñanzas que comenzaban a surgir. Por ello, Juan enfatiza constantemente dos realidades inseparables: la plena divinidad de Cristo y su verdadera humanidad. El Verbo eterno se hizo carne. El Dios verdadero caminó entre los hombres. El Creador entró en su creación para rescatar a pecadores.

El propósito del Evangelio

A diferencia de otros autores bíblicos, Juan declara explícitamente el propósito de su libro:

"Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31).

Esta declaración constituye la llave que abre todo el evangelio.

Juan selecciona cuidadosamente los acontecimientos que registra. No intenta escribir una biografía exhaustiva de Jesús. De hecho, al final del libro reconoce que muchas otras cosas podrían haberse escrito:

"Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir" (Juan 21:25).

Bajo la dirección del Espíritu Santo, Juan escoge aquellas señales, discursos y encuentros que revelan con especial claridad quién es Cristo y cuál es la salvación que ofrece.

Los grandes temas del Evangelio

A lo largo de sus páginas aparecen repetidamente varios temas fundamentales.

Cristo como el Hijo de Dios

Todo el evangelio apunta a demostrar que Jesús es el Mesías prometido y el eterno Hijo de Dios. Cada milagro, cada enseñanza y cada encuentro contribuyen a revelar progresivamente su gloria.

La fe salvadora

Juan utiliza constantemente el verbo "creer". La fe no aparece como una mera aceptación intelectual de ciertos hechos, sino como una confianza personal en Cristo para recibir vida eterna.

La vida eterna

En Juan, la vida eterna no es solamente una realidad futura. Comienza ya en el presente para quienes creen en el Hijo. Es una nueva relación con Dios que se consumará plenamente en la gloria venidera.

La luz y las tinieblas

Desde el prólogo hasta los últimos capítulos, Juan presenta el conflicto entre la luz de Cristo y la oscuridad espiritual del mundo caído. La venida de Jesús expone los corazones humanos y produce inevitablemente una respuesta: fe o incredulidad.

La gloria de Cristo

Quizá ningún otro tema atraviesa el evangelio con tanta fuerza como este. Juan desea que contemplemos la gloria del Hijo. La vemos en sus milagros, en sus palabras, en su compasión, en su obediencia, en su muerte y finalmente en su resurrección.

Las señales que revelan al Salvador

Una característica distintiva de este evangelio es el uso de las señales. Juan no llama simplemente "milagros" a las obras extraordinarias de Jesús. Las llama señales porque apuntan hacia una realidad mayor.

-El agua convertida en vino revela al verdadero Esposo y la alegría del nuevo pacto.

-La sanidad del paralítico revela al Señor que posee autoridad para restaurar al hombre caído.

-La alimentación de los cinco mil apunta al verdadero Pan de Vida.

-La sanidad del ciego de nacimiento revela a la Luz del mundo.

-La resurrección de Lázaro manifiesta al Señor de la vida y vencedor de la muerte.

-Cada señal dirige nuestra atención hacia la identidad y la obra de Cristo.

Un recorrido a través de encuentros con Cristo

Este libro sigue precisamente esa misma dirección. A través de cada capítulo recorreremos los diversos encuentros registrados por Juan y contemplaremos cómo Cristo se revela a diferentes personas en diferentes circunstancias.

-Veremos discípulos llamados a seguirle.

-Religiosos confrontados por la necesidad del nuevo nacimiento.

-Pecadores sedientos recibiendo agua viva.

-Multitudes hambrientas encontrando el Pan de Vida.

-Ciegos recibiendo luz.

-Muertos escuchando la voz del Señor.

-Y en cada uno de estos encuentros descubriremos la misma verdad: la necesidad más profunda del ser humano encuentra su respuesta únicamente en Jesucristo.

Una invitación al lector

Este libro no ha sido escrito únicamente para aumentar el conocimiento bíblico. Su propósito es conducirnos a contemplar más claramente la gloria de Cristo.

Mi oración es que, mientras recorras estas páginas, puedas ver al Salvador con nuevos ojos. Que el creyente sea fortalecido en su fe, que el adorador encuentre nuevas razones para exaltar al Señor y que aquel que aún no le conoce escuche el llamado del evangelio. Porque el mismo Cristo que caminó por los caminos de Galilea continúa llamando hoy a hombres y mujeres mediante su Palabra.

Y su invitación permanece abierta:

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28).

Con esa invitación comienza este recorrido. Un recorrido que, capítulo tras capítulo, nos llevará a contemplar la gloria incomparable del Hijo de Dios.

Introducción

Vivimos en una generación rodeada de información, pero hambrienta de verdad. El ser humano ha expandido los límites del conocimiento, ha conquistado el mundo exterior y ha perfeccionado sus herramientas, pero sigue sin ordenar el mundo interior. Avanza en ciencia, en tecnología y en comunicación, pero tropieza una y otra vez con el mismo vacío: el del corazón humano. Muchos intentan llenarlo con éxito, placer, religión o reconocimiento, pero el alma no se sacia con aquello para lo que nunca fue creada. Es como beber agua salada en medio del desierto: por un instante parece aliviar, pero en realidad profundiza la sed. En el fondo, este vacío no es nuevo. Es la huella persistente de una ruptura más antigua que toda cultura y toda filosofía: la distancia entre el hombre y su Creador. Ningún sistema de pensamiento ha podido cerrarla, y ningún esfuerzo humano ha logrado repararla. Es precisamente en ese escenario donde el evangelio de Juan irrumpe con una claridad única y definitiva. Juan no escribe como un cronista distante, sino como un testigo transformado por la Luz que ha visto. Su propósito es explícito: "Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre**" (Juan 20:31).** Su evangelio no es mera información sobre Jesús, sino una invitación a la vida que solo Él puede dar. Aquí, Cristo no aparece como una idea religiosa entre muchas, sino como la respuesta viva a la condición humana: el Verbo eterno hecho carne, la Luz que irrumpe en la oscuridad, el Pan que sacia el hambre más profunda, el Agua viva que apaga la sed del alma, y la Resurrección que enfrenta la muerte sin temor. Todo en Él revela lo que el hombre ha perdido y lo que solo Dios puede restaurar. Pero Juan no solo presenta doctrinas; presenta encuentros. Y en esos encuentros se revela el drama humano con una profundidad extraordinaria. Nicodemo llega de noche, reflejando no solo la oscuridad del mundo, sino la de su propio entendimiento. La mujer samaritana ha intentado calmar su sed en fuentes que no sanan. Tomás lucha con la fe cuando esta parece demasiado grande para sus heridas. Pedro carga el peso de su fracaso. Marta se enfrenta a la muerte cuando la esperanza parece haber terminado. Y en cada caso, Cristo no es un espectador: Él confronta, ilumina, restaura y llama. Por eso, este libro no pretende ser solo un comentario bíblico ni una colección de reflexiones devocionales. Es una contemplación de Cristo a través del evangelio de Juan, donde la teología no se separa de la vida y la verdad no se desconecta de la experiencia humana. Su propósito es mostrar que el mismo Jesús que caminó en Galilea sigue acercándose hoy al corazón cansado del hombre. Porque, aunque las épocas cambien, la condición humana permanece: el hombre sigue teniendo sed, y Cristo sigue siendo la respuesta. Y esa es la realidad que sostiene todo este evangelio: la oscuridad del hombre nunca ha sido más profunda que la luz de Cristo, ni su vacío más grande que la plenitud que en Él se ofrece.

CAPÍTULO 1

El Verbo eterno: Sabiduría, Luz y Señor de la creación

Contexto histórico:

El Evangelio de Juan fue escrito probablemente entre los años 85 y 95 d.C., en una época en que la iglesia enfrentaba falsas enseñanzas acerca de la persona de Cristo. Algunos negaban su verdadera humanidad, mientras otros cuestionaban su plena divinidad. Por ello, Juan abre su evangelio presentando a Jesús como el Verbo eterno que estaba con Dios y era Dios, afirmando tanto su deidad como su encarnación.

En el principio era el Verbo, y el Verbo ya era antes de todo principio. Juan no abre su evangelio dentro del tiempo, sino antes del tiempo mismo, elevando la mirada del lector hacia una eternidad donde nada creado aún existía y, sin embargo, todo ya tenía su fundamento en una Persona. Este "principio" no es el inicio de Dios, sino el inicio de todo lo que existe fuera de Dios. Y allí, en esa eternidad sin fronteras, el Verbo ya era. Este mismo misterio es ampliado por el testimonio apostólico: Cristo es "la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación; porque en Él fueron creadas todas las cosas… y todas las cosas en Él subsisten" **(Colosenses 1:15-17**). No solo es anterior a la creación, sino su centro, su origen y su sostén continuo. Nada existe fuera de su palabra, y nada permanece fuera de su poder. El Verbo no es una idea tardía en la historia divina ni una respuesta improvisada a la caída del hombre; es el fundamento eterno de todo lo creado. El universo no es autónomo ni producto del azar: cada estrella, cada respiración y cada instante de la historia permanecen sostenidos por la voluntad activa del Hijo eterno. En esta misma línea, la Escritura ya había insinuado su misterio desde antiguo. La Sabiduría declara:

"El Señor me poseía en el principio de su camino, antes de sus obras más antiguas… antes de la tierra… cuando aún no había profundidades, fui engendrada" (Proverbios 8:22-23).

Aunque el lenguaje sapiencial posee una dimensión poética, el Nuevo Testamento permite contemplar en él una anticipación profunda de Cristo. La Sabiduría aparece junto a Dios antes de la creación, participando en el orden del universo: "Con Él estaba yo ordenándolo todo **(Proverbios 8:30).** La creación no surge de un caos irracional, sino de la sabiduría eterna de Dios dando forma, armonía y propósito a todas las cosas. Juan toma ese lenguaje conocido por Israel y lo lleva a su máxima revelación. La Sabiduría eterna no es simplemente un atributo abstracto de Dios, sino una Persona divina. El Logos no solo posee sabiduría: Él es la expresión perfecta de la sabiduría de Dios. Por eso Pablo afirma que en Cristo "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento **(Colosenses 2:3).** Toda verdadera comprensión de la realidad encuentra finalmente su centro en Él. Sin Cristo, el hombre puede acumular conocimiento, desarrollar tecnología y explorar los secretos del universo, pero sigue sin comprender el sentido último de su existencia, porque el mundo solo puede entenderse correctamente desde Aquel por medio de quien fue creado. Así, lo que los sabios de Israel contemplaban parcialmente como sabiduría eterna, Juan lo proclama ahora como el Verbo vivo

y personal.

El significado del Verbo (Logos)

La elección del término Verbo (Logos) por parte de Juan no es accidental. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, el evangelista utiliza una palabra capaz de comunicar profundas verdades tanto al mundo judío como al mundo gentil. Para el pueblo de Israel, la palabra de Dios representaba su acción poderosa y eficaz en la historia. Dios creó el universo por medio de su palabra:

"Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz" (Génesis 1:3).

Su palabra no era una mera expresión verbal, sino la manifestación activa de su poder soberano. Lo que Dios habla, Dios lo realiza. Por eso Juan comienza su evangelio recordando deliberadamente las primeras palabras de Génesis: "En el principio". Así como Génesis nos conduce al inicio de la creación, Juan nos lleva más atrás aún, a la eternidad misma. Antes de que existiera el tiempo, antes de que aparecieran los cielos y la tierra, antes de que la primera estrella brillara en el universo, el Verbo ya existía. El Creador no forma parte de la creación; existe eternamente antes de ella y por encima de ella. Además, para la mentalidad judía, la palabra de Dios era también el medio por el cual Él se revelaba a los hombres. Dios habló a Abraham, habló a Moisés, habló por medio de los profetas. Toda la revelación divina llegaba mediante su palabra. Juan toma esa realidad y la lleva a su máxima expresión: la Palabra de Dios ya no es simplemente un mensaje comunicado por Dios; la Palabra es una Persona. El Verbo eterno ha venido al mundo para revelar perfectamente al Padre. Por eso Cristo puede decir más adelante:

"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9).

Todo lo que Dios desea revelar acerca de sí mismo encuentra su expresión perfecta en el Hijo. Él no es simplemente un mensajero enviado por Dios; Él es la revelación suprema de Dios mismo.

"Y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios".

Aquí no hay contradicción, sino revelación. El Verbo está con Dios en comunión eterna y, al mismo tiempo, comparte plenamente la naturaleza divina. Distinción personal y unidad absoluta de esencia. El Verbo no es un intermediario creado ni una emanación inferior, sino Dios mismo revelándose eternamente. Por medio de Él todas las cosas fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. La creación entera lleva la huella de Cristo. Nada escapa a su autoridad ni a su presencia sustentadora. Él es el origen de toda vida, el sentido de toda historia y el fundamento invisible de toda realidad.

"En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La vida aquí no es simplemente existencia biológica, sino la plenitud misma de la comunión con Dios. Y esa vida se manifiesta como luz. Una luz que revela, confronta, ordena y da sentido al hombre perdido en sus tinieblas.

“La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”.

Pero la revelación divina no solo manifiesta gloria; también revela conflicto. La luz no entra en un mundo neutral, sino en un mundo caído que ama más las tinieblas que la verdad.

“El Verbo estaba en el mundo, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció” (Juan 1:10).

Aquí Juan expone una de las tragedias más profundas de la historia humana. El Creador entra en su propia creación, y la creación no lo reconoce. El mundo contempla diariamente las obras de Cristo, vive rodeado de la evidencia de su poder y sostenido por su gracia común, pero permanece ciego ante **Él. El problema nunca ha sido falta de luz, sino rechazo de la luz. El hombre caído no desea naturalmente al Dios verdadero, porque su presencia confronta el orgullo, desenmascara el pecado y destruye la ilusión de autosuficiencia. Y ese mismo rechazo continúa hasta hoy.** Por eso Juan escribe más adelante:

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él” (1 Juan 3:1).

La unión con Cristo no solo trae salvación; también introduce al creyente en una tensión inevitable con el mundo. El mismo sistema que rechazó a Cristo continúa rechazando todo aquello que refleje su luz. El mundo puede tolerar una religión superficial o un cristianismo reducido a costumbre cultural, pero resiste al Cristo verdadero porque su luz sigue exponiendo las tinieblas del corazón humano. Por eso, muchas veces, el rechazo que experimenta el creyente no es evidencia de ausencia de Dios, sino precisamente señal de identificación con Cristo. **El discípulo no puede esperar ser plenamente aceptado por un mundo que tampoco recibió a su Señor. La oscuridad rechaza naturalmente aquello que la confronta.** Y sin embargo, el rechazo del mundo jamás puede cancelar el amor del Padre. **Aunque el mundo no reconozca a los hijos de Dios, el Padre sí los reconoce. Aunque el mundo desprecie su identidad, Dios ya los ha adoptado eternamente en Cristo.** La ignorancia del mundo nunca será más poderosa que la gracia divina. **Porque el Verbo no solo vino a revelar quién es Dios, sino también a revelar quiénes somos nosotros cuando somos unidos a Él.**

Y el Verbo se hizo carne.

Aquí toda la revelación alcanza su clímax. La Sabiduría eterna anunciada en Proverbios, la imagen invisible proclamada en Colosenses y la luz que resplandece en Juan convergen en una sola realidad gloriosa: Dios ha entrado en la historia humana no como concepto, sino como Persona. El Dios eterno asumió carne. La eternidad tocó el tiempo. La gloria invisible caminó entre hombres quebrantados. El Creador se acercó a su creación caída no para destruirla, sino para redimirla.

“Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

No se trata de una gloria distante o inaccesible, sino contemplada en el rostro de Jesucristo. En Él, la gracia y la verdad no se contradicen: se abrazan perfectamente. La verdad revela el

pecado; la gracia rescata al pecador. Y desde este prólogo, Juan nos prepara para todo lo que vendrá después. Cada milagro, cada encuentro y cada palabra de Jesús serán una manifestación progresiva de esta realidad eterna: el Verbo ha venido al mundo. Y si la Luz verdadera ha entrado en las tinieblas, entonces ninguna oscuridad humana tiene la última palabra.

La revelación perfecta del Padre

El prólogo concluye con una declaración que resume toda la grandeza de Cristo:

"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Juan 1:18).

Desde la caída, ningún hombre ha contemplado plenamente la esencia divina. Moisés vio manifestaciones de la gloria de Dios. Los profetas contemplaron visiones parciales de su majestad. Pero la revelación definitiva de Dios ha venido en Jesucristo. El Hijo eterno, que vive desde toda la eternidad en perfecta comunión con el Padre, ha venido para hacerlo conocido. Cristo no solo revela atributos divinos; revela el corazón mismo de Dios. En sus palabras contemplamos la verdad divina. En sus obras contemplamos el poder divino. En su compasión contemplamos la misericordia divina. En su cruz contemplamos simultáneamente la justicia y el amor de Dios. Y en su resurrección contemplamos la victoria definitiva de Dios sobre el pecado y la muerte. Por eso el prólogo no es simplemente una introducción al evangelio; es una invitación a contemplar a Cristo. Todo lo que Juan narrará a partir de este momento será la demostración progresiva de esta verdad gloriosa: el Dios invisible se ha dado a conocer perfectamente en su Hijo. Quien conoce a Cristo conoce al Padre. Quien rechaza a Cristo rechaza la única revelación perfecta de Dios. Y quien contempla por fe la gloria del Verbo encarnado encuentra finalmente la luz, la vida y la salvación que Dios ofrece al mundo.

CAPÍTULO 2

La voz en el desierto: el testigo de la Luz

Contexto histórico:

Durante aproximadamente cuatrocientos años Israel no había recibido un profeta inspirado desde los días de Malaquías. El pueblo vivía bajo dominio romano y esperaba la llegada del Mesías prometido. En ese contexto apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, llamando al arrepentimiento y preparando el camino para Cristo.

Después de elevar nuestra mirada hacia la eternidad del Verbo, Juan dirige ahora nuestra atención hacia un hombre enviado en medio de la historia. El prólogo comienza en la gloria eterna de Dios, pero desciende rápidamente al polvo del desierto, porque el Dios que gobierna la eternidad también irrumpe en el tiempo para preparar el camino de su revelación.

"Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan" (Juan 1:6).

La introducción parece sencilla, pero encierra una profunda verdad. Frente a la majestuosidad del Verbo eterno aparece un simple hombre. Juan no es la luz, no es el Cristo, no es el centro de la historia. Y precisamente ahí radica la grandeza de su ministerio: comprender correctamente quién era y quién no era. En un mundo donde el corazón humano busca constantemente exaltarse a sí mismo, Juan el Bautista aparece como un hombre cuya identidad está completamente subordinada a Cristo. No vive para construir su propia gloria, sino para señalar hacia Otro.

"Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz (Juan 1:7-8).

El ministerio de Juan revela una verdad esencial: el verdadero siervo de Dios nunca atrae la atención hacia sí mismo, sino hacia Cristo. **Toda voz humana debe disminuir delante de la Palabra eterna**. Juan entiende que él solo es el testigo; la luz pertenece a Otro. Pero la aparición de Juan no fue un acontecimiento aislado ni inesperado. Su ministerio había sido anunciado siglos antes por los profetas. Malaquías había declarado:

"He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible" (Malaquías 4:5).

Israel esperaba esa voz profética que prepararía el camino para la llegada definitiva del Señor. Juan no era Elías literalmente, pero venía "con el espíritu y el poder de Elías" (Lucas 1:17). Así como Elías confrontó la idolatría y llamó al pueblo al arrepentimiento, Juan aparece con la misma autoridad profética, denunciando el pecado y preparando el camino para el Mesías. Por eso su presencia en el desierto no debía haber pasado desapercibida. Después de siglos de silencio profético, Dios volvía a hablar. La voz prometida finalmente había llegado. Y sin embargo, muchos no reconocieron la señal. Los fariseos y doctores de la ley conocían las Escrituras, estudiaban las profecías y esperaban intelectualmente la llegada del Mesías, pero

cuando Dios comenzó a cumplir su palabra delante de ellos, permanecieron espiritualmente ciegos. Sabían interpretar los textos, pero no discernían el tiempo de su visitación. Aquí aparece una de las tragedias más solemnes del evangelio: es posible conocer las Escrituras externamente y aun así no reconocer a Cristo. El conocimiento religioso por sí solo nunca garantiza sensibilidad espiritual. Los líderes religiosos podían analizar las profecías de Malaquías mientras rechazaban al hombre que las estaba cumpliendo delante de sus propios ojos. Porque el problema más profundo del corazón humano nunca ha sido falta de información, sino resistencia a la luz de Dios. Entonces Juan se identifica con las palabras de Isaías:

"Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor (Juan 1:23).

Es notable que Juan no se presente como alguien grande en sí mismo. No se llama profeta poderoso ni reformador espiritual. Se define simplemente como una voz. Porque la voz no existe para llamar la atención sobre sí misma, sino sobre el mensaje que comunica. Y el mensaje era urgente: preparar el camino para el Señor. El problema de Israel no era ausencia de religión, sino ausencia de arrepentimiento verdadero. Tenían templo, sacrificios, tradiciones y conocimiento de la ley, pero sus corazones permanecían endurecidos. La llegada del Mesías exigía más que observancia externa; requería una transformación interior. Por eso Juan bautizaba en agua, llamando al pueblo a reconocer su pecado y necesidad de limpieza. Pero incluso en eso, Juan entendía las limitaciones de su ministerio.

"Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis" (Juan 1:26).

Aquí reaparece el gran tema del prólogo: la ceguera humana frente a la presencia de Cristo. El Mesías ya estaba entre ellos, pero permanecía oculto para ojos endurecidos. **La tragedia no era que Dios estuviera lejos, sino que el hombre era incapaz de reconocerlo aun cuando caminaba delante de él. Y esa misma realidad continúa hoy. Muchos pueden acercarse al cristianismo externamente, familiarizarse con el lenguaje religioso e incluso admirar ciertos aspectos de Jesús, mientras permanecen espiritualmente ciegos ante quién es verdaderamente Él.** Juan comprendía que su bautismo solo podía señalar una necesidad; pero Cristo era quien podía transformarla completamente.

"Él os bautizará con Espíritu Santo".

El agua puede tocar el cuerpo, pero solo el Espíritu puede resucitar el corazón muerto. El verdadero problema del hombre no es superficial ni externo; es espiritual. El ser humano no necesita simplemente más información religiosa, sino una nueva creación. Entonces ocurre el momento decisivo.

"Al siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Con estas palabras, Juan conecta toda la historia redentora en una sola declaración**. El cordero pascual de Éxodo, los sacrificios levíticos y las profecías del siervo sufriente convergen finalmente en Cristo.** Jesús no vino solamente para enseñar, inspirar o hacer milagros**. Vino**

para cargar el pecado. Porque no hay remission de pecado sin derramamiento de sangre (Hebreos 9:22).

Aquí se revela nuevamente la diferencia radical entre el evangelio y toda religión humana. La religión intenta que el hombre ascienda hacia Dios mediante obras, méritos o esfuerzo moral. Pero el evangelio anuncia que Dios descendió hacia el hombre en la persona del Cordero. Juan reconoce también la absoluta superioridad de Cristo:

"Detrás de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo (Juan 1:30).

Humanamente, Jesús nació después de Juan. Pero eternamente, Cristo existe antes que él. Juan entiende que está delante de alguien infinitamente mayor que cualquier profeta, sacerdote o rey. Por eso más adelante dirá:

"Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe (Juan 3:30).

Estas palabras resumen la esencia del verdadero discipulado. El cristianismo auténtico no consiste en construir nuestra propia importancia espiritual, sino en desaparecer progresivamente para que Cristo sea visto con mayor claridad. Y aquí aparece una confrontación inevitable para cada creyente. Aun después de convertidos, seguimos luchando con el deseo de ocupar el centro, de buscar reconocimiento y afirmación personal. Pero Juan nos recuerda que la verdadera grandeza espiritual no está en ser exaltados, sino en reflejar fielmente la gloria de Cristo. El testigo verdadero no vive para que los hombres lo admiren a él, sino para que contemplen al Cordero. Por eso el ministerio de Juan sigue siendo profundamente actual. En una generación obsesionada con plataformas, visibilidad e influencia, Juan nos recuerda que la voz más poderosa es aquella que apunta lejos de sí misma y dirige toda atención hacia Jesús. Porque al final, la esperanza del mundo nunca ha estado en la voz del testigo, sino en el Cristo al que el testigo anuncia. Y aún hoy, en medio del ruido del mundo, sigue resonando el anuncio que cambia toda la historia:

"He aquí el Cordero de Dios".

CAPÍTULO 3

Los primeros discípulos: el llamado a permanecer

Contexto histórico:

Muchos judíos del primer siglo esperaban la llegada de un Mesías político que liberara a Israel del dominio romano. Sin embargo, Jesús comenzó a llamar discípulos para un reino espiritual mucho más profundo que las expectativas nacionales de su tiempo. El ministerio de Juan el Bautista se desarrolló principalmente en la región del río Jordán, un lugar cargado de significado en la historia de Israel. Fue a través de estas aguas que la nueva generación guiada por Josué entró en la Tierra Prometida (Josué 3), marcando el inicio de una nueva etapa en la historia redentora del pueblo. Ahora, siglos después, Dios vuelve a obrar en ese mismo escenario. El Jordán se convierte en el lugar donde Israel es llamado al arrepentimiento y preparado para recibir al Mesías. No es casualidad que el comienzo del ministerio público de Jesús esté asociado a este lugar; así como el antiguo Israel cruzó el Jordán para entrar en la tierra prometida, ahora el verdadero Israel es llamado a entrar en una realidad espiritual mucho más profunda mediante la fe en Cristo. Las expectativas mesiánicas del siglo I eran intensas y variadas. El pueblo judío vivía bajo el dominio romano y anhelaba la llegada del libertador prometido por las Escrituras. Muchos esperaban un rey poderoso semejante a David que derrotara a los enemigos de Israel y restaurara la independencia nacional. Otros aguardaban un gran profeta semejante a Moisés o una figura sacerdotal que purificara la nación. Sin embargo, las expectativas humanas estaban frecuentemente limitadas a necesidades políticas y temporales. Cuando Jesús comenzó a llamar discípulos, mostró que había venido a establecer un reino mucho más profundo. Su misión principal no era liberar a Israel de Roma, sino liberar a pecadores del pecado, la muerte y la condenación. En el judaísmo del primer siglo, ser discípulo implicaba mucho más que recibir enseñanza intelectual. Los discípulos seguían a un maestro para aprender no solo sus palabras, sino también su manera de vivir. Compartían tiempo con él, observaban su conducta y procuraban imitar su ejemplo. Por eso resulta tan significativo que Jesús no simplemente impartiera lecciones religiosas, sino que llamara hombres a caminar con Él. El discipulado cristiano no consiste únicamente en adquirir conocimiento doctrinal, sino en vivir en comunión con Cristo, aprender de Él y ser transformados progresivamente a su imagen.

Después de presentar al Verbo eterno y al testigo que preparó su camino, el evangelio de Juan comienza ahora a mostrarnos algo profundamente humano y gloriosamente divino al mismo tiempo: Cristo llamando hombres hacia sí. El Dios que existía antes de toda creación no permanece distante en una majestad inaccesible, sino que entra en la historia para buscar, atraer y transformar vidas concretas. El evangelio ya no solo nos conduce a contemplar quién es Jesús; comienza también a mostrarnos lo que ocurre cuando una persona se encuentra verdaderamente con Él. Todo inicia nuevamente junto al Jordán. El aire seco del desierto se mezcla con el sonido del agua y con las voces de quienes han salido para escuchar a Juan el Bautista. Israel vive días de expectativa silenciosa. Después de siglos de oscuridad profética, una voz ha comenzado a resonar otra vez en el desierto. Y allí permanece Juan: vestido con sencillez, lejos de Jerusalén, lejos del poder religioso, lejos del prestigio humano. Sin embargo,

toda su vida posee una claridad extraordinaria. Él sabe perfectamente quién es… y quién no es. No es la luz, no es el Cristo, no es el centro de la historia. Por eso, cuando ve pasar a Jesús, vuelve a declarar con la misma convicción ardiente: "He aquí el Cordero de Dios". No intenta preservar discípulos para sí mismo. No protege su influencia. El verdadero siervo de Dios encuentra gozo en desaparecer para que Cristo sea visto con mayor claridad. Toda voz humana debe disminuir delante de la Palabra eterna. Dos de sus discípulos oyen aquellas palabras y comienzan a seguir a Jesús. Entonces el Señor se vuelve hacia ellos. Quizá caminaban con cierta timidez, sin saber todavía cómo acercarse. Tal vez había preguntas acumuladas durante años dentro de sus corazones. Pero antes de que ellos hablen, Cristo toma la iniciativa y les pregunta: "¿Qué buscáis?". La pregunta atraviesa mucho más que aquel momento.

¿Qué busca realmente el hombre?

Detrás de toda ambición, de todo placer, de toda ansiedad y de toda búsqueda humana permanece finalmente una sed espiritual que ninguna realidad terrenal puede apagar. El hombre puede llenar su vida de conocimiento, trabajo, religión o reconocimiento, y aun así conservar dentro de sí una sensación persistente de vacío. Porque el corazón humano fue creado para algo mayor que el mundo presente. Fue creado para Dios. Muchos se acercan a Cristo por motivos distintos. Algunos buscan alivio momentáneo. Otros desean respuestas intelectuales. Otros quieren solamente una religión que tranquilice la conciencia. Pero el verdadero discipulado comienza cuando el alma comprende que, detrás de todas sus búsquedas fragmentadas, siempre estuvo buscando al Señor mismo.

Ellos responden: "Rabí, ¿dónde moras?.

La respuesta parece sencilla, pero encierra algo profundo. No desean simplemente información; desean permanecer con Él. Y Jesús responde con una invitación que resume la esencia misma del evangelio de Juan: "Venid y ved". El cristianismo no comienza primariamente con teorías abstractas, sino con un encuentro personal con Cristo. Jesús no llama primero a entenderlo todo, sino a acercarse a Él. La fe verdadera nace contemplando progresivamente su gloria. Y Juan recuerda incluso la hora de aquel momento: "Era como la hora décima". Los encuentros que transforman el alma permanecen grabados profundamente en la memoria. Hay momentos donde la eternidad parece tocar el tiempo, y el hombre comprende que jamás volverá a ser el mismo. Uno de aquellos discípulos era Andrés. Y lo primero que hace después de encontrarse con Jesús es buscar a su hermano Simón. Apenas ha comenzado a comprender quién es Cristo, pero ya existe dentro de él una urgencia imposible de callar: "Hemos hallado al Mesías". Así actúa frecuentemente la gracia verdadera. El corazón que ha contemplado algo de la gloria de Cristo desea inmediatamente conducir a otros hacia Él. Andrés no aparece como un gran orador ni como una figura dominante dentro de los discípulos. Pero Dios frecuentemente obra a través de hombres aparentemente sencillos cuya única grandeza consiste en llevar otros hacia Jesús. Entonces Andrés conduce a Simón ante Cristo y Jesús lo miró. El evangelio no describe aquella mirada en detalle, pero algo profundo ocurre en ese instante. El Señor no contempla solamente al pescador impulsivo que tiene delante. Ve también sus futuras caídas, sus temores, sus contradicciones y su restauración futura. Ve la noche donde negará conocerle. Ve sus lágrimas amargas. Ve también el día en que proclamará a Cristo con valentía delante de

multitudes. Y aun así lo llama.

“Tú eres Simón hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas.

Antes de que Pedro comprenda verdaderamente quién es Jesús, Cristo ya conoce plenamente quién llegará a ser Pedro mediante la obra de su gracia. Donde otros solo verían debilidad e inconstancia, el Señor contempla una piedra que será formada pacientemente por sus manos. Aquí descansa una de las verdades más consoladoras del evangelio: la perseverancia final del creyente no depende de la firmeza humana, sino de la fidelidad de Cristo. Tal como escribirá más adelante el apóstol Pablo: “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Pedro tropezará profundamente, pero ni siquiera sus futuras caídas podrán frustrar el propósito soberano de la gracia divina. Y lo mismo ocurre con cada creyente. Muchas veces el cristiano contempla sus propias debilidades y se desalienta. Descubre luchas internas que no esperaba encontrar aun después de haber comenzado a seguir a Cristo. Pero el Señor nunca llama a los suyos ignorando aquello que son. Él conoce completamente la miseria humana antes de pronunciar su llamado. Y, sin embargo, sigue acercándose al pecador con gracia transformadora.

Al día siguiente, Jesús encuentra a Felipe y le dice simplemente: “Sígueme.

El llamado es breve, pero absoluto. Cristo no invita al hombre a añadir algunos cambios religiosos superficiales a su antigua vida. Lo llama a una nueva dirección completa. Seguir a Jesús implica abandonar la ilusión de autonomía para vivir bajo el señorío del Hijo de Dios. Felipe también corre hacia otro. Encuentra a Natanael y le dice: “Hemos hallado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley, así como los profetas”. Una vez más, el evangelio conecta toda la historia bíblica en una sola dirección. La ley, las promesas, los sacrificios y las esperanzas de Israel convergen finalmente en Cristo.

Pero Natanael responde con honestidad escéptica: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?.

Nazaret era un lugar pequeño, despreciado y sin importancia a los ojos del mundo. Y, sin embargo, el Reino de Dios constantemente contradice los criterios humanos de grandeza. Los hombres buscan gloria visible, reconocimiento inmediato y poder exterior, pero Dios frecuentemente escoge aquello que parece pequeño para manifestar una gloria que solo puede pertenecerle a Él. Como escribirá Pablo más adelante: “**Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios” (1 Corintios 1:27–28).** La gloria divina muchas veces aparece escondida bajo humildad aparente. El Rey eterno viene como siervo. Felipe no intenta resolver todas las dudas de Natanael mediante argumentos complejos. Solo responde:

“Ven y ve.

Porque llega un momento donde ninguna explicación intelectual puede sustituir el encuentro directo con Cristo. Natanael se acerca. Quizá todavía caminaba con reservas en el corazón. Tal vez intentaba discernir silenciosamente quién era realmente aquel hombre del que Felipe hablaba con tanta convicción. Pero cuando Jesús lo ve, declara: “He aquí un verdadero israelita,

en quien no hay engaño". Natanael se detiene y pregunta:

"¿De dónde me conoces?.

Entonces Jesús responde: "Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

El evangelio guarda silencio sobre lo que ocurría bajo aquella higuera. Y precisamente ese silencio vuelve la escena todavía más profunda. Tal vez Natanael había estado orando. Tal vez meditaba en las promesas de Dios. Tal vez luchaba secretamente con preguntas, decepciones o anhelos que nadie más conocía. Pero de pronto comprende algo imposible de ignorar: está delante de alguien que ha penetrado hasta lo más íntimo de su alma. Cristo no solo observa externamente .Él ve lo oculto como posteriormente el autor de Hebreos enseña que: todas las cosas estan desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta **(Hebreos 4:13).** Él ve el cansancio escondido detrás de las apariencias. Ve las preguntas jamás expresadas en voz alta. Ve las heridas, los temores y los deseos más profundos del corazón humano. Y aun así no se aparta. Aquí resplandece nuevamente la gloria del evangelio: la misma mirada que expone completamente al hombre es también la que lo atrae hacia la gracia. Cristo conoce plenamente a Natanael y, sin embargo, lo recibe.

Entonces Natanael responde con asombro reverente:

Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.

Lo que comenzó con dudas termina en adoración. Así obra frecuentemente Cristo. El alma que se acerca sinceramente termina descubriendo una gloria infinitamente mayor de la que esperaba encontrar. Pero Jesús aún dirige la mirada de Natanael hacia algo más grande. Le anuncia que verá cosas mayores que estas. Entonces pronuncia una declaración que conecta nuevamente el evangelio con la historia redentora desde Génesis:

"De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre" (Juan 1:51)

Cristo toma la imagen de la escalera de Jacob y la aplica a sí mismo. En Betel, Jacob contempló simbólicamente la unión entre cielo y tierra. Pero ahora Jesús declara que esa realidad encuentra finalmente su cumplimiento en Él. El puente que el pecado había roto es restaurado en la persona del Hijo. Toda comunión verdadera con el Padre ocurre finalmente a través de Cristo. El cielo ya no se abre mediante templos, sacrificios o méritos humanos, sino en el Hijo del Hombre. Por eso, años más tarde, el autor de Hebreos proclamará que tenemos "un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios **(Hebreos 4:14).** Cristo no solo revela el camino hacia Dios; Él mismo se convierte en el acceso vivo y eterno hacia la presencia del Padre. Y porque el Hijo eterno asumió nuestra humanidad y conoció el peso del sufrimiento sin pecado, el creyente ya no se acerca a Dios con terror de rechazo, sino con la confianza de quien ha encontrado gracia delante del trono divino. El cielo abierto anunciado en Juan encuentra así su plenitud en Cristo, el mediador perfecto entre Dios y los hombres. Y así concluye este primer gran movimiento del evangelio. Hombres comunes comienzan a seguir a

Jesús sin comprender todavía plenamente la magnitud de Aquel a quien han encontrado. Apenas han visto el inicio de su gloria, pero eso bastará para que ya no puedan volver atrás. Porque cuando el alma contempla verdaderamente a Cristo, descubre finalmente aquello para lo cual fue creada. Después de recorrer los caminos del conocimiento, del esfuerzo humano y de las búsquedas terrenales, la conclusión final sigue siendo la misma: "Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre**" (Eclesiastés 12:13).** Y ese temor verdadero encuentra ahora su expresión más plena en seguir, contemplar y permanecer en Cristo, el Hijo eterno de Dios.

CAPÍTULO 4

Las bodas de Caná: la gloria que transforma y limpia

Contexto histórico:

Las bodas judías eran acontecimientos comunitarios que podían durar varios días. El vino era considerado un símbolo de alegría y celebración. Quedarse sin vino durante una boda era una situación vergonzosa para la familia anfitriona y podía traer deshonra pública. Las bodas judías del primer siglo eran algunas de las celebraciones más importantes de la vida comunitaria. A diferencia de las ceremonias modernas, podían extenderse durante varios días e involucraban a familiares, vecinos y amigos de toda la región. La boda no era considerada un evento privado, sino una ocasión pública de alegría y celebración. Debido a ello, los anfitriones tenían la responsabilidad de proveer abundantemente todo lo necesario para los invitados. Quedarse sin vino durante la celebración no era simplemente un inconveniente menor; era una situación vergonzosa que podía traer deshonra duradera a la familia. Dentro de estas celebraciones existía la figura del maestresala, encargado de supervisar el banquete y asegurar que todo se desarrollara correctamente. Su función era similar a la de un director de la celebración. Él supervisaba el servicio, evaluaba la calidad de los alimentos y bebidas y velaba por el buen desarrollo de la fiesta. Por esta razón, resulta especialmente significativo que sea precisamente el maestresala quien reconozca la excelencia del vino producido por Jesús. Sin saber el origen del milagro, termina pronunciando palabras que revelan una verdad espiritual más profunda: Dios ha reservado algo infinitamente mejor en la persona de Cristo. Además, el vino poseía un rico simbolismo en el Antiguo Testamento. Frecuentemente era asociado con la alegría, la bendición y la abundancia que proceden de Dios. Los profetas anunciaban los días de la salvación mesiánica utilizando imágenes de viñas abundantes y vino en gran cantidad (Isaías 25:6; Amós 9:13-14). Por eso, cuando Jesús convierte el agua en vino, no está resolviendo solamente una necesidad temporal. La señal apunta hacia la llegada de la era mesiánica prometida por los profetas. En Cristo ha comenzado a manifestarse la abundancia de las bendiciones del nuevo pacto, y el gozo que Él trae es superior a todo lo que el antiguo sistema podía ofrecer.

Después del llamado de los primeros discípulos, el evangelio de Juan nos conduce ahora hacia una escena aparentemente sencilla y cotidiana. No encontramos todavía grandes controversias públicas ni multitudes rodeando a Jesús. El escenario es una boda en una pequeña aldea de Galilea. Y, sin embargo, Juan nos mostrará que incluso allí —en medio de una celebración común— comienza a manifestarse silenciosamente la gloria del Reino de Dios.

“Aconteció al tercer día, que hubo unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús” (Juan 2:1).

La escena posee una profunda humanidad. El Hijo eterno que estaba con el Padre antes de la creación ahora participa de las alegrías ordinarias de la vida humana. El mismo Verbo por quien fueron hechas todas las cosas se sienta ahora en medio de hombres comunes, compartiendo

una celebración familiar. Cristo no aparece distante del dolor ni ajeno a las necesidades humanas. El Dios eterno ha entrado verdaderamente en nuestra condición. También fueron invitados Jesús y sus discípulos a las bodas. Todavía son pocos los que lo siguen. Apenas comienzan a comprender quién es realmente Aquel a quien han encontrado. Pero ya empiezan a caminar con Él. Y cuando Cristo entra en una vida, incluso los escenarios más ordinarios comienzan a adquirir una dimensión nueva. Porque la presencia del Hijo de Dios nunca deja las cosas iguales. Entonces ocurre algo inesperado:

"Y faltando el vino (Juan 2:3).

La frase parece pequeña, casi insignificante frente a la majestuosidad del prólogo de Juan. Pero el evangelio nunca desperdicia detalles. Detrás de esta necesidad concreta comienza a revelarse una realidad mucho más profunda. El hombre vive buscando plenitud lejos de Dios, intentando sostener su gozo mediante cosas temporales. Algunos buscan satisfacción en el éxito, otros en el placer, en relaciones, en conocimiento o incluso en religión externa. Pero tarde o temprano toda fuente terrenal revela su insuficiencia. El vino se acaba. El corazón humano fue creado para algo eterno, y ninguna realidad pasajera puede llenar completamente el vacío producido por la separación entre el hombre y su Creador. Entonces María se acerca a Jesús y le dice:

"No tienen vino.

Es notable la sencillez de sus palabras. No intenta controlar la situación ni dictarle al Señor lo que debe hacer. Simplemente lleva la necesidad delante de Él. Y aquí aparece una verdad profunda: la fe verdadera finalmente aprende a depositar toda carencia humana delante de Cristo, porque comprende que solo Él posee la respuesta definitiva. Jesús responde:

"Mujer, ¿qué tienes conmigo? Aún no ha venido mi hora.

La expresión no es irrespetuosa, sino reveladora. Jesús comienza a mostrar que toda su misión está gobernada por el propósito soberano del Padre. En el evangelio de Juan, "la hora" apunta constantemente hacia la cruz, hacia el momento donde el Cordero de Dios entregará su vida para quitar el pecado del mundo. Y aun aquí, en una boda llena de gozo, la sombra de la cruz aparece silenciosamente en el horizonte. Porque Cristo no vino solamente para aliviar necesidades temporales. Vino para resolver el problema más profundo del hombre: su pecado. Entonces María declara a los siervos:

"Haced todo lo que os dijere.

Estas palabras resumen una de las marcas esenciales del verdadero discipulado. La fe genuina no consiste simplemente en admirar a Jesús, sino en someterse a su palabra. Y esa obediencia no nace de un legalismo frío, sino del amor producido por la gracia de Dios. Pero ese amor no tiene su origen en el hombre. La Escritura es clara:

"Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero" (1 Juan 4:19).

El amor del creyente no es la causa de la obra de Dios, sino el resultado de haber sido

alcanzado por su gracia. El corazón humano no produce por sí mismo amor verdadero hacia Dios; es el amor de Dios el que despierta en el hombre una respuesta nueva, viva y obediente. Por eso el mismo Señor dirá más adelante:

"Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15).

La obediencia cristiana no nace del esfuerzo de ganar el favor divino, sino de haber sido ya conquistados por ese favor en Cristo. El hombre natural puede practicar religión externa y aun así permanecer lejos de Dios interiormente. Puede obedecer por temor, costumbre o deseo de aprobación humana, mientras su corazón sigue sin amar verdaderamente a Dios. Pero cuando el amor de Cristo ha sido derramado en el alma, la obediencia deja de ser carga y se convierte en respuesta. Juan entonces introduce un detalle lleno de significado:

"Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos" (Juan 2:6).

Aquellas tinajas pertenecían al sistema ceremonial antiguo. Representaban los lavamientos externos de la ley. El agua podía limpiar ritualmente el cuerpo, pero jamás podía purificar la conciencia humana. Las ceremonias señalaban la necesidad de limpieza, pero no podían producirla. Aquí comienza a revelarse algo glorioso: Cristo no vino simplemente a mejorar las sombras antiguas, sino a traer la realidad definitiva hacia la cual todas ellas apuntaban. Entonces Jesús ordena:

"Llenad estas tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. Los siervos obedecen sin comprender plenamente lo que Cristo está haciendo. Humanamente la orden parece extraña. Pero frecuentemente la obra de Dios comienza donde el hombre abandona su propia lógica para confiar en la palabra del Señor. Después Jesús dice:

"Sacad ahora, y llevadlo al maestresala.

Y entonces ocurre el milagro silencioso. El agua se convierte en vino. El mismo Verbo que creó el universo ahora transforma la realidad mediante su autoridad soberana. Pero este milagro apunta hacia algo mayor: la transformación que Cristo realiza no es superficial, sino esencial. Porque el problema del hombre no es externo, sino interno. No necesita simplemente limpieza ritual, sino purificación del pecado. Por eso la Escritura declara:

"la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:7).

Y nuevamente:

"la sangre de Cristo… limpiará vuestras conciencias" (Hebreos 9:14).

El agua ceremonial no podía hacer lo que solo la sangre del Cordero puede realizar. Las tinajas representan la insuficiencia del antiguo sistema para producir vida verdadera. Pero Cristo introduce una nueva realidad: la limpieza definitiva del pecado mediante su propia obra

redentora. Entonces el maestresala prueba el vino y declara:

“Todo hombre sirve primero el buen vino… mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.

Sin comprenderlo plenamente, pronuncia una verdad profundamente redentora. Todo lo anterior en la historia bíblica apuntaba hacia algo mayor. La ley fue santa. Las ceremonias fueron dadas por Dios. Pero eran sombras que esperaban la llegada de la plenitud en Cristo. El mejor vino ha llegado ahora. La gracia definitiva de Dios ha aparecido en el Hijo eterno. Lo que la ley jamás pudo producir, Cristo lo da abundantemente. Entonces el evangelista concluye:

“Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en Él (Juan 2:11).

Juan llama a este milagro una señal porque apunta más allá de sí mismo. Revela quién es Jesús. La gloria comienza a manifestarse silenciosamente: no todavía en juicio, no todavía en consumación, sino en la transformación de lo ordinario. Así obra frecuentemente la gracia de Dios. Cristo sigue acercándose a corazones vacíos, vidas quebrantadas y almas incapaces de limpiarse a sí mismas. Y el mismo que transformó el agua en vino sigue hoy transformando pecadores por su gracia y limpiándolos por medio de su sangre. Porque el evangelio no consiste simplemente en mejorar al hombre caído, sino en hacer de él una nueva creación en Cristo Jesús.

CAPÍTULO 5

Nicodemo: el nuevo nacimiento y la luz en medio de las tinieblas

Contexto histórico:

Nicodemo era fariseo y miembro del Sanedrín, el principal consejo religioso de Israel. Los fariseos eran reconocidos por su estricta observancia de la Ley y las tradiciones judías. Como maestro de Israel, Nicodemo representaba lo mejor de la religión judía de su tiempo. Sin embargo, su encuentro con Jesús demuestra que incluso el hombre más religioso necesita nacer de nuevo.

Después de manifestar su gloria en Caná y demostrar que solamente Él puede traer la verdadera purificación, el evangelio de Juan nos conduce ahora hacia uno de los encuentros más profundos, solemnes y reveladores de todo el Nuevo Testamento. Ya no estamos en medio de una celebración pública, rodeados de multitudes y señales visibles, sino ante una conversación silenciosa ocurrida bajo el manto de la noche. Y, sin embargo, lo que aquí se revela toca el problema más profundo de toda la humanidad caída: ¿cómo puede un hombre pecador entrar en el Reino de Dios?

"Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos (Juan 3:1).

Juan introduce cuidadosamente a este hombre. Nicodemo no era un ignorante espiritual ni un pagano alejado de las Escrituras. Era fariseo, maestro de Israel, conocedor de la ley y miembro influyente entre los líderes religiosos del pueblo. Representaba, en muchos sentidos, lo más elevado que el sistema religioso judío podía producir: disciplina, conocimiento, moralidad, reputación y celo religioso. Y, sin embargo, algo seguía faltando. Toda su religión externa no había producido verdadera vida espiritual. Su vasto conocimiento no había traído descanso al alma. Su posición religiosa no había disipado las preguntas más profundas de su corazón. Y precisamente aquí comienza a revelarse una de las verdades más confrontadoras del evangelio: es posible estar rodeado de verdad religiosa y aun así permanecer espiritualmente en tinieblas.

"Este vino a Jesús de noche (Juan 3:2).

Juan rara vez utiliza detalles innecesarios. La noche aquí no solo describe un momento del día; posee también un profundo significado espiritual. Nicodemo conoce las Escrituras, pero todavía no ve claramente. Posee conocimiento religioso, pero aún permanece en oscuridad interior. Viene con interés genuino, pero también con temor, cautela y confusión. La luz ha comenzado a atraerlo, aunque todavía no comprende plenamente quién es Cristo. Y el mismo evangelio de Juan desarrolla posteriormente este simbolismo de manera aún más explícita. Más adelante Jesús declarará:

"El que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él" (Juan 11:10).

La noche representa entonces la condición espiritual del hombre separado de la luz divina. El

que permanece en tinieblas no puede discernir correctamente el camino, porque carece de la luz que proviene de Dios. Nicodemo domina las tradiciones de Israel y conoce externamente la ley, pero todavía camina en oscuridad espiritual porque aún no ha contemplado plenamente la gloria del Hijo de Dios. Y, sin embargo, incluso venir de noche revela algo importante. Las tinieblas no han logrado apagar completamente el hambre de verdad que aún permanece dentro de él. Algo en su interior comienza a reconocer que delante de él se encuentra una autoridad infinitamente superior a todo lo que había conocido anteriormente.

"Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él".

Nicodemo reconoce que las señales de Jesús revelan una presencia divina extraordinaria. Percibe que en Cristo existe una autoridad que no puede explicarse únicamente en términos humanos. Pero todavía lo contempla principalmente como maestro. Aún no logra discernir plenamente la magnitud de su gloria eterna. Y Jesús, como ocurre repetidamente en el evangelio de Juan, no responde meramente a las palabras externas del hombre, sino a la necesidad más profunda escondida en su corazón. Porque el problema del hombre no es simplemente intelectual, sino espiritual. La humanidad caída no busca naturalmente a Dios tal como Él verdaderamente es. Como declara el apóstol Pablo:

"No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios" (Romanos 3:11).

El corazón humano puede sentirse atraído por religión, moralidad o manifestaciones extraordinarias, pero permanece espiritualmente ciego ante la verdadera gloria de Cristo mientras Dios mismo no abra sus ojos. Nicodemo ha visto señales, reconoce autoridad divina y percibe algo celestial en Jesús, pero todavía no comprende que delante de él está el Hijo eterno de Dios, el Salvador prometido desde antiguo. Y esta incapacidad espiritual no era una verdad nueva. Ya había sido revelada desde los días de Moisés. Después de todos los milagros vistos en Egipto, las señales en el desierto y las obras poderosas de Dios delante de Israel, Moisés declaró:

"Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír" (Deuteronomio 29:4).

La tragedia del hombre caído no consiste solamente en falta de información, sino en incapacidad espiritual. Israel vio milagros y permaneció endurecido. Escuchó la voz de Dios y continuó rebelde. De la misma manera, Nicodemo contempla las señales de Cristo, pero aún permanece incapaz de discernir plenamente su gloria divina. Y precisamente aquí comienza a manifestarse el drama espiritual anunciado siglos después por el profeta Isaías:

"Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda" (Isaías 6:10).

La tragedia del hombre caído no consiste únicamente en ignorancia, sino en ceguera espiritual. El pecado endurece el corazón, oscurece el entendimiento y vuelve incapaz al hombre de contemplar correctamente la gloria divina. Nicodemo puede analizar señales y reconocer cierta

autoridad celestial, pero aún permanece incapaz de contemplar plenamente la gloria del Hijo porque la luz espiritual jamás puede ser producida por capacidad humana. Y precisamente por eso el nuevo nacimiento es absolutamente necesario. Sin la obra soberana de Dios abriendo los ojos del corazón, el hombre puede estudiar las Escrituras y aun así no ver a Cristo en ellas. Puede escuchar verdad y permanecer espiritualmente sordo. Puede presenciar milagros y continuar sin comprender la gloria del Salvador. El mismo Isaías había anticipado también la resistencia humana frente a la revelación del Mesías:

"¿Quién ha creído a nuestro anuncio?" (Isaías 53:1).

La incredulidad no nace meramente de falta de evidencia, sino de la corrupción espiritual producida por el pecado. Por eso Nicodemo, aun siendo maestro de Israel, todavía permanece incapaz de contemplar plenamente la gloria del Hijo. Y precisamente allí comenzará la obra del nuevo nacimiento: cuando la luz divina irrumpa soberanamente en la oscuridad del corazón humano.

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios (Juan 3:3).

Cristo atraviesa inmediatamente toda confianza humana. Nicodemo probablemente esperaba una conversación acerca de doctrina, señales o interpretación bíblica. Pero Jesús dirige todo hacia el problema central del hombre: necesita una nueva vida.

-No basta con educación religiosa.

-No basta con tradición.

-No basta con moralidad.

-No basta con conocimiento bíblico.

-No basta con pertenecer externamente al pueblo visible de Dios.

-El hombre no necesita simplemente mejorar; necesita nacer de nuevo.

Aquí colapsa toda esperanza fundada en la capacidad humana. Nicodemo representa al hombre religioso intentando acercarse a Dios mediante esfuerzo, disciplina y conocimiento. Pero Cristo declara que ninguna de esas cosas puede producir verdadera vida espiritual. La entrada al Reino no ocurre mediante reforma exterior, sino mediante una obra sobrenatural realizada por Dios mismo. Por eso el apóstol Pablo escribirá más adelante:

"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados (Efesios 2:1).

El problema del hombre no es simplemente debilidad espiritual; es muerte espiritual. Y un muerto no puede resucitarse a sí mismo. El nuevo nacimiento no consiste en despertar un potencial escondido dentro del hombre caído, sino en recibir una vida que únicamente Dios puede impartir. Por eso Cristo declarará también:

“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna… y ha pasado de muerte a vida (Juan 5:24).

Y nuevamente la Escritura proclama:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:17).

El evangelio no ofrece simplemente una versión mejorada del viejo hombre. Ofrece una nueva creación producida por el poder soberano de Dios.

Nicodemo responde confundido:

“¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?” (Juan 3:4).

Su pregunta revela que todavía piensa en categorías naturales y humanas. La mente caída puede comprender religión externa, pero no puede entender por sí misma las realidades espirituales del Reino de Dios. Nicodemo escucha las palabras de Jesús, pero aún permanece atrapado dentro de los límites de la lógica humana. Entonces Cristo profundiza aún más:

“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5).

Jesús no está hablando meramente de un rito externo. Está señalando la necesidad de limpieza y renovación interior prometida por Dios desde antiguo. Sus palabras evocan claramente la promesa de **Ezequiel 36:25-27**

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”.

Aquí el evangelio vuelve a conectarse con las tinajas de Caná. Las purificaciones externas del antiguo pacto jamás podían transformar verdaderamente el corazón humano. El agua ceremonial podía lavar externamente, pero solamente el Espíritu de Dios puede dar vida al alma muerta por el pecado. Entonces Jesús pronuncia una de las declaraciones más devastadoras para el orgullo humano:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6).

La carne jamás puede producir vida espiritual. El hombre natural puede desarrollar religión sofisticada, disciplina moral e incluso conocimiento doctrinal profundo, pero sigue siendo incapaz de generar por sí mismo verdadera vida espiritual. La carne no evoluciona hacia espiritualidad. El corazón caído no puede regenerarse a sí mismo. Y las obras de la carne terminan revelando precisamente esa corrupción interior. Como escribirá Pablo:

“Y manifiestas son las obras de la carne (Gálatas 5:19).

Entonces enumera inmoralidad, idolatría, enemistades, celos, iras, divisiones y toda clase de

pecados que brotan naturalmente del corazón humano caído. La carne jamás produce santidad verdadera. Solo el Espíritu puede producir "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza" (Gálatas 5:22–23).

Por eso el problema del hombre no puede resolverse mediante esfuerzo externo. Se necesita una nueva naturaleza. Pablo incluso declara:

"La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios" (1 Corintios 15:50).

La naturaleza caída del hombre jamás puede producir la vida espiritual necesaria para entrar en el Reino. El hombre natural solamente puede reproducir su propia corrupción. Por eso Cristo no vino simplemente a reformar la vieja humanidad caída, sino a impartir una vida completamente nueva mediante el Espíritu Santo. La Escritura describe esa condición caída con absoluta claridad en **Tito 3:3-6:**

"Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador".

El nuevo nacimiento no surge del esfuerzo humano ni de una reforma moral externa. Es una obra misericordiosa de Dios mediante el lavamiento regenerador del Espíritu Santo. El hombre natural solamente produce corrupción; únicamente Dios puede impartir vida espiritual. Cristo continúa:

"El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Juan 3:8).

Aquí aparece la soberanía gloriosa del Espíritu de Dios. El viento no puede ser controlado por el hombre. Nadie puede producirlo ni manipularlo. Así también ocurre con el nuevo nacimiento. La vida espiritual no nace de métodos humanos, emociones religiosas o méritos personales. Es obra libre, poderosa y soberana de Dios. El hombre puede organizar religión externa, pero jamás puede crear vida divina. Nicodemo escucha todo esto y responde:

"¿Cómo puede hacerse esto?" (Juan 3:9).

La pregunta revela el derrumbe progresivo de toda su autosuficiencia religiosa. El maestro de Israel descubre que, delante del Reino de Dios, es completamente incapaz. Y precisamente allí comienza frecuentemente la verdadera obra de gracia: cuando el hombre deja finalmente de confiar en sí mismo. Pero el mismo prólogo del evangelio ya había anticipado esta verdad. Aquellos que creen en Cristo son:

"engendrados, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1:13).

El nuevo nacimiento jamás tiene su origen final en la voluntad humana. Es una obra divina desde el principio hasta el fin. La salvación pertenece enteramente al Señor. Como la Escritura enseña:

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Efesios 2:8).

Jesús entonces lo confronta aún más profundamente:

"¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?" (Juan 3:10).

Las Escrituras ya habían anunciado la necesidad de una transformación interior radical. Los profetas habían hablado de un nuevo corazón, de un nuevo espíritu y de una limpieza producida por Dios mismo. Nicodemo conocía externamente esos textos, pero aún no había comprendido su verdadera profundidad espiritual. Entonces Cristo dirige la conversación hacia el centro mismo de la redención:

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado" (Juan 3:14).

Aquí la sombra de la cruz comienza a aparecer claramente. Jesús toma la historia de Números 21. Israel había sido herido por serpientes venenosas a causa de su pecado. El pueblo moría impotente bajo el juicio divino. Y entonces Dios ordenó levantar una serpiente de bronce para que todo aquel que mirara con fe pudiera vivir. La imagen es profundamente reveladora. El pecado ha envenenado toda la humanidad. El hombre no está simplemente enfermo espiritualmente; está muerto en sus delitos. No puede salvarse a sí mismo. Cristo mismo declara: "separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5). Pero Dios ha provisto salvación en el Hijo levantado. Así como los israelitas miraban la serpiente levantada para vivir, ahora los pecadores deben mirar por fe al Cristo crucificado. El nuevo nacimiento jamás puede separarse de la obra redentora de la cruz. El Espíritu da vida precisamente sobre la base de la obra consumada del Hijo. Entonces Juan registra las palabras más gloriosas y solemnes del evangelio:

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él" (Juan 3:16-17).

Cristo vino como Salvador. Pero Juan inmediatamente añade una verdad solemne:

"El que en Él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado (Juan 3:18).

La condenación del hombre no comienza cuando rechaza a Cristo; ya permanece sobre él debido a su pecado. Cristo no vino a crear condenación, sino a ofrecer salvación en medio de una humanidad ya perdida. Pero precisamente porque el Hijo ha sido revelado en tal gloria, el rechazo del evangelio agrava la responsabilidad del hombre. La Escritura declara en Hebreos 10:28-29:

“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?”

Si bajo la ley el desobedecer el testimonio traía juicio severo, ¿cuánto más grave es rechazar al Hijo mismo de Dios? Aquí se revela la solemnidad del evangelio: la misma luz que salva al que cree, condena al que la rechaza. Y esa condenación alcanzará su manifestación final cuando Cristo sea revelado en gloria. El apóstol Pablo declara en 2 Tesalonicenses 1:7-8:

“cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo”.

El evangelio jamás es un mensaje neutral. Cristo es Salvador para aquellos que creen, pero también Juez para quienes persisten en incredulidad. La misma luz que guía al arrepentido expone y condena al corazón que ama las tinieblas. Y entonces el evangelio vuelve nuevamente al gran tema del prólogo:

“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Juan 3:19).

Aquí queda expuesto el corazón humano. El problema final del hombre no es meramente intelectual, sino moral y espiritual. Cristo ha sido revelado, pero el hombre ama naturalmente las tinieblas porque la luz expone su pecado y destruye la ilusión de autosuficiencia. Sin embargo, la gracia comienza precisamente allí donde la luz irrumpe en la oscuridad. Nicodemo llegó de noche. Pero la luz ya había comenzado a atraerlo. Y aunque todavía no comprende plenamente todo lo que Cristo le ha revelado, el evangelio mostrará más adelante cómo esa luz continuará obrando en él. Primero aparecerá defendiendo tímidamente a Jesús delante de otros fariseos. Y finalmente, después de la cruz, saldrá públicamente para honrar al Cristo crucificado. La luz comenzó lentamente a vencer las tinieblas. Y esa continúa siendo la esperanza de todo pecador. Porque el mismo Cristo que habló con Nicodemo continúa llamando hoy a hombres muertos espiritualmente desde la oscuridad hacia la vida. El nuevo nacimiento sigue siendo una obra sobrenatural de gracia. Y allí donde el hombre descubre finalmente la incapacidad absoluta de su propia religión, la suficiencia perfecta del Hijo de Dios comienza a resplandecer con toda su gloria.

CAPÍTULO 6

Juan el Bautista: el amigo del Esposo y la gloria que debe crecer

Contexto histórico:

En las bodas judías existía la figura del amigo del esposo, encargado de ayudar en los preparativos y facilitar la celebración. Su función terminaba cuando el esposo aparecía y ocupaba el lugar central. Esta costumbre ilumina las palabras de Juan el Bautista cuando afirma que su gozo está completo y que Cristo debe crecer mientras él disminuye.

Después de revelar a Nicodemo la necesidad absoluta del nuevo nacimiento y mostrar que solamente el Hijo levantado puede traer vida eterna a un mundo condenado por el pecado, el evangelio de Juan dirige ahora nuestra atención hacia el último testimonio público de Juan el Bautista. Y este momento posee una profunda importancia espiritual. Porque aquí aparece un hombre que comprende algo que toda la humanidad caída lucha constantemente por aceptar: Cristo debe ocupar el centro absoluto, y el hombre debe disminuir. El ministerio de Juan había estremecido Israel. Multitudes habían salido al desierto para escucharlo. Muchos lo consideraban profeta. Otros incluso llegaron a preguntarse si él mismo sería el Mesías prometido. Pero precisamente aquí se revela la autenticidad espiritual de Juan: nunca intentó apropiarse de una gloria que pertenecía únicamente a Cristo.

“Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba. Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas” (Juan 3:22-23).

Durante un breve momento, ambos ministerios aparecen desarrollándose simultáneamente. Juan continúa bautizando, pero la transición ya ha comenzado. La sombra empieza a dar paso a la realidad. El precursor está siendo desplazado por Aquel a quien había venido a anunciar.

Y precisamente allí surge un conflicto.

“Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación” (Juan 3:25).

La preocupación probablemente giraba alrededor del bautismo y la autoridad espiritual. ¿Quién poseía ahora el verdadero ministerio? ¿A quién debía seguir el pueblo? Pero detrás de aquella discusión doctrinal se escondía algo más profundo: el orgullo humano. Porque el corazón caído constantemente busca prestigio, reconocimiento y superioridad, incluso dentro de los asuntos religiosos. El pecado no solamente corrompe la inmoralidad visible; también contamina la búsqueda de gloria espiritual. Entonces los discípulos de Juan llegan preocupados:

“Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a Él” (Juan 3:26).

La frase revela ansiedad y cierta tristeza. Aquel movimiento que antes rodeaba a Juan ahora

comenzaba a dirigirse hacia Cristo. Humanamente, muchos habrían sentido amenaza, competencia o frustración. Pero la respuesta de Juan revela una humildad extraordinaria.

"No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo" (Juan 3:27).

Juan comprende que todo ministerio verdadero depende enteramente de Dios. Ningún hombre produce por sí mismo fruto espiritual auténtico. Ninguna autoridad espiritual nace del mérito humano. Todo don, toda obra y toda gracia proceden finalmente del cielo. Aquí queda nuevamente destruida toda autosuficiencia humana. El hombre natural desea atribuirse gloria incluso dentro de la religión. Pero Juan reconoce que toda verdadera obra espiritual pertenece a Dios desde el principio hasta el fin. Entonces añade:

"Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de Él" (Juan 3:28).

La grandeza de Juan no consistía en atraer hombres hacia sí mismo, sino en señalar constantemente hacia Otro. Y precisamente aquí aparece una de las imágenes más hermosas del evangelio:

"El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo" (Juan 3:29).

Juan se describe a sí mismo como el amigo del Esposo. En el Antiguo Testamento, Dios había presentado frecuentemente su relación con su pueblo utilizando el lenguaje del matrimonio. Israel era descrito como una esposa infiel (Jeremías 2.19), mientras Dios aparecía como el esposo fiel que buscaba restaurarla (Jeremías 3.14). Ahora Juan comprende que el verdadero Esposo finalmente ha llegado. Cristo vino a reclamar para sí un pueblo redimido. Y Juan no siente celos al ver que las multitudes comienzan a seguir al Mesías. Al contrario: se goza. Porque el amigo verdadero no busca ocupar el lugar del esposo. Aquí aparece una diferencia profunda entre la gloria humana y la gloria espiritual. El orgullo humano desea ser admirado, seguido y exaltado. Pero el corazón verdaderamente transformado encuentra gozo cuando Cristo es exaltado, aun si el hombre mismo desaparece de escena. Entonces Juan pronuncia una de las declaraciones más poderosas de toda la Escritura:

"Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe" (Juan 3:30).

Estas palabras resumen la verdadera esencia de la vida cristiana. El evangelio no gira alrededor de la exaltación del hombre, sino alrededor de la gloria de Cristo.

La humanidad caída desea construir una religión donde el hombre permanezca en el centro:

-Sus méritos.

-su moralidad.

-sus logros.

-Su justicia.

-Su prestigio.

Pero la obra de Dios produce exactamente lo contrario. Allí donde Cristo comienza verdaderamente a ser contemplado, el orgullo humano empieza a disminuir.

Juan comprende que su ministerio jamás tuvo como propósito crear dependencia hacia sí mismo. Toda su misión consistía en preparar el camino para el Hijo de Dios. Y esa continúa siendo la esencia de todo ministerio fiel. El predicador no existe para construir su propio reino. El maestro no existe para producir admiradores personales. La iglesia no existe para exaltar figuras humanas. Toda verdadera obra espiritual debe conducir finalmente hacia Cristo. Después Juan continúa exaltando la supremacía absoluta del Hijo:

"El que de arriba viene, es sobre todos" (Juan 3:31).

Aquí reaparece nuevamente el contraste entre lo terrenal y lo celestial, uno de los grandes temas del evangelio de Juan. Juan pertenece a la tierra. Cristo viene del cielo. Juan es solamente hombre. Cristo es el Hijo eterno.

Toda autoridad humana es limitada, temporal y derivada. Pero Cristo posee supremacía absoluta (Mateo 28.18 ; Efesios 1.20-21). Y precisamente por eso sus palabras poseen autoridad eterna.

"El que viene del cielo, es sobre todos."

Entonces Juan declara:

"Y lo que vio y oyó, esto testifica" (Juan 3:32).

Cristo no habla meramente como un maestro humano intentando descubrir verdad espiritual. Él habla como Aquel que conoce perfectamente al Padre porque ha venido eternamente de Él. El evangelio no consiste simplemente en ideas religiosas desarrolladas por hombres buscando alcanzar a Dios. El evangelio es revelación divina descendiendo desde el cielo hacia una humanidad incapaz de salvarse a sí misma. Y, sin embargo, Juan añade una verdad solemne:

"Y nadie recibe su testimonio" (Juan 3:32).

La luz ha venido al mundo, pero el corazón humano permanece naturalmente endurecido. El problema del hombre no es falta de revelación, sino resistencia espiritual frente a la verdad divina. Pero inmediatamente Juan añade:

"El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz" (Juan 3:33).

Creer en Cristo no es simplemente aceptar información religiosa. Es reconocer que Dios mismo ha hablado en el Hijo. La incredulidad finalmente no es neutralidad intelectual; es rechazo del testimonio divino. Entonces Juan continúa:

"Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida" (Juan 3:34).

Los profetas antiguos habían recibido revelación parcial y limitada. Pero en Cristo habita la plenitud misma del Espíritu. Él no comunica solamente fragmentos de verdad. Él es la verdad encarnada. Toda revelación anterior apuntaba hacia Él. Como el mismo declarará más adelante:

"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39)

Todo el antiguo pacto encontraba finalmente cumplimiento en su persona. Entonces Juan dirige todo hacia la relación eterna entre el Padre y el Hijo:

"El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano" (Juan 3:35).

Aquí comienza a abrirse delante del lector la gloria eterna de Cristo. El Hijo no es simplemente un mensajero más dentro de la historia redentora. El Padre ha colocado todas las cosas bajo su autoridad. Toda salvación, todo juicio y toda esperanza eterna descansan finalmente en Él. Por eso el evangelio conduce inevitablemente hacia una decisión solemne:

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Juan 3:36).

El evangelio jamás aparece como una invitación superficial o emocionalmente neutral. Cristo divide inevitablemente a la humanidad.

Quien cree en el Hijo posee vida eterna.

Quien lo rechaza permanece bajo condenación.

La ira de Dios no comienza solamente en el juicio final. Juan declara que ya permanece sobre el hombre caído debido a su pecado. Cristo vino precisamente para rescatar a pecadores que ya caminaban hacia condenación.

Y precisamente por eso la gloria del evangelio resplandece con tanta fuerza. El mismo Hijo eterno que posee autoridad para juzgar vino también para salvar. El Esposo ha venido. La voz del cielo ha hablado. La luz verdadera ha aparecido. Y toda verdadera obra del Espíritu conduce finalmente al hombre hacia esta confesión gloriosa:

Cristo debe crecer.

Y nosotros debemos menguar.

CAPÍTULO 7

La mujer samaritana: el agua viva y la adoración verdadera

Contexto histórico

Para comprender plenamente el encuentro entre Jesús y la mujer samaritana, es necesario conocer la historia de Samaria y la profunda división que existía entre judíos y samaritanos en tiempos de Cristo. Después de la muerte de Salomón, el reino de Israel se dividió en dos partes: el reino del norte, llamado Israel, y el reino del sur, llamado Judá. En el año 722 a.C., el reino del norte fue conquistado por el Imperio Asirio. Como era costumbre de los asirios, gran parte de la población israelita fue deportada a otras regiones, mientras pueblos extranjeros fueron trasladados a habitar la tierra de Israel (2 Reyes 17:6, 24). Con el paso del tiempo, los israelitas que permanecieron en la región se mezclaron con aquellas poblaciones paganas. Como resultado, surgió una comunidad que conservaba algunos elementos de la fe de Israel, pero que también incorporaba prácticas y tradiciones ajenas a la revelación bíblica. Los judíos del sur comenzaron a considerar a los samaritanos como un pueblo mezclado y religiosamente corrupto. La ruptura se profundizó aún más cuando los samaritanos establecieron su propio centro de adoración en el monte Gerizim, rechazando la autoridad del templo de Jerusalén. Mientras los judíos afirmaban que el lugar legítimo de adoración era Jerusalén, los samaritanos sostenían que el monte Gerizim era el sitio escogido por Dios. Esta controversia se mantuvo durante siglos y generó una hostilidad constante entre ambos pueblos. Para el primer siglo, la enemistad era tan profunda que muchos judíos evitaban atravesar Samaria cuando viajaban entre Judea y Galilea, prefiriendo recorrer rutas más largas para no tener contacto con los samaritanos. Juan mismo señala esta realidad al afirmar que "judíos y samaritanos no se tratan entre sí" (Juan 4:9). En este contexto, el encuentro de Jesús con la mujer samaritana resulta sorprendente por varias razones. Jesús es judío; ella es samaritana. Jesús es hombre; ella es mujer. Jesús es reconocido como maestro; ella posee un pasado marcado por el fracaso moral y la marginación social. Todas las barreras culturales, religiosas y sociales parecían impedir esta conversación. Sin embargo, precisamente aquí comienza a manifestarse la gloria del evangelio. Cristo atraviesa fronteras que los hombres han levantado y se acerca a una mujer sedienta de algo que ninguna fuente terrenal podía darle. Lo que comienza junto a un pozo en Samaria terminará revelando una de las verdades más gloriosas del Evangelio de Juan: el Salvador no vino solamente para Israel, sino para rescatar pecadores de toda nación, pueblo y condición, ofreciéndoles el agua viva que conduce a la vida eterna.

Después de revelar que Él es el verdadero templo y que toda la adoración encuentra finalmente su cumplimiento en su propia persona, el evangelio de Juan nos conduce ahora hacia un encuentro profundamente humano y gloriosamente redentor. Si en Jerusalén Cristo confrontó la corrupción visible de la religión de Israel, ahora se dirige hacia alguien completamente distinto: una mujer samaritana marcada por el rechazo social, la confusión espiritual y el peso silencioso de una vida quebrantada. Y precisamente allí vuelve a manifestarse la gloria del evangelio. Porque Cristo no vino solamente para confrontar sistemas religiosos vacíos; vino también para buscar pecadores sedientos.

“Y le era necesario pasar por Samaria” (Juan 4:4).

La expresión posee una profundidad extraordinaria. Muchos judíos evitaban aquella región debido a la antigua hostilidad entre judíos y samaritanos. Existían diferencias étnicas, históricas y religiosas profundamente arraigadas. Para un judío piadoso, atravesar Samaria podía considerarse impropio. Pero el camino de Cristo no estaba gobernado por prejuicios humanos. Le era necesario pasar por Samaria porque la gracia divina se dirigía hacia una mujer específica que aún no comprendía que estaba siendo buscada por Dios. Así obra frecuentemente el Señor. Mientras el hombre continúa ocupado en sus propios caminos, Cristo ya avanza soberanamente hacia aquellos a quienes ha decidido alcanzar con su misericordia.

“Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar… y estaba allí el pozo de Jacob” (Juan 4:5-6).

Juan vuelve a conectar el evangelio con la historia redentora de Israel. El pozo evocaba la memoria de los patriarcas, las promesas antiguas y la herencia del pueblo de Dios. Pero junto a ese pozo aparecería ahora una revelación infinitamente mayor que Jacob mismo.

“Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo” (Juan 4:6).

La escena posee una belleza profundamente conmovedora. El Hijo eterno, por quien fueron hechas todas las cosas, aparece cansado. El Verbo hecho carne ha entrado verdaderamente en nuestra condición humana. Él conoce el agotamiento, el dolor y la debilidad física. El evangelio no presenta una encarnación distante o aparente, sino al Dios verdadero caminando entre hombres reales.

“Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber” (Juan 4:7).

La conversación comienza de manera sencilla, casi ordinaria. Pero detrás de aquellas palabras cotidianas se esconde una realidad eterna. Porque Cristo frecuentemente comienza acercándose al hombre mediante necesidades visibles para luego revelar la necesidad mucho más profunda escondida dentro del corazón. La mujer se sorprende:

“¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?” (Juan 4:9).

Las barreras eran numerosas: judío y samaritana, hombre y mujer, rabino y pecadora, pureza religiosa y vergüenza moral. Pero el evangelio comienza precisamente derribando aquello que el pecado había levantado entre Dios y el hombre. Entonces Jesús dirige inmediatamente la conversación hacia la verdadera sed del alma:

“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y Él te daría agua viva” (Juan 4:10).

La mujer contempla delante de ella a un viajero cansado, pero todavía no percibe quién le está hablando realmente. Y allí reaparece uno de los grandes temas del evangelio de Juan: la humanidad es incapaz de reconocer plenamente la gloria de Cristo mientras Dios mismo no abra sus ojos. Sin embargo, Jesús comienza a revelar algo aún más profundo: toda la

existencia humana está marcada por una sed espiritual que ninguna realidad terrenal puede satisfacer. Desde la caída, el hombre ha intentado llenar el vacío interior mediante múltiples sustitutos: placer, éxito, relaciones, poder, religión, reconocimiento. Pero ninguna de esas cosas puede restaurar la comunión perdida con Dios. Siglos antes, el profeta Jeremiah había declarado:

"Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas que no retienen agua" (Jeremías 2:13).

La tragedia del hombre no consiste solamente en tener sed, sino en buscar agua lejos de la única fuente capaz de dar vida. La mujer continúa pensando en categorías naturales:

"Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo" (Juan 4:11).

Al igual que Nicodemo, todavía interpreta las palabras de Cristo desde una perspectiva terrenal. El hombre natural puede comprender necesidades visibles, pero permanece incapaz de percibir por sí mismo las realidades espirituales del Reino de Dios. Entonces Jesús pronuncia una de las declaraciones más gloriosas del evangelio:

"Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás" (Juan 4:13-14).

Aquí Cristo expone la insuficiencia de todo lo temporal. Todo aquello que el hombre usa para sostener su alma termina revelando sus límites. El corazón humano permanece inquieto porque fue creado para algo eterno. Pero Cristo no ofrece simplemente alivio momentáneo. El agua que Él da **"será en él una fuente de agua que salte para vida eterna".** La salvación no consiste únicamente en ayuda externa; implica una transformación interior producida por la vida misma de Dios obrando dentro del creyente. El Espíritu Santo no solamente visita al hombre; viene a habitar en él. La mujer responde:

"Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed" (Juan 4:15).

Todavía no comprende plenamente las palabras de Jesús, pero la gracia ya comienza a despertar hambre espiritual en su corazón. Entonces Cristo dirige la conversación hacia la herida más profunda de su vida:

"Ve, llama a tu marido, y ven acá" (Juan 4:16).

La misma gracia que atrae al pecador también expone aquello que necesita ser sanado. Cristo jamás ofrece salvación ignorando el pecado. La mujer responde:

"No tengo marido".

Y Jesús declara:

"Bien has dicho… porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido" (Juan 4:17-18).

De pronto, la mujer comprende que está delante de alguien que conoce completamente su historia. Cristo no solo observa externamente al ser humano. Él contempla las heridas escondidas, los fracasos acumulados y las búsquedas desesperadas del corazón. Probablemente esta mujer había intentado encontrar amor, identidad y seguridad en relaciones incapaces de llenar verdaderamente el vacío de su alma. Y esa continúa siendo una de las tragedias más profundas de la humanidad caída: buscar en criaturas aquello que solamente el Creador puede dar. **Pero aquí resplandece nuevamente la gloria del evangelio. La misma mirada que expone completamente al pecador no se aparta de él. Cristo conoce toda la verdad acerca de esta mujer… y aun así permanece hablándole con gracia.**

Entonces ella responde:

“Señor, me parece que tú eres profeta” (Juan 4:19).

Y rápidamente dirige la conversación hacia la antigua disputa religiosa entre judíos y samaritanos:

“Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar” (Juan 4:20).

Frecuentemente el corazón humano intenta refugiarse en discusiones religiosas para evitar enfrentar el problema más profundo del alma. Pero Cristo conduce la conversación hacia algo infinitamente mayor que la controversia entre Samaria y Jerusalén.

“Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre” (Juan 4:21).

Aquí el evangelio vuelve a revelar que el antiguo sistema está llegando a su cumplimiento definitivo en Cristo. Bajo el antiguo pacto, el templo ocupaba el centro visible de la adoración. Allí estaban los sacrificios, el sacerdocio y la manifestación simbólica de la presencia divina. Pero todas aquellas sombras apuntaban hacia una realidad mayor. **El verdadero acceso al Padre sería abierto por medio del Hijo. La adoración ya no quedaría limitada a un lugar geográfico, porque el verdadero templo sería Cristo mismo.**

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Juan 4:23).

La adoración verdadera no consiste meramente en rituales externos, emociones religiosas o ceremonias visibles. Nace de un corazón renovado por el Espíritu Santo y encuentra su centro en la verdad revelada en Cristo. **Porque “Dios es Espíritu”. Y solamente aquellos que han recibido vida espiritual pueden acercarse verdaderamente a Él. El Padre busca adoradores cuya adoración brote de una comunión viva con el Hijo y sea producida por la obra interior del Espíritu.**

Aquí Cristo destruye tanto el ritualismo vacío como la religión meramente externa. La adoración auténtica no depende principalmente de lugares sagrados, sino de una relación reconciliada con Dios mediante Cristo. Entonces la mujer declara:

“Sé que ha de venir el Mesías” (Juan 4:25).

Y Jesús responde con una de las revelaciones más directas y gloriosas de todo el evangelio:

“Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:26).

La escena es extraordinaria. El “Yo Soy” se revela no primero ante los poderosos de Jerusalén ni ante los maestros más influyentes de Israel, sino delante de una mujer samaritana quebrantada y despreciada**. Porque la gracia frecuentemente irrumpe donde el orgullo religioso menos lo espera.** En ese momento llegan los discípulos. Y entonces Juan registra un detalle profundamente significativo:

“La mujer dejó su cántaro” (Juan 4:28).

Aquello que había venido a buscar pierde importancia delante de aquello que finalmente ha encontrado. **La sed más profunda de su alma comenzó a ser satisfecha.** Y así ocurre cuando alguien contempla verdaderamente la gloria de Cristo. Las antiguas prioridades empiezan a perder dominio porque el corazón ha descubierto algo infinitamente mayor.

Entonces la mujer corre hacia la ciudad y anuncia:

“Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?” (Juan 4:29).

La misma mujer que probablemente evitaba exponerse públicamente ahora se convierte en testigo de Cristo. La gracia comienza inmediatamente a transformar aquello que toca. Y nuevamente aparece uno de los grandes temas del evangelio de Juan: el testimonio. El alma que ha contemplado verdaderamente algo de la gloria de Cristo desea conducir a otros hacia Él. Muchos samaritanos creen primero por el testimonio de la mujer. Pero después de escuchar personalmente a Jesús, declaran:

“Ya no creemos solamente por tu dicho; porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo” (Juan 4:42).

La expresión posee una gloria inmensa. No solamente Salvador de Israel. No solamente de Jerusalén. No solamente de una nación específica. **El Salvador del mundo.** Desde temprano, el evangelio de Juan comienza a revelar que la obra redentora de Cristo alcanzará hombres y mujeres de toda lengua, pueblo y nación. El agua viva será ofrecida mucho más allá de las fronteras visibles de Israel. Y así concluye este encuentro extraordinario. Una mujer sedienta se acercó a un pozo buscando agua temporal. Pero terminó encontrándose con Aquel que es la fuente misma de la vida eterna. **Porque el corazón humano jamás encontrará descanso definitivo hasta beber de Cristo mismo.**

CAPÍTULO 8

El noble de Capernaum: la fe que descansa en la palabra de Cristo

Contexto histórico

Después de su ministerio inicial en Judea y de su encuentro con la mujer samaritana (Jn 4:1-42), Jesús regresó a Galilea. El evangelista señala específicamente que llegó a Caná de Galilea, el mismo lugar donde había realizado su primer milagro al convertir el agua en vino (Jn 2:1-11). Esta referencia conecta ambos acontecimientos y muestra que la fama de Jesús comenzaba a extenderse por la región.

Caná era una pequeña aldea situada en la región de Galilea, al norte de Israel. Durante el siglo I, Galilea estaba bajo el gobierno de Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, quien gobernaba como tetrarca bajo la autoridad del Imperio Romano.

El relato menciona a un "oficial del rey". La palabra griega basilikos indica alguien relacionado con la corte real, probablemente un funcionario al servicio de Herodes Antipas. Aunque no se especifica exactamente su cargo, era una persona de cierta posición social y autoridad. Esto resulta significativo porque muestra que la influencia de Jesús alcanzaba tanto a personas humildes como a miembros de la administración gobernante.

Capernaum, donde vivía el oficial, era una ciudad importante ubicada junto al mar de Galilea. Funcionaba como centro comercial y administrativo debido a su ubicación en una importante ruta de comercio. La distancia entre Capernaum y Caná era de aproximadamente 25 a 30 kilómetros, un trayecto que podía requerir varias horas de viaje a pie. El hecho de que el oficial recorriera esa distancia para buscar a Jesús revela la gravedad de la enfermedad de su hijo y la desesperación de un padre que había agotado otras posibilidades.

En la mentalidad judía del primer siglo, las enfermedades graves y la muerte infantil eran tragedias frecuentes debido a las limitadas condiciones médicas. Por ello, la noticia de que Jesús realizaba señales milagrosas despertaba gran esperanza entre la población. El oficial había oído acerca de Jesús y de sus obras, lo que lo impulsó a buscar su ayuda cuando su hijo estaba "a punto de morir".

Este episodio ocurre en una etapa temprana del ministerio de Jesús, cuando muchos comenzaban a acercarse a Él motivados por las señales milagrosas. Sin embargo, el desarrollo de la historia mostrará que Jesús no solo busca producir asombro por sus milagros, sino conducir a las personas a una fe genuina en su palabra y en su identidad como el Mesías y el Hijo de Dios.

El trasfondo histórico resalta varios aspectos importantes:

Jesús es buscado por personas de distintos estratos sociales, incluso por funcionarios

relacionados con el gobierno de Herodes. La distancia entre Caná y Capernaum enfatiza la urgencia y la fe inicial del oficial. El relato ocurre en un contexto donde la fama de Jesús se estaba difundiendo por Galilea debido a sus señales. Juan presenta este milagro como una demostración de la autoridad soberana de Cristo, quien puede sanar a distancia únicamente mediante su palabra. El pasaje prepara uno de los temas centrales del Evangelio de Juan: la transición de una fe basada en señales visibles a una fe basada en la palabra de Cristo.

Después de revelar a la mujer samaritana que Él es la fuente del agua viva y el verdadero objeto de toda adoración, el evangelio de Juan nos conduce hacia otro encuentro profundamente significativo. Esta vez no encontramos a una mujer marginada junto a un pozo, sino a un hombre de cierta posición e influencia. Sin embargo, el sufrimiento vuelve a demostrar una verdad universal: el dolor tiene una manera particular de derribar las diferencias humanas. Delante de la enfermedad, la muerte y la impotencia, tanto ricos como pobres descubren cuán limitada es realmente su fuerza.

Juan escribe:

"Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino" (Juan 4:46).

El evangelista nos lleva nuevamente al lugar donde Cristo había manifestado su primera señal. Allí comenzó a revelarse una gloria que transforma. Ahora esa misma gloria será contemplada desde otra perspectiva: el poder de la palabra de Cristo.

"Y había en Capernaum un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo."

La enfermedad tiene una manera de confrontar las ilusiones humanas de control. Podemos organizar nuestra vida, planificar el futuro y construir seguridades temporales, pero basta una sola noticia inesperada para recordarnos cuán frágiles somos realmente. Este hombre probablemente poseía recursos, influencia y autoridad. Sin embargo, ninguna de esas cosas podía sanar a su hijo. Y allí aparece nuevamente una de las grandes lecciones del evangelio: aquello que el hombre no puede resolver por sí mismo frecuentemente se convierte en el medio que Dios utiliza para conducirlo hacia Cristo. Cuando escucha que Jesús ha llegado a Galilea, viaja para encontrarlo.

"Le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir" (Juan 4:47).

-La desesperación ha reemplazado la autosuficiencia.

-El padre ya no confía en su posición social.

-No confía en sus recursos.

-No confía en sus conexiones.

-Toda esperanza descansa ahora en Cristo.

Y precisamente allí comienza frecuentemente la verdadera fe. Mientras el hombre conserva la

ilusión de poder salvarse a sí mismo, rara vez percibe su necesidad del Salvador. Pero cuando descubre su impotencia, comienza a comprender cuán indispensable es la gracia divina.

Entonces Jesús responde de una manera sorprendente:

"Si no viereis señales y prodigios, no creeréis" (Juan 4:48).

A primera vista, la respuesta parece dura. Pero Cristo está exponiendo un problema más profundo. Muchos deseaban los milagros sin desear verdaderamente al Mesías. Buscaban los beneficios de Cristo mientras permanecían indiferentes hacia su persona. **Querían pan, sanidad y señales extraordinarias, pero no necesariamente al Hijo de Dios. Y ese peligro continúa existiendo hoy.**

¿Es posible acercarse a Cristo buscando únicamente alivio temporal?.

Es posible buscar soluciones para los problemas de esta vida mientras el corazón permanece indiferente a la reconciliación con Dios**. Pero la fe verdadera finalmente descansa en quién es Cristo, no solamente en lo que Cristo puede dar.**

El oficial responde:

"Señor, desciende antes que mi hijo muera" (Juan 4:49).

Su fe todavía es imperfecta. Cree que Jesús puede sanar, pero parece pensar que debe estar físicamente presente para hacerlo. Aún no comprende plenamente la autoridad ilimitada del Hijo de Dios. Y, sin embargo, Cristo frecuentemente recibe incluso la fe débil cuando esta se acerca sinceramente a Él**. Como el Señor declarara posteriormente:**

"Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37).

Entonces llega una de las declaraciones más hermosas de todo el capítulo:

"Ve, tu hijo vive" (Juan 4:50).

Nada más:

-Ningún contacto físico.

-Ninguna ceremonia.

-Ninguna demostración visible de poder.

-Solo una palabra.

Y aquí vuelve a aparecer la gloria del Verbo eterno anunciada en el prólogo. El mismo que creó el universo mediante su palabra ahora sana.

El mismo que dijo: "Sea la luz" continúa gobernando toda la creación por la autoridad de su voz.

-La distancia no limita su poder.

-La enfermedad no resiste su autoridad.

-La muerte misma se somete a su mandato.

Pero lo más notable ocurre a continuación:

"Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue."

Aquí encontramos el corazón del relato.

-El milagro todavía no ha sido visto.

-La evidencia visible aún no ha llegado.

-Y, sin embargo, el hombre comienza a regresar a casa.

-Su fe descansa únicamente en la palabra de Cristo.

-Esta es precisamente la naturaleza de la fe bíblica.

Como dirá posteriormente el autor de Hebreos:

"La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve."(Hebreos 11:1)

El mundo desea primero ver para después creer. Pero el evangelio llama al hombre a confiar en la palabra de Dios incluso antes de contemplar el cumplimiento. Y precisamente porque la palabra procede de Cristo, jamás puede fallar.

Mientras el oficial regresa, sus siervos salen a su encuentro. Entonces escucha las palabras que habían transformado toda la situación:

"Tu hijo vive" (Juan 4:51).

El padre pregunta la hora exacta. Y descubre algo extraordinario. La sanidad ocurrió precisamente cuando Jesús había declarado**"Tu hijo vive."No antes, no después.** Exactamente en el momento en que Cristo habló. Porque cuando el Hijo de Dios habla, su palabra jamás regresa vacía**. Su autoridad no depende de circunstancias favorables. Su poder no depende de cooperación humana. Su voluntad soberana se cumple perfectamente.**

Entonces Juan concluye:

"Y creyó él con toda su casa" (Juan 4:53).

-La fe inicial del oficial era real, pero limitada.

-Ahora ha sido profundizada.

-Primero buscó a Cristo por necesidad.

-Ahora cree en Cristo por quien verdaderamente es.

Y esta continúa siendo la meta de toda la obra de Dios.

Las pruebas, los sufrimientos y las necesidades temporales frecuentemente son utilizadas por el Señor para conducir al hombre hacia una realidad mucho mayor: conocer verdaderamente al Hijo de Dios

Como ya habia sido declarado por Dios atraves del profeta Zacarías:

"Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. El invocará mi nombre, y yo le oiré, y dire: Pueblo mío y él dirá Jehová es mi Dios" (Zacarías 13.9).

El mayor milagro jamás es simplemente la restauración temporal del cuerpo. Todo cuerpo sanado finalmente volverá a morir. Todo problema terrenal resuelto pertenece todavía a este mundo pasajero. Pero la vida eterna que Cristo otorga permanece para siempre. Por eso este milagro señala más allá de sí mismo. Apunta hacia la autoridad absoluta del Verbo eterno.

La misma voz que devolvió salud al hijo del oficial es la voz que llama pecadores muertos espiritualmente a la vida. La misma palabra que venció la enfermedad es la palabra que vence el pecado. Y la misma autoridad que gobernaba la distancia entre Caná y Capernaum continúa gobernando hoy toda la creación. Porque Cristo no es simplemente un obrador de milagros. Es el Hijo eterno de Dios. Y aquellos que descansan en su palabra descubren que ninguna promesa pronunciada por Él puede fracasar.

CAPÍTULO 9

El paralítico de Betesda: la gracia que busca al impotente

Contexto histórico

Este acontecimiento ocurrió durante el ministerio terrenal de Jesucristo en la ciudad de Jerusalén, probablemente durante una de las fiestas judías a las que Él asistía regularmente (Jn 5:1). Jerusalén era el centro religioso de Israel, donde se encontraba el Templo y donde miles de peregrinos acudían cada año para celebrar las festividades establecidas por la Ley de Moisés. Cerca de la Puerta de las Ovejas se encontraba el estanque de Betesda, cuyo nombre significa "Casa de Misericordia" o "Casa de Gracia". Según el relato bíblico, este lugar tenía cinco pórticos donde se reunían numerosos enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, esperando recibir sanidad. Muchos judíos creían que las aguas del estanque poseían propiedades curativas cuando eran agitadas, por lo que los enfermos permanecían allí con la esperanza de ser sanados. En este contexto encontramos a un hombre que llevaba treinta y ocho años sufriendo una enfermedad que le impedía caminar. Su condición refleja no solo una larga aflicción física, sino también una situación de marginación social y desesperanza, pues dependía de otros para desplazarse y no tenía quien lo ayudara a llegar al agua cuando esta se agitaba. El acontecimiento ocurre además en día de reposo (sábado), una observancia sagrada para los judíos. Durante el período del Segundo Templo, los líderes religiosos habían desarrollado numerosas tradiciones y regulaciones acerca de lo que podía o no hacerse en ese día. Por esta razón, la sanidad realizada por Jesús y la orden de tomar el lecho y caminar provocaron una fuerte controversia con las autoridades judías. Históricamente, este milagro se sitúa en una etapa creciente de oposición hacia Jesús. Mientras sus obras manifestaban su autoridad divina y su compasión por los necesitados, los líderes religiosos comenzaban a cuestionar su autoridad debido a que sus acciones desafiaban sus interpretaciones tradicionales de la Ley. Así, la sanidad del paralítico de Betesda no solo revela el poder mesiánico de Cristo sobre la enfermedad, sino que también marca un punto importante en el conflicto entre Jesús y las autoridades religiosas de Israel.

Después de mostrar que la fe verdadera descansa en la palabra de Cristo, el evangelio de Juan nos conduce ahora hacia una escena que expone con particular claridad la condición espiritual de toda la humanidad. Si Nicodemo reveló la necesidad del nuevo nacimiento y la mujer samaritana ilustró la sed profunda del alma, el paralítico de Betesda mostrará otra realidad igualmente devastadora: la absoluta impotencia del hombre para salvarse a sí mismo.

Juan escribe:

"Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén" (Juan 5:1).

Una vez más, Cristo aparece en Jerusalén, el centro religioso de Israel. Allí se levantaba el templo, allí se realizaban los sacrificios y allí acudían multitudes para adorar. Sin embargo, en medio de toda aquella actividad religiosa, Juan dirige nuestra atención hacia un lugar donde el sufrimiento humano se manifestaba con crudeza.

"Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda" (Juan 5:2).

El nombre Betesda significa "casa de misericordia". Pero la escena que encontramos parece reflejar más miseria que misericordia.

"En estos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos" (Juan 5:3).

La descripción es profundamente conmovedora.

-Cuerpos quebrantados.

-Esperanzas agotadas.

-Años de sufrimiento acumulado.

-Hombres y mujeres esperando algo que cambiara su condición.

Y, sin embargo, esta escena no solamente describe una tragedia física sino querefleja una realidad espiritual universal.

La humanidad caída se encuentra exactamente en esa condición delante de Dios.

-Espiritualmente ciega.

-Espiritualmente paralizada.

-Incapaz de producir por sí misma la vida que necesita.

El pecado no dejó al hombre simplemente debilitado, lo dejó incapacitado para reconciliarse con Dios por sus propios medios.

Esta verdad es más adelante explicada por el apóstol Pablo:

"por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23).

Entre aquella multitud se encontraba un hombre específico.

"Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo" (Juan 5:5).

Treinta y ocho años, una vida entera marcada por la impotencia, décadas contemplando la misma realidad, décadas sin solución, décadas aprendiendo a convivir con una condición que él mismo era incapaz de cambiar. Y aquí aparece una verdad preciosa acerca de la gracia divina. Antes de que el hombre busque a Cristo, Cristo ya lo ha visto. Antes de que el pecador levante su mirada hacia Dios, Dios ya ha fijado su mirada sobre el pecador.

Por eso Juan escribe:

"Cuando Jesús lo vio acostado..." (Juan 5:6).

La iniciativa pertenece nuevamente al Señor. El paralítico no está buscando activamente a Jesús. No corre hacia Él. No lo llama. No demuestra una fe extraordinaria.

-Es Cristo quien se acerca.

-Es Cristo quien toma la iniciativa.

-Es Cristo quien comienza la obra.

Y esta realidad atraviesa todo el evangelio. El Buen Pastor busca a sus ovejas. La luz entra en las tinieblas. El Salvador viene a buscar y salvar lo que se había perdido. Aun las circunstancias dolorosas que conducen al hombre hacia Cristo se encuentran bajo la providencia soberana de Dios. Aquellos treinta y ocho años de sufrimiento no habían escapado a su gobierno. Lo que parecía una historia de miseria sin propósito formaba parte de un plan mucho mayor que culminaría en un encuentro con el Hijo de Dios.

Como afirma el apóstol:

"Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6).

La salvación pertenece al Señor desde el principio hasta el fin. El mismo Cristo que busca al pecador es quien lo sostiene, lo preserva y lo conduce finalmente a la gloria.

Entonces Jesús le pregunta:

"¿Quieres ser sano?"

La pregunta parece extraña. ¿Quién no querría ser sanado después de treinta y ocho años?, Pero Cristo no fórmula preguntas innecesarias. Frecuentemente utiliza preguntas para revelar aquello que permanece oculto dentro del corazón humano. La respuesta del hombre es reveladora:

"Señor, no tengo quien me meta en el estanque..." (Juan 5:7).

Observemos cuidadosamente sus palabras. No responde directamente.

-Habla de obstáculos.

-Habla de circunstancias.

-Habla de limitaciones.

-Es incapaz de salvarce a si mismo

Entonces Cristo pronuncia tres órdenes sencillas:

"Levántate, toma tu lecho, y anda" (Juan 5:8).

La orden parece imposible.

¿Cómo puede levantarse alguien incapaz de caminar?

¿Cómo puede andar quien lleva décadas paralizado?

Siertamente es imposible para el hombre, pero con unas palabras de Cristo fue sanado al instante:

"Y al instante aquel hombre fue sanado" (Juan 5:9).

-No progresivamente.

-No parcialmente.

-No después de largos esfuerzos.

Lo que treinta y ocho años de impotencia no pudieron resolver, la palabra del Hijo de Dios lo transformó en un momento.

Asi también ocurre con la salvación

En el evangelio segun Mateo encontramos esta verdad reflejada:

Despues de el encuebtro con el joven rico. Jesús declra:
"De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos".(Mateo 19:23)

"Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible" (Mateo 19:25-26).

Ciertamente para el hombre es imposible ser salvo, todo comienza con la iniciativa soberana de Dios. Así como al paralítico, solo basta una orden del Señor, "(Ven a Mí)" y lo que es imposible para el hombre en su estado natural se vuelve posible en un instante.

Por eso el apóstol Pablo declará:

"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Romanos 8:28-30)

Inmediatamente despues del milagro aparece el conflicto. El milagro ocurrió en sábado.Y los líderes religiosos reaccionan con indignación.

Es notable que parecen más preocupados por una interpretación rígida de sus tradiciones que por el hombre que acaba de ser restaurado después de casi cuatro décadas de sufrimiento.

Aquí vuelve a aparecer uno de los grandes temas del evangelio. La religión sin Cristo termina

preocupándose más por las reglas que por la misericordia.

Más por las formas externas que por la realidad espiritual.

Más por la tradición que por la gloria de Dios.

Entonces Jesús encuentra nuevamente al hombre y le dice:

"Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor" (Juan 5:14).

Cristo dirige la atención hacia una realidad más profunda que la enfermedad física. La verdadera tragedia humana no es la parálisis del cuerpo. Es la esclavitud del pecado:

. Más adelante el apóstol Pablo declara:

"¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?" (Romanos 6:16).

La enfermedad puede afectar esta vida temporal pero el pecado afecta la eternidad. Por eso Jesús no vino principalmente para eliminar el sufrimiento temporal. Vino para destruir la raíz más profunda de toda miseria humana**. Vino para vencer el pecado; vino para reconciliar al hombre con Dios.**

Como enseña el apóstol Pablo:

"Que agradó a Dios por medio de Cristo reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él" (Colosenses 1:20-22).

Y entonces el relato alcanza su clímax teológico. Cuando los líderes religiosos cuestionan a Jesús, Él responde:

"Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan 5:17).

La declaración es extraordinaria. Cristo no se presenta simplemente como un profeta. No se presenta únicamente como un enviado.Se coloca junto al Padre de una manera que los judíos comprenden inmediatamente.Por eso Juan añade:

"Porque también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Juan 5:18).

El milagro del paralítico apuntaba hacia algo mayor. No era solamente una demostración de poder. Era una revelación de identidad.

-El que restauró al paralítico es el mismo que sostiene el universo.

-El que dio fuerza a piernas paralizadas es el mismo Hijo eterno anunciado en el prólogo.

-El Señor del sábado.

-El Dador de la vida.

Y así, una vez más, Juan dirige nuestra mirada más allá de la señal hacia la gloria de Cristo. Porque el verdadero milagro de Betesda no consiste simplemente en que un hombre volvió a caminar. Consiste en que el Hijo de Dios se acercó a un hombre completamente impotente y le dio aquello que jamás habría podido obtener por sí mismo. Y esa continúa siendo la esperanza de todo pecador. La gracia de Dios sigue acercándose a hombres espiritualmente paralizados. La voz de Cristo sigue llamando a los muertos a la vida. Y el mismo Señor que dijo-"Levántate, toma tu lecho y anda"continúa diciendo hoy:

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."(Mateo 11:28)

Porque el Dios que comenzó la obra es también el Dios que la perfeccionará. Y aquel a quien Cristo llama eficazmente jamás será abandonado por el Salvador que lo buscó primero.

CAPÍTULO 10

La multitud hambrienta: Cristo, el Pan de Vida

Contexto histórico

Este acontecimiento ocurrió durante el ministerio público de Jesucristo en la región de Galilea, al otro lado del mar de Galilea. En aquel tiempo, Galilea estaba bajo dominio del Imperio Romano, y gran parte de la población estaba compuesta por pescadores, agricultores y personas de condición humilde que vivían con recursos limitados. El relato ocurre poco antes de la celebración de la Pascua judía (Jn 6:4), la fiesta más importante de Israel, que conmemoraba la liberación del pueblo de la esclavitud en Egipto bajo el liderazgo de Moisés. La cercanía de la Pascua es significativa porque preparaba el escenario para que los judíos reflexionaran sobre la provisión divina en el desierto, especialmente el maná que Dios había dado a sus antepasados durante cuarenta años. Grandes multitudes seguían a Jesús porque habían visto las señales que realizaba sanando enfermos. La fama de sus milagros se había extendido por toda la región, despertando expectativas mesiánicas entre el pueblo. Muchos judíos esperaban la llegada de un libertador semejante a Moisés que restaurara la gloria de Israel y los librara de la opresión extranjera. En este contexto, una multitud de aproximadamente cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños, se reunió en un lugar apartado para escuchar a Jesús. Debido a la escasez de alimentos en aquel lugar, la situación representaba un problema imposible de resolver por medios humanos. Sin embargo, Jesús multiplicó cinco panes de cebada y dos peces, alimentando abundantemente a toda la multitud. Históricamente, este milagro recuerda varios acontecimientos del Antiguo Testamento. Evoca la provisión del maná en el desierto (Éx. 16) y también el milagro realizado por Eliseo cuando alimentó a cien hombres con veinte panes (2 R. 4:42-44). Estos paralelos ayudaban a identificar a Jesús como el cumplimiento y la culminación de las obras salvadoras que Dios había realizado anteriormente en la historia de Israel. La reacción de la multitud fue intentar proclamar a Jesús como rey por la fuerza (Jn 6:15), pues interpretaron el milagro en términos políticos y nacionales. Sin embargo, Jesús se retiró porque su misión no consistía en establecer un reino político terrenal, sino en inaugurar el reino de Dios mediante su obra redentora.

Después de sanar al paralítico de Betesda y revelar que posee la misma autoridad divina del Padre, el evangelio de Juan nos conduce hacia una de las señales más conocidas del ministerio de Cristo. Sin embargo, como ocurre repetidamente en este evangelio, el milagro visible apunta hacia una realidad mucho más profunda. La alimentación de los cinco mil no trata simplemente acerca de pan para el cuerpo. Trata acerca del hambre del alma y de Aquel que puede satisfacerla eternamente.

Juan escribe:

"Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias" (Juan 6:1).

-Grandes multitudes lo seguían.

-Muchos habían visto sus milagros.

-Muchos habían contemplado sus sanidades.

-Muchos estaban fascinados por su poder.

Pero Juan comienza a mostrarnos una diferencia importante que aparecerá constantemente a lo largo del capítulo: no todos los que siguen a Cristo lo hacen por las mismas razones.

“Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos” (Juan 6:2).

-Había interés.

-Había entusiasmo.

-Había admiración.

Pero todavía faltaba algo más profundo. Muchos deseaban los beneficios de Cristo sin comprender plenamente quién era Cristo. **Y ese continúa siendo uno de los grandes peligros espirituales de toda generación.**

-Es posible admirar a Jesús.

-Es posible sentirse impresionado por su poder.

-Es posible incluso buscar sus bendiciones.

-Y aun así no conocer verdaderamente al Salvador.

Entonces Jesús sube a un monte y, observando a la multitud, formula una pregunta inesperada.

"¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?" (Juan 6:5).

Juan inmediatamente añade:

"Pero esto decía para probarle; porque Él sabía lo que había de hacer" (Juan 6:6).

Aquí aparece nuevamente la soberanía de Cristo. La necesidad de la multitud no tomó al Señor por sorpresa. La escasez no creó un problema que Él necesitara resolver apresuradamente. Antes de que los discípulos comprendieran la situación, Cristo ya conocía perfectamente lo que haría.

Y esta misma verdad sostiene al creyente en medio de sus propias pruebas.

-Las circunstancias pueden sorprendernos a nosotros.

-Jamás sorprenden a Dios.

-Las dificultades pueden parecer imposibles desde nuestra perspectiva pero no estan fuera del control de Cristo.

La Escritura enseña:

"Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos"(Jeremías 10:23).

Y otra vez:

"El corazón del hombre piensa su camino; Mas Jehová endereza sus pasos"(Proverbios 16:9)

Y otra vez:

"Como los repartimientos de las aguas, Así está el corazón del rey en la mano de Jehová; A todo lo que quiere lo inclina"(Proverbios 21:1)

Todos los caminos del hombre se encuentran bajo la soberanía de Dios

Felipe responde calculando los recursos disponibles:

Doscientos denarios no bastarían. Andrés encuentra a un muchacho con cinco panes y dos peces.

Pero inmediatamente añade:

"¿Mas qué es esto para tantos?" (Juan 6:9).

Y precisamente allí aparece una de las lecciones fundamentales del Reino de Dios.

-El hombre mira sus recursos y ve insuficiencia.

-Cristo mira y ve una oportunidad para manifestar su gloria.

-Los discípulos observan limitaciones.

-Cristo contempla abundancia.

-La fe mira al Salvador.

-La incredulidad mira las circunstancias.

Entonces Jesús ordena:

"Haced recostar la gente" (Juan 6:10).

Y tomando aquellos panes, da gracias. Después comienza a repartir y el milagro ocurre silenciosamente. Sin espectáculo, sin demostraciones dramáticas pero con poder absoluto.

"Y comieron todos, y se saciaron" (Juan 6:12).

No recibieron una pequeña porción, no quedaron parcialmente satisfechos todos comieron hasta saciarse. Porque cuando Cristo provee lo hace con abundancia. Y aun después de

alimentar a miles de personas sobran doce cestas llenas. La provisión del Señor jamás es limitada. La gracia de Dios nunca resulta insuficiente para aquellos a quienes Él ha decidido bendecir. Sin embargo, el milagro no era el destino final. Era solamente una señal. Por eso, al día siguiente, Jesús confronta las motivaciones de la multitud.

"Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis" (Juan 6:26).

Aquellas palabras exponen el corazón humano. Muchos deseaban el pan pero no deseaban al Pan de Vida. Querían provisión temporal pero permanecían indiferentes frente a la necesidad eterna de sus almas.

Y entonces Cristo dirige toda la conversación hacia la realidad central del capítulo.

"Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás" (Juan 6:35).

Aquí encontramos una de las declaraciones más gloriosas de todo el evangelio.

-El problema más profundo del hombre no es económico.

-No es político.

-No es social.

El problema más profundo del hombre es espiritual.

Existe un vacío dentro del corazón humano que ninguna realidad creada puede llenar.

-El hombre intenta satisfacerlo mediante placer.

-Mediante éxito.

-Mediante poder.

-Mediante religión.

-Pero continúa hambriento.

Porque fue creado para encontrar su plenitud únicamente en Dios.

Como el sabio rey Salomón declaró:

"Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre"(Eclesiastés 12:13).

Y precisamente por eso Cristo no ofrece simplemente pan.

-Él mismo es el Pan.

-No ofrece solamente vida.

-Él mismo es la Vida.

-No ofrece simplemente salvación.

-Él mismo es el Salvador.

Entonces Jesús pronuncia una declaración que revela la soberanía de la gracia divina:

"Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37).

La salvación no descansa finalmente sobre la iniciativa humana. Comienza en el propósito eterno del Padre. Aquellos que el Padre entrega al Hijo ciertamente vendrán y aquellos que vienen jamás serán rechazados. Aquí encontramos la misma verdad que apareció en Nicodemo, en Betesda y en todo el evangelio.

Dios inicia la obra.

Dios atrae al pecador.

Dios concede la vida.

Y Cristo preserva perfectamente a aquellos que recibe.

Por eso añade:

"Y esta es la voluntad del Padre... que de todo lo que me diere, no pierda yo nada" (Juan 6:39).

La seguridad del creyente no descansa en la fortaleza de su fe. Descansa en la fidelidad del Salvador. Y el mismo Cristo que alimentó a la multitud preservará eternamente a todos aquellos que el Padre le ha dado.

Así el capítulo concluye revelando una profunda división.

-Muchos abandonan a Jesús.

-Las multitudes disminuyen.

-El entusiasmo desaparece.

Porque la fe superficial siempre termina tropezando cuando el costo del discipulado se hace evidente. Entonces Cristo pregunta a los doce:

"¿Queréis acaso iros también vosotros?" (Juan 6:67).

Y Pedro responde con una de las confesiones más hermosas de todo el evangelio:

"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Juan 6:68).

Allí se encuentra el corazón de la fe verdadera.

-El creyente descubre que no existe otro refugio.

-No existe otro Salvador.

-No existe otro Pan capaz de satisfacer el hambre del alma.

Cristo solamente posee palabras de vida eterna.

Y aquellos que han sido alimentados por su gracia finalmente llegan a la misma conclusión:

Fuera de Cristo no hay vida.

Fuera de Cristo no hay esperanza.

Fuera de Cristo no hay salvación.

Porque el Pan de Vida ha descendido del cielo para dar vida a todo el que cree en Él.

CAPÍTULO 11

El ciego de nacimiento: la luz que abre los ojos

Contexto histórico

Este acontecimiento ocurrió durante el ministerio público de Jesucristo en Jerusalén, probablemente en el contexto de la Fiesta de los Tabernáculos o poco después de ella (Jn 7–9). Esta celebración conmemoraba la peregrinación de Israel por el desierto y resaltaba temas como la provisión divina, la luz y el agua, elementos que tienen un papel importante en la enseñanza de Jesús durante estos capítulos. En el judaísmo del siglo I era común la creencia de que ciertas enfermedades o discapacidades físicas estaban relacionadas con algún pecado cometido por la persona o por sus padres. Esta idea explica la pregunta de los discípulos: «¿Quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9:2). Aunque el Antiguo Testamento reconocía que el sufrimiento podía ser consecuencia del pecado en algunos casos, también enseñaba que no toda aflicción era resultado directo de una falta personal, como se observa en la historia de Job. Los ciegos ocupaban una posición social difícil dentro de la sociedad judía. Generalmente dependían de la mendicidad para sobrevivir y eran considerados personas marginadas. Al haber nacido ciego, este hombre jamás había experimentado la vista ni había tenido la oportunidad de integrarse plenamente a la vida económica y social de su comunidad. La sanidad ocurrió cuando Jesús hizo lodo con saliva, lo puso sobre los ojos del hombre y le ordenó lavarse en el estanque de Siloé. Este estanque era una importante reserva de agua de Jerusalén, construida siglos antes para abastecer la ciudad. Además, desempeñaba un papel relevante durante la Fiesta de los Tabernáculos, cuando se realizaban ceremonias relacionadas con el agua como símbolo de la provisión y bendición de Dios. El milagro tuvo lugar en día de reposo, lo que provocó una investigación por parte de los fariseos. Según las tradiciones rabínicas de la época, acciones como mezclar sustancias o aplicar tratamientos podían considerarse una violación del sábado. Por ello, el milagro generó una intensa controversia entre quienes reconocían la obra de Dios en Jesús y quienes rechazaban su autoridad. Históricamente, este relato refleja el creciente conflicto entre Jesús y las autoridades religiosas judías. A medida que sus señales se hacían más evidentes, aumentaba también la oposición de los líderes religiosos. La expulsión del hombre sanado de la sinagoga muestra la presión social y religiosa que enfrentaban quienes confesaban a Jesús como el Mesías.

Después de revelar que Él es el Pan de Vida que descendió del cielo para alimentar eternamente a su pueblo, el evangelio de Juan nos conduce ahora hacia una señal que ilustra otra necesidad universal de la humanidad caída. Si el hombre tiene hambre espiritual, también vive en oscuridad espiritual. Y precisamente por eso Cristo se presenta como la Luz del mundo.

Juan escribe:

"Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento" (Juan 9:1).

La escena comienza de una manera familiar. Una vez más es Cristo quien toma la iniciativa:

-El ciego no busca a Jesús.

-No lo llama.

-No corre hacia Él.

-Ni siquiera puede verlo.

-Es Cristo quien lo ve primero.

Y esta realidad refleja perfectamente la condición espiritual del hombre caído.

El pecador no solamente está necesitado. Está espiritualmente ciego. No puede contemplar la gloria de Dios por sí mismo. No puede descubrir el camino de salvación mediante sus propios esfuerzos. Necesita que la luz venga a él.

Los discípulos entonces formulan una pregunta común en la mentalidad religiosa de su época:

"Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?" (Juan 9:2).

Buscan una explicación sencilla para el sufrimiento. Intentan encontrar una relación inmediata entre una aflicción específica y un pecado específico. Pero Jesús dirige la conversación hacia una perspectiva mucho más profunda.

"Ni éste pecó, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él" (Juan 9:3).

Cristo no está afirmando que el hombre jamás hubiera pecado. **Toda la humanidad participa de la corrupción producida por la caída.**

Como dice la Escritura:

"..pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado"(Romanos 3:9).

Y otra vez:

"Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores"..(Romanos 5:19).

Cristo está rechazando es la idea de que toda aflicción particular sea necesariamente consecuencia directa de un pecado particular.

Como Él mismo enseñó:

¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? "Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente"(Lucas 13:2-3).

Y aquí vemos nuevamente la providencia soberana de Dios. Aquel hombre había vivido toda su vida en oscuridad. Años de limitaciones. Años de dependencia. Años de preguntas sin respuesta. Y, sin embargo, ninguno de aquellos años había escapado al gobierno divino. **Lo que**

parecía una tragedia sin propósito formaba parte de un plan mayor preparado por Dios desde antes de su nacimiento. **Incluso aquello que el hombre no comprende puede encontrarse bajo la sabia providencia de Dios.**

Entonces Jesús añade:

"Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo" (Juan 9:5).

Esta declaración constituye el corazón del relato**. La humanidad vive en tinieblas. El pecado oscurece el entendimiento. La rebelión contra Dios produce ceguera espiritual.** Pero Cristo ha venido como la luz verdadera.

La misma luz anunciada desde el prólogo:

"La luz en las tinieblas resplandece" (Juan 1:5).

Entonces ocurre algo extraordinario.

Jesús hace lodo con la tierra y unge los ojos del hombre y después le ordena:

"Ve a lavarte en el estanque de Siloé" (Juan 9:7).

La orden exige obediencia. El hombre todavía no puede ver **t**odavía permanece en oscuridad. Pero **obedece la palabra de Cristo y entonces sucede el milagro.**

"Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo."

-Por primera vez contempla el mundo.

-Por primera vez ve los colores.

-Por primera vez contempla rostros humanos.

Por primera vez contempla la luz.

Y este milagro físico apunta hacia una realidad infinitamente mayor. Porque el problema más profundo del hombre no es la ceguera de los ojos, es la ceguera del corazón. Por naturaleza, el hombre no contempla correctamente la gloria de Cristo.

Puede estudiar las Escrituras.

Puede participar en ceremonias religiosas.

Puede poseer conocimiento doctrinal.

Y aun así permanecer espiritualmente ciego.

Por eso Pablo escribe:

"El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (2 Corintios 4:4).

La salvación requiere más que información. La salvación requiere iluminación divina-requiere que Dios abra los ojos del corazón. Y precisamente eso es lo que Cristo está ilustrando aquí.

Sin embargo, mientras el hombre sanado comienza a ver, los líderes religiosos revelan una ceguera mucho más profunda. Interrogan al hombre, cuestionan el milagro e intentan desacreditar a Jesús. Y cuanto más evidente se vuelve la obra de Cristo, más endurecidos parecen ellos. Aquí aparece una de las grandes ironías del evangelio**. El que era físicamente ciego comienza a ver espiritualmente.** Los que **afirmaban ver espiritualmente permanecen ciegos. Y poco a poco el hombre sanado avanza en su comprensión de Jesús.** Primero lo identifica simplemente como un hombre, luego lo llama profeta, después reconoce que viene de Dios y finalmente llega el momento culminante. Jesús lo encuentra nuevamente y le pregunta:

"¿Crees tú en el Hijo de Dios?" (Juan 9:35).

El hombre responde:

"¿Quién es, Señor, para que crea en Él?" (Juan 9:36).

Entonces Cristo declara:

"Le has visto, y el que habla contigo, Él es" (Juan 9:37).

Por primera vez sus ojos contemplan no solamente la luz creada, contemplan al Creador, no solamente ve el mundo sino que ve al Salvador.

Y entonces responde con una de las confesiones más hermosas del evangelio:

"Creo, Señor" (Juan 9:38).

Y le adoró. Allí termina realmente el milagro.No cuando los ojos físicos fueron abiertos, **sino cuando el corazón fue llevado a la fe y a la adoración.**

Porque la meta final de toda la obra de Dios no consiste simplemente en mejorar circunstancias temporales. Consiste en conducir al hombre hacia Cristo que es la luz verdadera había resplandecido. La oscuridad había sido vencida. Y el hombre que nació ciego terminó contemplando la gloria del Hijo de Dios. Esa continúa siendo la esperanza de todo pecador. Cristo sigue acercándose a hombres espiritualmente ciegos. Sigue abriendo ojos endurecidos por el pecado. Sigue revelando su gloria a aquellos que no podían verla. Y todo aquel a quien Él concede vista espiritual termina llegando a la misma confesión:

"Creo, Señor."

Y le adora.

CAPÍTULO 12

El Buen Pastor: la voz que llama a sus ovejas

Contexto histórico

Este discurso de Jesucristo fue pronunciado en el contexto de su ministerio público en Jerusalén y está estrechamente relacionado con la sanidad del ciego de nacimiento narrada en Juan 9. La división entre quienes creían en Jesús y quienes lo rechazaban se había intensificado, especialmente entre los líderes religiosos judíos. Por ello, el discurso del Buen Pastor surge como una respuesta al comportamiento de aquellos dirigentes que, en lugar de guiar fielmente al pueblo de Dios, habían demostrado dureza espiritual y rechazo hacia la verdad. La figura del pastor era ampliamente conocida en la cultura de Israel. Desde tiempos antiguos, la economía de muchas regiones dependía de la ganadería, y el trabajo de los pastores era una imagen familiar para todos. El pastor protegía a las ovejas de los peligros, las guiaba hacia buenos pastos, cuidaba de las heridas y las defendía de los depredadores. Debido a esta relación cercana, **el Antiguo Testamento utilizó frecuentemente la imagen del pastor para describir tanto a Dios como a los gobernantes de Israel. En las Escrituras hebreas, Dios es presentado como el Pastor de Israel (Sal. 23:1; Sal. 80:1), mientras que los reyes, sacerdotes y líderes eran considerados pastores responsables del cuidado del pueblo.** Sin embargo, muchos de esos dirigentes fueron denunciados por los profetas debido a su infidelidad. Particularmente importante es la profecía de Ezequiel en el capítulo 34, donde Dios condena a los pastores de Israel por alimentarse a sí mismos en lugar de cuidar al rebaño, y promete que Él mismo vendrá a buscar y pastorear a sus ovejas. Cuando Jesús se identifica como "el Buen Pastor", sus oyentes habrían reconocido inmediatamente esta conexión con las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento. No se presenta simplemente como un maestro o guía religioso, sino como el Pastor prometido por Dios que viene a reunir, proteger y salvar a su pueblo. El discurso también refleja las prácticas pastoriles del siglo I. En muchas regiones de Judea y Galilea, varios rebaños podían permanecer juntos durante la noche en un mismo redil protegido por un portero. Por la mañana, cada pastor llamaba a sus propias ovejas, y estas reconocían su voz y lo seguían. Jesús utiliza esta realidad cotidiana para ilustrar la relación personal entre Él y sus discípulos. Históricamente, este discurso ocurre en un período de creciente oposición hacia Jesús. Los líderes religiosos cuestionaban su autoridad, mientras que muchos del pueblo comenzaban a reconocer en Él las señales del Mesías. El resultado fue una división cada vez más marcada entre los que escuchaban su voz y los que endurecían su corazón.

Conexión cristológica

Desde una perspectiva cristológica, este pasaje presenta a Cristo como el cumplimiento de las promesas mesiánicas acerca del Pastor divino que habría de cuidar a Israel. Jesús no es simplemente un pastor entre otros; Él es "el Buen Pastor" que conoce a sus ovejas, las llama por nombre, las guía a la vida y entrega voluntariamente su vida por ellas. A diferencia de los líderes infieles denunciados por los profetas, Cristo protege perfectamente a su rebaño y

asegura su salvación. **Además, cuando declara: Yo "soy la puerta" y "Yo soy el Buen Pastor", Jesús reclama una autoridad única sobre el pueblo de Dios. Su muerte sacrificial por las ovejas anticipa la cruz, mientras que su autoridad para volver a tomar su vida anuncia su resurrección. De esta manera, el discurso revela a Cristo como el Pastor mesiánico prometido, el verdadero Rey de su pueblo y el único mediador mediante quien las ovejas encuentran seguridad, vida abundante y salvación eterna. Después de abrir los ojos del hombre ciego de nacimiento y exponer la ceguera espiritual de los líderes religiosos de Israel, el evangelio de Juan nos conduce hacia una de las revelaciones más tiernas, profundas y gloriosas acerca de la persona de Cristo. La discusión no ha terminado realmente. El milagro del ciego había puesto en evidencia el fracaso espiritual de aquellos que debían guiar al pueblo. Ahora Jesús explica la diferencia entre los falsos pastores y el verdadero Pastor enviado por Dios.**

Por eso declara:

"De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador" (Juan 10:1).

Desde los días del Antiguo Testamento, Dios había descrito frecuentemente a su pueblo como un rebaño. Los patriarcas fueron pastores. David fue pastor antes de ser rey. Y los profetas denunciaron repetidamente a los líderes infieles que destruían y dispersaban las ovejas de Dios.

Particularmente el profeta Ezequiel había pronunciado una severa acusación:

"¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos!" (Ezequiel 34:2).

Aquellos hombres debían alimentar al rebaño, debían protegerlo y debían conducirlo hacia Dios. Pero habían utilizado su posición para su propio beneficio. Y ahora, delante de los fariseos, aparece el Pastor prometido por Dios mismo.

"Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es" (Juan 10:2).

Cristo no es un intruso dentro del plan redentor. No apareció inesperadamente en la historia. **Toda la Escritura apuntaba hacia Él.**

-Las promesas.

-Los sacrificios.

-Los profetas.

-Los reyes.

Todo encontraba finalmente cumplimiento en el Hijo de Dios.

Entonces Jesús añade:

"A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca" (Juan 10:3).

Aquí aparece una de las imágenes más hermosas de todo el evangelio. Cristo conoce personalmente a sus ovejas. No las conoce como una multitud anónima, no las conoce superficialmente, Él las conoce individualmente, conoce sus luchas, conoce sus temores, conoce sus debilidades, conoce cada circunstancia de sus vidas. **Y esta verdad se encuentra en el corazón mismo de la salvación. El creyente no es salvo porque primero conoció perfectamente a Cristo. Es salvo porque Cristo lo conoció primero. Por eso el Señor había declarado anteriormente:**

"Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí" (Juan 6:37).

Las ovejas responden porque primero han sido conocidas por el Pastor. Y cuando Él llama, ellas oyen su voz. No porque posean una capacidad superior. No porque sean más sabias que otras. **Sino porque la gracia divina ha abierto sus oídos espirituales.**

-Lo mismo ocurrió con Nicodemo.

-Lo mismo ocurrió con la mujer samaritana.

-Lo mismo ocurrió con el ciego de nacimiento.

Y continúa ocurriendo con cada creyente.

La salvación comienza con la iniciativa del Pastor.

Entonces Cristo declara:

"Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo" (Juan 10:9).

-No existe otra entrada.

-No existe otro camino.

-No existe otro mediador.

La humanidad caída busca innumerables caminos hacia Dios.

-Religión.

-Filosofía.

-Moralidad.

-Esfuerzo personal.

Pero solamente Cristo abre el acceso al Padre.

Como declarará más adelante:

"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6).

Entonces aparece el gran contraste:

"El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10).

Los falsos pastores destruyen como nos enseña el apóstol Pedro:

"Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina" (2 Pedro 2:1).

Pero Cristo da vida. Da reconciliación con Dios. Da paz con el Padre. Da comunión eterna con el Creador. Da aquello que el hombre jamás podría obtener por sí mismo.

Entonces llega la declaración central del capítulo:

"Yo soy el buen pastor" (Juan 10:11).

-No es simplemente un pastor.

-No es simplemente un guía.

El es el Buen Pastor que ha venido a buscar a sus obejas .Aquel que cumple perfectamente todo lo que los demás pastores fracasaron en realizar. Como Dios habia anunciado por medio del profeta Ezequiel:

"Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré"(Ezequiel 34:11.)

Y Jesús inmediatamente explica qué hace bueno a este Pastor:

"El buen pastor su vida da por las ovejas."

Aquí comienza a aparecer claramente la sombra de la cruz. Cristo no vino simplemente a enseñar. No vino solamente a realizar milagros. No vino únicamente a revelar la verdad**. Vino a dar su vida en rescate por muchos:**

"Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Marcos 10:45)

Y su muerte no sería un accidente de la historia. Sería un sacrificio voluntario. El Pastor moriría por el rebaño. Las ovejas habían pecado, merecían juicio, estaban perdidas. Pero el Pastor ocuparía su lugar.

Isaías había anunciado siglos antes:

"Todos nosotros nos descarriamos como ovejas" (Isaías 53:6).

Y ahora el Pastor prometido había venido a rescatar a las ovejas perdidas mediante su propia sangre.

Entonces Jesús añade:

"Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen" (Juan 10:14).

Nuevamente aparece la intimidad de esta relación. No se trata simplemente de pertenencia externa a una comunidad religiosa. Se trata de una relación viva con Cristo. Una relación producida por la gracia. Una relación que tiene su origen en el amor eterno de Dios.

Por eso Pablo escribirá:

"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos"(Romanos 8:29)

Luego Cristo continua:

"Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen" (Juan 10:27).

Aquí encontramos un punto crucial de la redención. Cristo conoce de antemano a quienes a venido a slavar y ellos al escuchar el llamado de su Pastor le siguen. Por eso Pablo escribirá:

"Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Romanos 8:30)

Y añade una de las promesas más consoladoras de toda la Escritura:

"Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:28).

La seguridad del creyente no descansa finalmente en la fuerza de sus manos, sino que descansa en aquel que es poderoso para guardarlos sin caída, y presentarlos sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador (Judas 1:24-25)

Las ovejas son débiles pero el Pastor es poderoso.

Las ovejas tropiezan pero el Pastor permanece fiel.

Las ovejas pueden sentirse perdidas pero el Pastor jamás pierde a ninguna de las que el Padre le entregó.

Y entonces el capítulo culmina con una declaración que provoca la reacción inmediata de los líderes religiosos:

"Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30).

Aquí encontramos la razón última por la cual el Pastor puede salvar perfectamente. Porque no es simplemente hombre**, Él es el Hijo eterno de Dios. El Pastor que camina entre las ovejas es**

el mismo Dios manifestado en carne:

-El mismo que creó el universo.

-El mismo que sostiene todas las cosas.

-El mismo que posee autoridad sobre la vida y la muerte

Y esa continúa siendo la esperanza de la Iglesia. No seguimos simplemente a un maestro; no seguimos únicamente a un ejemplo moral; Seguimos al Buen Pastor**. Aquel que dio su vida por sus ovejas**. **Aquel que resucitó victorioso sobre la muerte y tiene las llaves de la muerte y del Hades-(Apocalipsis 1.18), y que continúa llamando eficazmente a su pueblo. Y reunirá definitivamente a todo su rebaño en su presencia eterna.**

CAPÍTULO 13

Lázaro: la voz que vence la muerte

Contexto histórico

Este milagro ocurre durante el ministerio público de Jesucristo en las cercanías de Jerusalén, específicamente en la aldea de Betania, una pequeña comunidad ubicada a unos tres kilómetros de la ciudad santa. Betania era un lugar conocido por ser el hogar de Lázaro y sus hermanas, Marta de Betania y María de Betania, quienes mantenían una relación cercana con Jesús. Este acontecimiento se sitúa en una etapa avanzada del ministerio de Jesús, cuando la tensión con las autoridades religiosas judías ya había alcanzado un nivel crítico. En el contexto del siglo I, la expectativa mesiánica en Israel era intensa, y muchos esperaban una intervención divina que restaurara la nación. Sin embargo, los líderes religiosos veían a Jesús con creciente hostilidad debido a sus enseñanzas y señales. La muerte de Lázaro ocurre en un entorno donde las prácticas funerarias judías eran muy significativas. En la tradición judía del Segundo Templo, el entierro se realizaba rápidamente, generalmente el mismo día del fallecimiento, debido a las condiciones climáticas y a la importancia de la pureza ritual. Después del entierro, la familia observaba un período de duelo intenso conocido como “shiva”, durante el cual amigos y vecinos acudían a consolar a los dolientes. Cuando Jesús llega a Betania, Lázaro ya llevaba cuatro días en el sepulcro, un detalle importante en la mentalidad judía de la época. Existía la creencia popular de que el espíritu permanecía cerca del cuerpo durante tres días, pero después de ese tiempo la muerte era considerada definitiva e irreversible. Por eso, el estado de Lázaro enfatiza la imposibilidad humana de cualquier intervención. El relato también refleja la creciente tensión política y religiosa en Judea bajo el dominio del Imperio Romano. Las autoridades judías temían que el creciente seguimiento de Jesús provocara inestabilidad social y una posible intervención romana (Jn 11:48), lo que añade una dimensión política al rechazo hacia Él. El milagro ocurre además poco antes de la Pascua, la fiesta más importante del calendario judío, cuando Jerusalén se llenaba de peregrinos. Este contexto aumenta la visibilidad de los acontecimientos y contribuye a la decisión de los líderes religiosos de buscar la muerte de Jesús después de este signo extraordinario.

Después de revelar que Él es el Buen Pastor que conoce a sus ovejas y da su vida por ellas, el evangelio de Juan nos conduce hacia una de las señales más extraordinarias de todo su ministerio público. Ningún milagro anterior había manifestado tan claramente su autoridad sobre la vida y la muerte. Y precisamente por eso este acontecimiento se convierte en el punto de inflexión que conducirá finalmente a la cruz.

Juan escribe:

"Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania" (Juan 11:1).

Desde el principio el relato nos presenta una situación dolorosa. **Lázaro no era un desconocido,** era **amigo de Jesús y su familia amaba al Señor.** Marta, María y Lázaro habían abierto su hogar para recibirlo muchas veces. Sin embargo, la enfermedad llegó igualmente a aquella casa. Y

aquí encontramos una verdad importante para todo creyente**. El amor de Dios no significa ausencia de sufrimiento. La gracia no elimina todas las pruebas de esta vida. Los hijos de Dios continúan viviendo en un mundo afectado por la caída:**

-Continúan enfrentando dolor.

-Continúan enfrentando enfermedad.

-Continúan enfrentando pérdidas.

Por eso las hermanas enviaron un mensaje a Jesús:

"Señor, he aquí el que amas está enfermo" (Juan 11:3).

La expresión es Hermosa:

-No apelan a los méritos de Lázaro.

-No mencionan buenas obras.

-No hablan de dignidad personal.

Simplemente descansan en el amor de Cristo. Pero entonces ocurre algo sorprendente:

Jesús no parte inmediatamente hacia Betania.

Juan escribe:

"Se quedó dos días más en el lugar donde estaba" (Juan 11:6).

Desde una perspectiva humana, aquella demora parece incomprensible.¿Por qué esperar?. ¿Por qué no acudir inmediatamente?. ¿Por qué permitir que la situación empeore?

Los tiempos de Dios no siempre coinciden con nuestros tiempos. Su sabiduría es perfecta incluso cuando sus caminos parecen incomprensibles. **Lo que para Marta y María parecía demora, en realidad formaba parte de un propósito mucho mayor.** Porque Cristo no solamente iba a sanar a un enfermo.Iba a manifestar la gloria de Dios de una manera que transformaría para siempre la comprensión de sus discípulos. **Y esta misma verdad sostiene al creyente en medio de sus propias pruebas.** Frecuentemente Dios obra de maneras que no entendemos y permite circunstancias que parecen contradecir sus promesas.

Pero como declara la Escritura:

"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8:28).

Incluso las lágrimas de Betania se encontraban bajo el gobierno soberano de Dios. Cuando Jesús finalmente llega, encuentra una situación aparentemente irreversible. Lázaro lleva cuatro días en el sepulcro. La muerte habia hecho su obra y toda esperanza humana habia desaparecido. Entonces Marta sale a recibirlo y pronuncia unas palabras llenas de dolor y fe al

mismo tiempo:

"Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Juan 11:21).

Marta cree en el poder de Cristo pero todavía no comprende plenamente la magnitud de su autoridad.

Entonces el Señor le responde:

"Tu hermano resucitará" (Juan 11:23).

Marta interpreta aquellas palabras dentro de la esperanza futura de Israel. Sabe que habrá una resurrección en el día final. Pero Jesús dirige inmediatamente su mirada hacia una realidad mucho más profunda. Entonces pronuncia una de las declaraciones más gloriosas de todo el evangelio:

"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:25).

Observemos cuidadosamente sus palabras. Jesús no dice simplemente que puede producir la resurrección. No dice únicamente que conoce el camino hacia la vida. Cristo declara que Él mismo es la Resurrección y la Vida:

-La vida no existe separada de Cristo.

-La esperanza no existe separada de Cristo.

-La victoria sobre la muerte no existe separada de Cristo.

Toda vida verdadera tiene su fuente en el Hijo de Dios.

Entonces añade:

"Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Juan 11:26).

Aquí aparece el corazón del evangelio. La muerte física continúa siendo una realidad para todos los hombres pero para el creyente ya no posee la última palabra**. Porque Cristo ha vencido aquello que parecía invencible.** La tumba ya no constituye el destino final del pueblo de Dios.

Entonces Jesús pregunta:

"¿Crees esto?"

Y Marta responde con una de las confesiones más extraordinarias registradas en el evangelio:

"Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (Juan 11:27).

La fe verdadera siempre termina descansando en la persona de Cristo. No simplemente en sus milagros. No simplemente en sus bendiciones. Sino en quien Él realmente es. Después Jesús se dirige al sepulcro. Y allí encontramos uno de los versículos más conmovedores de toda la Biblia:

"Jesús lloró" (Juan 11:35).

El Hijo eterno sabe perfectamente que resucitará a Lázaro en pocos momentos y aun así llora. Porque la muerte nunca formó parte del diseño original de Dios para la humanidad**. La muerte es consecuencia del pecado (Romanos 6.23). Es el ultimo enemigo que Cristo destruirá:**

El apóstol Pablo nos enseña:

"Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte"(1 Corintios 15:25-26)

Y Cristo contempla el dolor que produce. Aquí vemos nuevamente la gloria de la encarnación. El Salvador no permanece distante de nuestro sufrimiento. Él participa de él, conoce nuestras lágrimas, conoce nuestro dolor, conoce nuestras pérdidas. Pero entonces llega el momento culminante.

Jesús ordena:

"Quitad la piedra" (Juan 11:39).

Después levanta sus ojos al cielo y finalmente exclama con poderosa autoridad:

"¡Lázaro, ven fuera!" (Juan 11:43).

La voz que creó el universo vuelve a hablar. La voz que llamó la luz desde las tinieblas vuelve a manifestar su poder y aquello que parecía imposible sucede.

"Y el que había muerto salió" (Juan 11:44).

La muerte obedeció. El sepulcro obedeció. La corrupción obedeció. Porque delante del Hijo de Dios no existe poder capaz de resistir. Y aquí encontramos una imagen gloriosa de la salvación. La vida viene de Cristo. La llamada viene de Cristo y la resurrección viene de Cristo.

El verdadero propósito de Betania no era simplemente devolver la vida a Lázaro.

-Era revelar la gloria de Cristo.

-El Señor de la vida.

-El vencedor de la muerte.

-El Hijo eterno de Dios.

Aquel que un día llamará a todos los que están en los sepulcros y todos los que creen en Él saldrán para resurrección de vida. **Como el Señor declaró:**

"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación"(Juan 5:28-29)

CAPÍTULO 14

María de Betania: la adoración que reconoce el valor de Cristo

Contexto histórico

Este acontecimiento ocurre en la etapa final del ministerio público de Jesucristo, poco antes de su entrada a Jerusalén para la última Pascua. El escenario es Betania, una aldea cercana a Jerusalén, donde Jesús era recibido con frecuencia en el hogar de Lázaro de Betania, junto a Marta de Betania y María de Betania. El contexto inmediato es significativo: Jesús había resucitado a Lázaro (Jn 11), un acontecimiento que había intensificado tanto la fe de muchos como la oposición de las autoridades religiosas. De hecho, los líderes judíos ya habían comenzado a tramar la muerte de Jesús, y también buscaban matar a Lázaro, porque su resurrección era una evidencia pública del poder de Cristo. El relato se sitúa “seis días antes de la Pascua” (Jn 12:1), en un período de alta tensión en Jerusalén. Durante la Pascua, la ciudad se llenaba de peregrinos judíos provenientes de todo el Imperio Romano, lo que aumentaba la visibilidad de cualquier movimiento popular. En este ambiente, cualquier acción pública relacionada con Jesús podía tener implicaciones religiosas y políticas. La escena ocurre durante una cena en Betania. En la cultura judía del siglo I, las cenas formales se realizaban reclinados en mesas bajas, y los invitados de honor ocupaban posiciones centrales. En este contexto, María realiza un acto extraordinario: unge los pies de Jesús con un perfume muy costoso, hecho de nardo puro, y los seca con su cabello. El uso de perfumes caros en el mundo antiguo estaba asociado con actos de honor, hospitalidad y, en algunos casos, preparación para la sepultura. El valor del perfume mencionado en el relato equivalía aproximadamente al salario de un año de un trabajador común, lo que indica la magnitud del sacrificio de María. La crítica de Judas Iscariote refleja también una tensión social común en la administración de recursos en el siglo I, donde la pobreza era muy extendida y la caridad hacia los necesitados era altamente valorada en la tradición judía. Sin embargo, el evangelio presenta su objeción no como preocupación genuina, sino como hipocresía.

Después de manifestar su autoridad sobre la muerte mediante la resurrección de Lázaro, el evangelio de Juan nos conduce hacia una escena profundamente íntima. La multitud había contemplado el poder de Cristo. Los discípulos habían presenciado una de las señales más extraordinarias de su ministerio. Pero ahora Juan dirige nuestra atención hacia una casa en Betania, donde una mujer expresará mediante un acto de adoración una comprensión espiritual que muchos todavía no habían alcanzado.

Juan escribe:

"Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania" (Juan 12:1).

La sombra de la cruz comienza a extenderse sobre todo el relato. La Pascua se acerca y Jerusalén se encuentra cada vez más cerca. Los líderes religiosos ya han decidido que Jesús debe morir. Sin embargo, antes de que el Cordero de Dios sea entregado, el evangelio nos permite contemplar una hermosa expresión de amor y adoración.

Juan añade:

"Y le hicieron allí una cena" (Juan 12:2).

La escena posee una belleza especial. Lázaro está presente. Aquel que había estado muerto ahora se encuentra sentado junto al Señor de la vida. Marta sirve como tantas veces antes, continúa expresando su amor mediante el servicio. Y María se encuentra a los pies de Jesús. **Nuevamente aparece en el lugar donde el evangelio frecuentemente la presenta.A los pies de Cristo. Porque aquellos que han comprendido algo de la gloria del Salvador descubren que no existe lugar más elevado que permanecer humildemente a sus pies.**

Entonces ocurre algo extraordinario.

"María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús" (Juan 12:3).

Aquel perfume tenía un enorme valor económico. Representaba probablemente años de ahorro. Era una posesión sumamente costosa. Algo que la mayoría habría considerado demasiado valioso para derramarlo de aquella manera. Pero María había llegado a comprender una verdad fundamental. Nada posee mayor valor que Cristo.

Cuando el corazón contempla verdaderamente la gloria del Salvador, todas las demás cosas comienzan a ocupar el lugar que les corresponde:

-Lo temporal deja de parecer tan importante.

-Lo terrenal pierde parte de su brillo.

Porque la excelencia de Cristo eclipsa todo lo demás.

Entonces Juan añade:

"Y la casa se llenó del olor del perfume."

La imagen es hermosa. La adoración verdadera siempre produce un testimonio visible. Aquello que llena el corazón termina manifestándose en la vida. Cuando Cristo ocupa el lugar supremo, su presencia comienza a impregnar todo lo que somos. Sin embargo, no todos observan la escena de la misma manera.

Entonces aparece Judas.

"¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?" (Juan 12:5).

A primera vista sus palabras parecen razonables, pero Juan inmediatamente revela la realidad escondida detrás de aquella aparente preocupación.

"Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón" (Juan 12:6).

Aquí encontramos una importante advertencia. No toda apariencia de espiritualidad procede de un corazón transformado. No toda actividad religiosa nace del amor a Dios. Es posible hablar de ministerio, de servicio, de buenas obras y aun así permanecer lejos de Cristo. Judas había caminado con Jesús. Había escuchado sus enseñanzas. Había contemplado sus milagros. Y, sin embargo, nunca había llegado a valorar verdaderamente al Salvador.

María derrama un tesoro porque Cristo es su tesoro. Judas critica la adoración porque su corazón pertenece a otra cosa**. Y esa diferencia continúa existiendo hoy.**

La verdadera adoración nace cuando Cristo se convierte en el bien supremo del alma.

Entonces Jesús responde:

"Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto" (Juan 12:7).

Quizás María no comprendía plenamente todas las implicaciones de su acto, pero el Señor sí, la cruz se acercaba. El sacrificio definitivo estaba próximo en donde el verdadero Cordero Pascual pronto sería entregado y esta unción anticipaba aquel momento. Por primera vez en el evangelio la muerte de Cristo aparece tan cercana que puede sentirse. Pero incluso aquí la cruz no aparece como una tragedia inesperada. Aparece como el cumplimiento del plan eterno de Dios. **Desde antes de la fundación del mundo, el Padre había determinado enviar a su Hijo para rescatar a pecadores.**

Por eso la Escritura enseña:

"...que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros"(1 Pedro 1:18-20).

Asimismo:

"Dios nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo"(Efesios 1:4-5).

Incluso la conspiración que conduciría a la cruz formaba parte del propósito redentor de Dios.

Como declara el apóstol Pedro:

"Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús" (Hechos 1:16).

Lo que los hombres realizarían para maldad, Dios lo utilizaría para salvación. El mismo Cristo que avanzaba voluntariamente hacia Jerusalén cumpliría perfectamente la misión que el Padre le había confiado.

En medio de una sencilla cena en Betania, Juan nos permite contemplar dos corazones completamente distintos.

-Uno valora a Cristo por encima de todo.

-El otro permanece cerca de Cristo mientras ama otras cosas más que a Cristo.

-Uno derrama su tesoro a los pies del Salvador.

-El otro calcula el valor monetario de aquello que jamás ha comprendido.

Y la pregunta permanece para cada lector del evangelio**.¿Qué valor tiene Cristo para nosotros?** Porque la verdadera adoración no se mide principalmente por palabras. Se revela en aquello que el corazón considera más precioso. María había comprendido algo que muchos todavía ignoraban.

El Hijo de Dios era digno de todo-del perfume, de la entrega, de la adoración. Y quienes contemplan verdaderamente su gloria terminan llegando a la misma conclusión. **Nada es demasiado valioso para Aquel que entregó todo para salvarnos.**

CAPÍTULO 15

El Rey que vino a morir

Contexto histórico

Este pasaje ocurre en la fase final del ministerio público de Jesucristo, inmediatamente antes de su pasión en Jerusalén. El contexto temporal es la semana de la Pascua judía, la festividad más importante del calendario de Israel, cuando la ciudad se llenaba de peregrinos procedentes de todo el mundo judío. En este período, Jerusalén estaba bajo el dominio del Imperio Romano, y la presencia masiva de visitantes durante la Pascua generaba una fuerte vigilancia militar por parte de las autoridades romanas. Cualquier movimiento que pudiera interpretarse como insurrección era observado con atención, debido al potencial de disturbios en una ciudad altamente sensibilizada por expectativas mesiánicas. La entrada de Jesús en Jerusalén ocurre en este ambiente de tensión religiosa y política. El uso de ramas de palmera, la aclamación del pueblo y la expresión “Hosanna” reflejan una fuerte carga mesiánica. Las palmas eran un símbolo nacional de victoria y liberación en la tradición judía, especialmente asociado a esperanzas de restauración del reino de Israel. La multitud interpreta las obras de Jesús, especialmente la resurrección de Lázaro (Jn 11), como señal de que el Mesías esperado finalmente ha llegado. Sin embargo, esta expectativa popular es en gran medida política y nacionalista. Muchos esperaban un libertador que restaurara la independencia de Israel frente a Roma, más que un Mesías sufriente. Esto explica la tensión entre la recepción entusiasta de la multitud y la incomprensión del verdadero propósito de la misión de Jesús. El episodio también menciona la presencia de algunos “griegos” que habían subido a adorar en la fiesta. Estos eran probablemente prosélitos o temerosos de Dios dentro del mundo helenista, es decir, gentiles que simpatizaban con la fe judía y participaban en sus festividades. Su petición de ver a Jesús introduce una dimensión universal en el relato, mostrando que el alcance del ministerio de Cristo trasciende los límites de Israel. En el siglo I, el mundo judío estaba profundamente influenciado por la cultura grecorromana. El contacto entre judíos y gentiles era frecuente en el contexto del comercio y las festividades religiosas, especialmente durante la Pascua, cuando Jerusalén se convertía en un centro multicultural.

Después de la adoración silenciosa de María en Betania, el evangelio de Juan nos conduce hacia una escena completamente diferente. La intimidad de una casa da paso al clamor de las multitudes. Los pies ungidos para la sepultura ahora avanzan hacia Jerusalén. El Rey prometido finalmente entra en la ciudad santa. Sin embargo, lo hace de una manera que desafía todas las expectativas humanas.

Juan escribe:

"El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén" (Juan 12:12).

La ciudad se encontraba llena de peregrinos que habían llegado para celebrar la Pascua. La expectativa mesiánica era intensa. **Israel vivía bajo dominio romano, muchos anhelaban**

liberación política y muchos esperaban la aparición de un rey poderoso que restaurara la gloria nacional de Israel. Y ahora las noticias se habían extendido rápidamente. El hombre que había resucitado a Lázaro se acercaba a Jerusalén. La multitud estaba convencida de que algo extraordinario estaba por ocurrir.

Por eso Juan añade:

"Tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle" (Juan 12:13).

Las palmas simbolizaban victoria, celebración y triunfo. La multitud veía a Jesús como un libertador, como un conquistador, el rey esperado. Y comenzaron a clamar:

"¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!"

Las palabras procedían del Salmo 118, un salmo profundamente mesiánico. Sin comprender plenamente todo lo que estaban diciendo, proclamaban una verdad gloriosa. Jesús era realmente el Rey prometido. Era realmente el Mesías. Era realmente el Hijo de David anunciado por los profetas. Pero existía una diferencia enorme entre el reino que la multitud esperaba y el reino que Cristo había venido a establecer.

Entonces Juan destaca un detalle fundamental:

"Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él" (Juan 12:14).

Los reyes conquistadores normalmente entraban sobre caballos de guerra. Los emperadores desfilaban rodeados de poder militar. Los generales victoriosos exhibían la fuerza de sus ejércitos. **Pero Cristo entra montado sobre un humilde asno. Y con ello cumple la profecía de Zacarías:**

"No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna" (Juan 12:15).

La escena revela el carácter de su reino. Cristo no vino para conquistar Roma, ni para derrotar ejércitos humanos, ni para liberar temporalmente a una nación. Cristo vino para conquistar el pecado, vino para derrotar a Satanás por medio de la cruz y rescatar eternamente a un pueblo.

Por eso Cristo le diría a esta multitud que ataba precente:

"Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir" (Juan 12:31-33)

Como dice la Escritura:

"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él-(Cristo)- también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre"(Hebreos 2:14-15)

Y otra vez:

con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados (Colosenses 1:12-14)

Y otra vez:

"y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz"(Colosenses 2:15)

Juan reconoce que ni siquiera los discípulos comprendieron plenamente lo que estaba sucediendo.

"Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio" (Juan 12:16).

Y esto nos recuerda una realidad importante. **Frecuentemente Dios está obrando mucho más de lo que nosotros podemos comprender en el momento.** Los discípulos observaban acontecimientos aislados. Dios estaba desarrollando su plan eterno de redención. Incluso aquellos acontecimientos que parecían confusos para los discípulos formaban parte del perfecto plan de Dios. Cada paso acercaba a Cristo hacia la obra para la cual había venido al mundo. Mientras tanto, los líderes religiosos observaban con creciente preocupación. La influencia de Jesús aumentaba-La multitud lo seguía-La evidencia de sus milagros resultaba imposible de negar. Por eso los fariseos dijeron entre sí:

"Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él" (Juan 12:19).

Sin darse cuenta, aquellas palabras contenían una profunda verdad**. Cristo no había venido solamente para Israel. Había venido para reunir un pueblo de toda lengua, tribu y nación. Como declara el apóstol Pablo:**

"Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa"(Gálatas 3:28-29).

Y otra vez:

"Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación"(Efesios 2:13-14)

Y tambien le fue mostrado a Juan:

"Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero"

(Apocalipsis 7:9-10).

Y precisamente esa realidad comienza a manifestarse inmediatamente después. **Algunos griegos se acercan buscando a Jesús.** Por primera vez aparece claramente la expansión universal del evangelio. Las naciones comienzan a acercarse al Mesías prometido y entonces Cristo declara que ha llegado la hora decisiva.

"La hora ha llegado para que el Hijo del Hombre sea glorificado" (Juan 12:23).

Pero la gloria que Jesús describe no es la que el mundo esperaba.

-No habla de un trono terrenal.

-No habla de una revolución política.

-No habla de una victoria militar.

Cristo habla de su muerte.

Por eso añade:

"Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Juan 12:24).

Aquí encontramos el corazón del evangelio. La gloria de Cristo pasaría por el sacrificio. La vida vendría mediante su muerte. La salvación vendría mediante la cruz. La cosecha eterna surgiría porque el Hijo de Dios entregaría su vida. Y así comenzamos a comprender que la entrada triunfal no constituye realmente el triunfo final. Es el camino hacia el verdadero triunfo.La multitud veía un rey entrando en Jerusalén pero el cielo contemplaba al Cordero avanzando hacia el sacrificio. La multitud celebraba una victoria visible pero Dios preparaba una victoria eterna.

CAPÍTULO 16

El Maestro que lava pies: la gloria de un amor que sirve

Contexto histórico:

En el mundo judío del primer siglo, lavar los pies era una tarea reservada para los siervos de menor rango. Los caminos eran polvorientos, las sandalias abiertas y los viajeros llegaban frecuentemente con los pies cubiertos de suciedad. Por razones de hospitalidad, era común que se ofreciera agua para el lavado de los pies al entrar en una casa. Sin embargo, la tarea misma era considerada tan humilde que normalmente era realizada por esclavos o sirvientes. La escena de Juan 13 ocurre durante la última cena de Jesús con sus discípulos, pocas horas antes de su arresto y crucifixión. El conflicto con los líderes religiosos ha llegado a su punto culminante. La sombra de la cruz se acerca rápidamente. Y precisamente en ese momento, cuando el Hijo de Dios se encuentra a las puertas de su sufrimiento más profundo, realiza uno de los actos más sorprendentes de todo su ministerio.

Después de revelar su gloria mediante señales, después de enseñar públicamente a las multitudes y después de llamar discípulos para seguirle, el evangelio nos conduce ahora a una habitación donde Cristo se encuentra rodeado de aquellos que han caminado con Él durante años.

La hora finalmente ha llegado. Durante todo el evangelio, Jesús había hablado de una hora futura. Ahora esa hora se aproxima. La cruz ya aparece en el horizonte inmediato. El rechazo del mundo está a punto de alcanzar su expresión más violenta. Sin embargo, lo primero que Juan destaca no es el sufrimiento venidero, sino el amor de Cristo.

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1).

Estas palabras constituyen una de las declaraciones más hermosas del evangelio. **El amor de Cristo no fue un afecto pasajero ni una emoción cambiante. Fue un amor perseverante, constante y perfecto.**

Los discípulos todavía tenían muchas debilidades. Pedro sería impulsivo, Tomás lucharía con dudas, los demás huirían cuando llegara la prueba y uno de ellos incluso lo traicionaría. **Sin embargo, Cristo continúa amándolos. Porque, aun en medio de la debilidad de sus discípulos, el poder y la gracia de Cristo continúan obrando.**

Como el Señor le respondió al apóstol Pablo:

"Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad..."(2 Corintios 12:9).

Aquí encontramos una verdad profundamente consoladora para todo creyente. La permanencia del amor de Cristo no descansa sobre la perfección de sus discípulos. Si así fuera, nadie permanecería firme. El fundamento de nuestra esperanza no es la constancia de

nuestro amor hacia Él, sino la constancia de su amor hacia nosotros.

Mientras la cena continúa, ocurre algo inesperado. Jesús se levanta de la mesa, se quita el manto y toma una toalla. Luego comienza a lavar los pies de los discípulos. La escena debió producir un silencio absoluto. Nadie esperaba algo semejante. **El Maestro ocupa el lugar del siervo; el Señor adopta la posición del siervo; el Rey se inclina delante de aquellos que deberían estar postrados ante Él.**

Aquí resplandece una dimensión de la gloria de Cristo que el mundo jamás habría imaginado. Los hombres suelen asociar la grandeza con poder visible, prestigio y exaltación. **Pero en Cristo la verdadera grandeza aparece revestida de humildad. La gloria divina no se manifiesta únicamente en el poder que crea galaxias o sostiene el universo. También se manifiesta en el amor que se inclina para servir. Y precisamente en esa humildad se revela una belleza que supera toda grandeza terrenal.**

Cuando Jesús llega a Pedro, éste responde:

"Señor, ¿tú me lavas los pies?" (Juan 13:6).

Pedro comprende que algo extraordinario está ocurriendo. La escena parece incompatible con todo lo que sabe acerca de la dignidad de Cristo. Y, sin embargo, esa reacción revela una dificultad que continúa presente en el corazón humano. N**os cuesta aceptar una gracia que desciende hasta nosotros, preferimos presentarnos como fuertes y sobre todo preferimos creer que todavía tenemos algo que aportar. Pero el evangelio nos coloca continuamente en una posición incómoda para nuestro orgullo, (la de recibir).** Pedro quiere impedir el acto:

"No me lavarás los pies jamás" (Juan 13:8).

Entonces Jesús responde:

"Si no te lavare, no tendrás parte conmigo".

Pedro necesita comprender algo fundamental. La comunión con Cristo no comienza con lo que nosotros hacemos por Él. Comienza con lo que Él hace por nosotros. Antes de servir a Cristo, debemos ser servidos por Cristo. **Antes de seguirle, debemos recibir su gracia.**

La Escritura enseña:

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios"(Efesios 2:8).

No podemos seguir a Cristo a menos qué Dios Padre nos lleve a Él.

Como el mismo Cristo declaró:

"Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero"(Juan 6:44)

El evangelio siempre destruye la ilusión de autosuficiencia. Por eso Pedro pasa rápidamente al extremo contrario:

"Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza".

Pero Jesús vuelve a dirigir su atención hacia la enseñanza principal. No está realizando simplemente una limpieza física. **Está utilizando una realidad visible para señalar una verdad espiritual más profunda. Los discípulos pertenecen al Señor y han sido apartados para Él.**

Como el apóstol Pablo revelaria más adelante :

"Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia"(Gálatas 1:15)

Luego Jesús declara:

"El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies" (Juan 13:10).

Cristo introduce una enseñanza de gran profundidad espiritual. El creyente que ha sido lavado por la gracia de Cristo ha sido limpiado completamente delante de Dios. La culpa de su pecado ha sido quitada y ha sido reconciliado con el Padre mediante la obra redentora del Hijo. Sin embargo, mientras continúa caminando en un mundo caído, todavía necesita la limpieza diaria que proviene del perdón y de la gracia divina. No se trata de una nueva justificación, pues la obra salvadora de Cristo es perfecta y suficiente. Se trata de la restauración continua de la comunión con Aquel que ya lo ha hecho suyo. Así como los pies de los viajeros se ensuciaban al recorrer los caminos polvorientos de Palestina, también el creyente experimenta diariamente las consecuencias de vivir en medio de un mundo marcado por el pecado. Por eso necesita acudir constantemente a Cristo en arrepentimiento y fe. El mismo Señor que nos limpia completamente al salvarnos continúa obrando en nuestra santificación, conformándonos progresivamente a su imagen hasta el día en que toda mancha de pecado sea finalmente removida en su presencia.

Entonces Cristo vuelve a sentarse y pregunta:

"¿Sabéis lo que os he hecho?" (Juan 13:12).

La pregunta exige reflexión. Los discípulos habían contemplado el acto, pero necesitaban comprender su significado.

Jesús continúa:

"Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy".

Cristo no niega su autoridad, no disminuye su dignidad, ni abandona su señorío. Precisamente porque es Señor puede mostrar la verdadera naturaleza del liderazgo en el Reino de Dios.

La humildad cristiana no consiste en negar los dones que Dios concede. Consiste en utilizarlos para servir a otros. Entonces el Señor establece un patrón para todos sus seguidores:

“Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”.

La iglesia está llamada a reflejar el carácter de Cristo. No mediante una búsqueda obsesiva de reconocimiento, ni rivalidades espirituales, ni luchas por posiciones de prestigio, **Sino mediante un amor que sirve. Cristo forma una comunidad edificada sobre el servicio mutuo con humildad.** Y precisamente allí aparece una de las marcas distintivas del verdadero discipulado.

Luego Jesús les declara:

"De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió"(Juan 13:16).

Cristo les recuerda a sus discípulos su posición como Señor y Soberano de la creación, y aun así los ha servido para que así ellos hiciesen unos por otros. Pero también nos revela una realidad ya antes mencionada en el prólogo:

"En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron"(Juan 1:10-11)

Cristo estaba en el mundo, pero el mundo no lo conoció ni lo recibió. Sino que lo aborreció. Por tanto los discípulos no deben esperar un trato diferente al que recibió su Señor:

Como el apóstol Juan enseñará más adelante:

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a ÉI"(1 Juan 3:1).

Las cosas que Él mismo experimentó son las cosas que su iglesia experimentará.

Como enseña la Escritura:

"Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por ÉI"(Filipenses 1:29).

Y otra vez:

Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución"(2 Timoteo 3:12).

Asimismo:

"...que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis"(2 Tesalonicenses 1:4-5)

En este contexto Jesús entrega también lo que llama un mandamiento nuevo: **“Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34).** El mandamiento de amar al prójimo ya estaba presente en las Escrituras desde antiguo. Lo nuevo no es la existencia del amor, sino la

medida y el modelo de ese amor. Los discípulos deben amarse unos a otros de la misma manera en que Cristo los ha amado. Se trata de un amor sacrificial, perseverante y desinteresado; un amor que sirve sin buscar reconocimiento, que perdona aun cuando ha sido herido y que permanece fiel incluso cuando el costo es elevado. La cruz que se aproxima constituye la máxima expresión de ese amor y se convierte en el patrón que habrá de gobernar la vida de la Iglesia.

Pocas horas después Jesús declarará:

"En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Juan 13:35).

-No menciona poder político.

-No menciona influencia cultural.

-No menciona prestigio intelectual.

La evidencia visible del discipulado será el amor. Un amor que no consiste únicamente en palabras:

-Un amor que se sacrifica.

-Un amor que sirve.

-Un amor que permanece incluso cuando hacerlo resulta costoso.

Porque ese es el amor que Cristo mismo ha manifestado. Sin embargo, en medio de esta escena aparece también una nota solemne. **Judas está presente. Escuchando las palabras del Maestro. Observa el ejemplo del Señor. Participa de la cena. Y aun así su corazón permanece endurecido.** La cercanía externa a las cosas de Dios nunca sustituye una relación verdadera con Cristo. Es posible caminar entre discípulos y seguir lejos del Salvador. Es posible escuchar la verdad y continuar permanecer indiferente. Por eso Juan nos recuerda que el problema más profundo del hombre no es la falta de información religiosa, sino la condición de su corazón.

Mientras la noche avanza, Judas sale. Y cuando abandona la habitación, Juan escribe unas palabras breves y cargadas de significado:

"Era ya de noche" (Juan 13:30).

No es simplemente una referencia cronológica. Las tinieblas comienzan a cerrar su círculo alrededor de la cruz.

-La traición avanza.

-Los enemigos se acercan.

-El sufrimiento está próximo.

Pero incluso en ese contexto oscuro, la gloria de Cristo continúa resplandeciendo. Porque ninguna traición puede detener su propósito. Ninguna conspiración puede frustrar el plan del Padre. Ninguna oscuridad puede apagar el amor que ha venido a salvar. Y así, antes de dirigirse hacia Getsemaní, Jesús deja a sus discípulos una de las lecciones más profundas de todo el evangelio.

La verdadera grandeza no consiste en ser servido. **Consiste en servir.** La verdadera autoridad no se expresa mediante dominio egoísta. **Se expresa mediante amor sacrificial. Y la verdadera comunidad cristiana no se construye alrededor del prestigio humano, sino alrededor del ejemplo del Salvador que tomó una toalla y lavó los pies de los suyos.** Porque la gloria de Cristo no se revela solamente en el trono. También se revela en su amor. Y quien contempla esa gloria descubre que el camino del Reino siempre pasa por la humildad, el servicio y el amor.

CAPÍTULO 17

La casa del Padre: el consuelo de Cristo para corazones turbados

Contexto histórico:

Juan 14 forma parte del llamado Discurso del Aposento Alto (Juan 13–17), pronunciado por Jesús durante las últimas horas antes de su arresto. Los discípulos acababan de escuchar noticias profundamente perturbadoras. Jesús había anunciado su partida, había revelado la traición de Judas y había advertido a Pedro acerca de su futura negación. Todo aquello parecía incompatible con las expectativas que habían alimentado durante años. Habían dejado sus hogares para seguir al Mesías, pero ahora el Maestro hablaba de sufrimiento, separación y muerte. En el judaísmo del primer siglo existía una fuerte esperanza en las promesas futuras de Dios. Los creyentes aguardaban la restauración definitiva del pueblo de Dios y la consumación de su Reino. En ese contexto, las palabras de Jesús acerca de la casa del Padre ofrecían una esperanza mucho más profunda que cualquier expectativa terrenal: la certeza de una comunión eterna con Dios mismo. La atmósfera en el aposento alto ha cambiado profundamente. Las conversaciones alegres han desaparecido. La sombra de la cruz se acerca. Los discípulos perciben que algo decisivo está por ocurrir. Durante años habían caminado junto a Cristo. Lo habían visto alimentar multitudes, calmar tempestades, confrontar a los líderes religiosos y manifestar una autoridad que nadie más poseía. Pero ahora escuchan palabras difíciles de comprender. Jesús habla de partir. Habla de traición. Habla de negación. Habla de una separación inminente. Los corazones comienzan a llenarse de inquietud. Y precisamente en ese momento, el Señor pronuncia una de las declaraciones más consoladoras de toda la Escritura:

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1).

Cristo no ignora el dolor de sus discípulos, no minimiza la prueba que se aproxima, ni les promete una vida libre de sufrimiento. Les ofrece algo mucho más profundo. **Les dirige nuevamente hacia Él mismo.** La paz que Cristo concede no nace de circunstancias favorables. Nace de confiar en su persona. El mundo suele buscar seguridad en aquello que puede controlar. Los hombres descansan en planes, recursos, salud o estabilidad. Pero todas esas cosas son frágiles. Una sola noticia puede alterar completamente aquello que parecía firme. Por eso Jesús dirige la mirada de sus discípulos hacia una realidad que ninguna circunstancia puede destruir. **La fidelidad de Dios.** La seguridad del creyente nunca descansa finalmente en la fortaleza de sus manos, sino en la firmeza de las promesas divinas.

Entonces Jesús añade:

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay” (Juan 14:2).

La esperanza cristiana no termina en este mundo. El evangelio no promete simplemente una vida mejor aquí. Promete una herencia eterna. Desde Génesis, la historia de la humanidad ha

estado marcada por el exilio. Adán fue expulsado del huerto. Israel experimentó el destierro. La humanidad entera vive alejada de la plenitud de la presencia de Dios. **Pero ahora Cristo anuncia algo glorioso. Existe una casa preparada para el pueblo redimido. No una tierra temporal. No una ciudad pasajera. Sino la morada eterna de Dios con su pueblo:**

Como le fue revelado al apóstol Juan :

"Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios"(Apocalipsis 21:2-3).

A la cual el creyente se acerca por medio de la fe en Cristo Jesús:

"...sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles"(Hebreos 12:22)

Y lo más maravilloso de la promesa no son las moradas. Es la presencia del Padre. Porque la verdadera felicidad del creyente nunca consiste principalmente en los dones de Dios, sino en Dios mismo. Entonces Jesús declara:

"Voy, pues, a preparar lugar para vosotros".

Estas palabras revelan la ternura del Salvador. Los discípulos escuchan acerca de una partida. Pero Cristo les muestra que esa partida tiene un propósito redentor. No los abandona. Está actuando para su bien. La cruz que pronto contemplarán con dolor será precisamente el medio mediante el cual se abrirá el acceso a la casa del Padre.

-Lo que parece derrota será victoria.

-Lo que parece pérdida será ganancia.

-Lo que parece el final será el comienzo de una esperanza eterna.

Y entonces añade una promesa extraordinaria:

"Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis".

La esperanza cristiana no consiste solamente en ir al cielo. Consiste en estar con Cristo. La comunión interrumpida por el pecado será restaurada plenamente.

-La fe dará paso a la visión.

-La lucha dará paso al descanso.

-Las lágrimas serán reemplazadas por gozo perfecto.

Toda la historia redentora avanza hacia ese encuentro glorioso. Sin embargo, Tomás expresa la confusión que probablemente habitaba en varios corazones:

“Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?”.

La pregunta es honesta. Los discípulos siguen pensando en términos visibles y terrenales. Pero Jesús responde con una de las declaraciones más extraordinarias de todo el evangelio:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”.

Cristo no señala simplemente el camino. Él es el camino. No ofrece simplemente verdad. Él es la verdad. No comunica solamente vida. Él es la vida. Toda esperanza de reconciliación con Dios converge en su persona. La puerta permanece abierta únicamente por medio del Hijo.

Felipe entonces pregunta:

“Señor, muéstranos el Padre”.

Y nuevamente aparece una necesidad profundamente humana. El hombre siempre ha anhelado contemplar a Dios. **Moisés pidió ver su gloria. Los profetas contemplaron visiones parciales de su majestad.**

Pero Jesús responde:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Aquí alcanza su culminación una verdad que ha recorrido todo el evangelio. **Dios no permanece oculto detrás de un velo inaccesible.** Se ha dado a conocer perfectamente en Cristo. En sus palabras contemplamos la verdad del Padre. En sus obras contemplamos el poder del Padre. En su compasión contemplamos la misericordia del Padre. En su obediencia contemplamos la santidad del Padre. Cristo es la revelación perfecta de Dios. Pero el Señor aún tiene más consuelo para ofrecer. Porque sabe que sus discípulos pronto experimentarán el dolor de su ausencia visible. Por eso les promete otro Consolador.

“No os dejaré huérfanos”.

Pocas imágenes expresan mejor la vulnerabilidad humana que la orfandad. Un huérfano carece de protección. Carece de dirección. Carece de alguien que cuide de él. **Y Jesús asegura a los suyos que jamás serán abandonados. La cruz no significará abandono. La ascensión no significará distancia. El Espíritu Santo vendrá para habitar en ellos. Esta promesa fue expresada claramente por el propio Señor:**

"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad... porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Juan 14:16-17).

Las palabras de Jesús revelan una realidad gloriosa. Durante su ministerio terrenal, el Espíritu había estado con los discípulos, obrando entre ellos por medio de Cristo. Pero después de la glorificación del Señor, el Espíritu habitaría en ellos de manera permanente, cumpliendo así las promesas anunciadas por los profetas.

La promesa de que el Espíritu Santo habitaría en el pueblo de Dios constituye una de las

bendiciones centrales del Nuevo Pacto. En el Antiguo Testamento, aunque el Espíritu obraba en profetas, sacerdotes, jueces y reyes para capacitarlos en tareas específicas, los profetas anunciaron un tiempo futuro en el que Dios derramaría su Espíritu sobre todo su pueblo y establecería una relación más íntima y permanente con ellos.

El profeta Ezequiel anunció esta promesa diciendo:

"Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra"(Ezequiel 36:27).

Asimismo, el profeta Joel predijo un derramamiento universal del Espíritu:

"Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne"(Joel 2:28-29).

Esta profecía señalaba la llegada de la era mesiánica, cuando el Espíritu sería concedido abundantemente al pueblo redimido.

Obsérvese el contraste: el Espíritu estaba con ellos durante el ministerio terrenal de Cristo, pero después de su glorificación estaría en ellos como una presencia permanente.El cumplimiento de esta promesa ocurrió en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la Iglesia **(Hechos 2:1-4)**. Pedro explicó que aquel acontecimiento era el cumplimiento directo de la profecía de Joel **(Hechos.2:16-18)**.

Los apóstoles enseñaron posteriormente que la morada del Espíritu es una realidad para todos los creyentes. Pablo escribió:

"En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa"(Efesios 1:13)

¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? (1 Corintios 6:19)

"...nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador" (Tito 3:5-6).

El Consolador no será simplemente una influencia. No será una fuerza impersonal. Será la presencia activa de Dios acompañando a su pueblo. **Jesús habla del Espíritu Santo utilizando un lenguaje personal. Él enseña, recuerda, guía, da testimonio, convence y glorifica a Cristo. Estas no son acciones de una fuerza impersonal, sino de una Persona divina que actúa con voluntad y propósito.**

El Señor dijo:

"Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Juan 14:26).

Asimismo declaró:

"Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí" (Juan 15:26).

Y nuevamente:

"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad" (Juan 16:13).

Los apóstoles continuaron enseñando esta misma verdad. El Espíritu reparte dones "como él quiere" **(1 Corintios 12:11)**, intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios **(Romanos 8:26-27)** y puede ser contristado por el pecado de los creyentes **(Efesios 4:30)**. Tales acciones sólo pueden atribuirse a una Persona y no a una simple influencia. **Por tanto, la promesa del Consolador significa mucho más que la recepción de poder espiritual. Significa que Dios mismo, en la persona del Espíritu Santo, acompañará, consolará, enseñará, santificará y preservará a su pueblo hasta el fin.**

Jesús concluye con una promesa de paz:

"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da".

-El mundo ofrece una paz frágil.

-Una paz dependiente de circunstancias favorables.

-Una paz que desaparece cuando llegan las pruebas.

Pero la paz de Cristo permanece incluso en medio de la tormenta.

Como enseña la Escritura:

"Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús"(Filipenses 4:7)

La cruz está a pocas horas de distancia. Los discípulos todavía no comprenden plenamente lo que ocurrirá. Pronto verán a su Maestro arrestado, humillado y crucificado. Pero las palabras de Juan 14 permanecerán como un ancla para sus almas. Y continúan siendo un ancla para la iglesia hasta hoy. Porque el mismo Cristo que consoló a aquellos hombres sigue consolando a su pueblo. La casa del Padre sigue preparada. La promesa de su regreso sigue vigente. El Espíritu continúa habitando en los creyentes. **Y la paz que Él concede permanece firme aun cuando todo lo demás parezca tambalearse.** Por eso, en medio de cualquier aflicción, el corazón cristiano puede escuchar nuevamente la voz de su Señor:

"No se turbe vuestro corazón".

Porque aquel que promete también es fiel para cumplir.

CAPÍTULO 18

La Vid Verdadera: una vida que permanece en Cristo

Contexto histórico:

Juan 15 forma parte del Discurso del Aposento Alto, pronunciado durante las últimas horas antes de la crucifixión. Jesús continúa preparando a sus discípulos para los acontecimientos que están por venir. Su partida es inminente, pero antes de enfrentar la cruz desea fortalecer la fe de aquellos que continuarán su obra en el mundo. **La imagen de la vid poseía un profundo significado para el pueblo judío. En el Antiguo Testamento, Israel había sido descrito repetidamente como una viña plantada por Dios. El Señor había cuidado de ella, la había protegido y esperado fruto, pero una y otra vez la nación produjo desobediencia e incredulidad (Isaias 5:1-7).** Los discípulos conocían bien estas imágenes. Por eso, cuando Jesús declara ser la Vid Verdadera, está revelando algo extraordinario acerca de su identidad y de la relación que sus seguidores tienen con Él. La expresión "Vid Verdadera" contiene además una profunda dimensión redentora. A lo largo del Antiguo Testamento, Israel había sido presentado como la viña de Dios. El Señor la plantó, la cuidó y la rodeó de privilegios espirituales, pero la nación produjo repetidamente el fruto amargo de la incredulidad y la desobediencia. **Ahora Jesús se presenta como la Vid Verdadera, el Hijo fiel que cumple perfectamente aquello en lo que Israel había fracasado. Allí donde la antigua viña produjo rebelión, Cristo produjo obediencia perfecta. Allí donde el pueblo falló en reflejar la gloria de Dios, el Hijo la manifestó plenamente. Él no es simplemente un mejor Israel; es el verdadero Israel, el Siervo fiel que cumple el propósito redentor de Dios y en quien son reunidos todos aquellos que pertenecen al pueblo del pacto.**

La conversación continúa avanzando hacia la cruz.Los discípulos han escuchado acerca de la casa del Padre. Han escuchado acerca del Consolador. Han escuchado acerca de la paz que Cristo concede. Pero ahora Jesús dirige su atención hacia la naturaleza misma de la vida cristiana.

¿Cómo vivirán los discípulos cuando ya no puedan ver físicamente a su Maestro?

¿Cómo perseverarán en medio de la oposición?

¿Cómo darán fruto para la gloria de Dios?

La respuesta se encuentra en una sola palabra que domina todo el capítulo:

Permanecer.

Jesús comienza declarando:

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador" (Juan 15:1).

La imagen es profundamente significativa. Una rama separada de la vid no posee vida en sí

misma. No puede producir fruto. No puede sostenerse por sus propios recursos. Toda su vitalidad proviene de la unión con el tronco que la alimenta. **De la misma manera, toda la vida espiritual del creyente procede de Cristo.**

Como enseña la Escritura:

"Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús"(Efesios 2:4-6).

Jesús continúa describiendo la obra del Padre:

"Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto".

Aquí encontramos una verdad que a menudo resulta difícil de aceptar. El Padre no solamente trabaja en las ramas infructuosas. También trabaja en las fructíferas. Las poda. Las limpia. Las prepara para producir más fruto. La poda nunca resulta agradable para la rama. Implica cortar. Implica remover. Implica perder aquello que parecía útil. Sin embargo, el propósito del labrador no es destruir. Es aumentar la productividad.

De manera semejante, muchas de las pruebas que experimentan los creyentes forman parte de la sabia obra del Padre.

Como enseña el apóstol Pedro:

"Aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1 Pedro 1:6-7).

Con frecuencia no comprendemos inmediatamente sus propósitos.

Vemos el dolor.

Vemos la pérdida.

Vemos la dificultad.

Pero Dios ve el fruto que aún no podemos contemplar. **Aquello que parece una interrupción puede ser una preparación. Aquello que parece una pérdida puede convertirse en una bendición futura. Aquello que parece un retroceso puede formar parte de una obra más profunda de transformación.**

Como enseña el apóstol Pablo:

"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien..."(Romanos 8:28).

Entonces Jesús pronuncia uno de los mandatos más importantes del capítulo:

"Permaneced en mí, y yo en vosotros".

Permanecer implica comunión continua. Implica confianza constante. Implica dependencia diaria. No se trata de una relación ocasional. No se trata de acercarse a Cristo únicamente en momentos de necesidad. **Se trata de una vida entera orientada hacia Él**. La fe cristiana nunca fue diseñada para funcionar como una visita esporádica a Dios. **Es una unión permanente con el Salvador.** Por eso Jesús añade:

"Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí".

Estas palabras golpean directamente el orgullo humano. Nos gusta pensar que podemos avanzar mediante nuestra propia capacidad. Nos gusta confiar en nuestras fuerzas. Nos gusta atribuirnos los éxitos espirituales. Pero Cristo elimina toda ilusión de autonomía. La verdadera fecundidad espiritual jamás nace de la energía humana sino que nace de la comunión con Él. Los hombres pueden producir actividad religiosa. Pueden producir programas. Pueden producir estructuras. Pero solamente Cristo puede producir fruto que permanezca para la eternidad.

Por eso el Señor declara:

"Separados de mí nada podéis hacer".

-No dice pocas cosas.

-No dice algunas cosas.

"Dice nada."

Toda verdadera obediencia, santidad, perseverancia, y utilidad espiritual tiene su origen en Cristo. La vida cristiana nunca es el resultado de la autosuperación. **Es el fruto de una relación viva con el Salvador.** Cuando Jesús habla de fruto, no se refiere únicamente al crecimiento visible de una obra o al éxito externo del ministerio. El fruto que nace de la unión con Cristo se manifiesta en una vida transformada por su gracia. Se expresa en la obediencia a su Palabra, en el amor hacia los hermanos, en la perseverancia durante las pruebas, en el testimonio fiel delante del mundo y en todo aquello que glorifica al Padre. Allí donde Cristo gobierna verdaderamente el corazón, inevitablemente aparecerán evidencias de su obra. El fruto no es la causa de nuestra unión con la Vid; es la consecuencia visible de que su vida fluye en nosotros.

A continuación Jesús introduce una dimensión aún más profunda de esta permanencia:

"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros".

La comunión con Cristo nunca puede separarse de su Palabra. Muchos desean experimentar cercanía con Dios mientras descuidan las Escrituras. Pero Cristo une ambas realidades. La voz del Buen Pastor sigue guiando a sus ovejas mediante su Palabra. Allí corrige.

-Allí fortalece.

-Allí consuela.

-Allí transforma.

Una iglesia alejada de las Escrituras terminará inevitablemente alejada de Cristo.

Porque es precisamente mediante su Palabra que Él continúa alimentando a su pueblo.

Entonces Jesús revela el propósito supremo de esta vida fructífera:

"En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto".

El objetivo final de la vida cristiana no es la exaltación personal. No es el reconocimiento humano. No es la admiración de otros. El fruto existe para la gloria de Dios. Todo lo que el Padre produce en sus hijos apunta finalmente hacia Él mismo.

-Cada acto de obediencia.

-Cada expresión de amor.

-Cada muestra de fidelidad.

-Cada evidencia de transformación.

Proclama la grandeza del Dios que obra en su pueblo.

Más adelante Jesús introduce un tema que había comenzado en el capítulo anterior:

El amor.

"Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado".

Estas palabras nos permiten vislumbrar algo extraordinario. El amor que Cristo tiene por los suyos no es superficial ni temporal. Su modelo es el amor eterno existente entre el Padre y el Hijo.

-Antes de la creación.

-Antes del tiempo.

-Antes de la historia humana.

-El Padre amaba al Hijo.

Y ahora Cristo declara que los creyentes son objetos de ese mismo amor redentor. Pocas verdades poseen mayor capacidad para fortalecer el corazón del cristiano. Nuestra seguridad descansa finalmente en el amor de Cristo.

-Un amor que no fluctúa según nuestras circunstancias.

-Un amor que no desaparece durante las pruebas.

-Un amor que permanece incluso cuando nosotros luchamos con debilidades y fracasos.

Entonces el Señor pronuncia el mandamiento central del capítulo:

"Que os améis unos a otros, como yo os he amado".

El modelo ya no es simplemente amar al prójimo. El modelo es Cristo mismo. La medida del amor cristiano no es la conveniencia.

-No es la simpatía.

-No es el beneficio personal.

-Es el amor sacrificial del Salvador.

La iglesia no fue diseñada para ser una simple reunión de individuos. Fue diseñada para reflejar el carácter de Cristo mediante el amor mutuo. **En medio de estas enseñanzas, Jesús recuerda a sus discípulos una verdad que destruye toda jactancia humana:**

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16).

La iniciativa de la salvación no nace en el corazón del hombre, sino en la gracia soberana de Dios. Los discípulos no llegaron a ser seguidores de Cristo porque poseyeran una sabiduría superior o una disposición espiritual más noble que otros. Fueron llamados por la gracia del Señor. Y la misma gracia que los llamó fue la que los sostuvo y los capacitó para llevar fruto. La seguridad del creyente descansa finalmente en esta realidad: antes de que nosotros buscáramos a Cristo, Él ya había puesto su amor sobre nosotros.

Un mundo dividido por el egoísmo debería contemplar en la iglesia una realidad diferente. Una comunidad donde el servicio reemplaza la rivalidad. Donde el perdón vence al resentimiento. Donde la gracia triunfa sobre el orgullo. Sin embargo, inmediatamente después Jesús advierte acerca de una realidad inevitable:

"Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros".

Los discípulos no deben sorprenderse por la oposición. El mismo mundo que rechazó al Maestro rechazará a quienes lo siguen. La fidelidad nunca ha garantizado aceptación universal. La verdad nunca ha sido recibida con aplausos por todos. El evangelio confronta el pecado humano y por esa razón encuentra resistencia. Pero incluso en medio del rechazo, los creyentes no caminan solos. El Consolador prometido continúa acompañando a la iglesia. El

Espíritu Santo sigue dando testimonio acerca de Cristo. Sigue fortaleciendo a los santos. **Sigue sosteniendo a los que sufren por causa del evangelio.**

Juan 15 concluye recordándonos que la vida cristiana no consiste simplemente en comenzar bien. Consiste en permanecer cuando llegan las pruebas, cuando aparecen las dudas, cuando el mundo se opone, cuando el camino se vuelve difícil.

Y la razón por la cual los creyentes pueden perseverar no se encuentra finalmente en la fuerza de sus manos. Se encuentra en la fidelidad de la Vid a la cual han sido unidos.

Como enseña la Escritura:

"El guarda los pies de sus santos, Mas los impíos perecen en tinieblas; Porque nadie será fuerte por su propia fuerza"(1 Samuel 2:9)

Y mientras permanezcan en Él, encontrarán todo lo necesario para vivir, crecer, dar fruto y glorificar al Padre hasta el día en que contemplen al Salvador cara a cara.

CAPÍTULO 19

El Consolador y la victoria de Cristo: esperanza en medio de la aflicción

Contexto histórico:

Juan 16 forma parte de las últimas enseñanzas de Jesús a sus discípulos antes de su arresto. La cruz se encuentra a pocas horas de distancia. El Señor sabe que sus seguidores pronto enfrentarán confusión, temor y persecución. Durante años han caminado junto a Él, **pero ahora deberán aprender a vivir por fe y no por vista. Lo cuál es la realidad de los creyentes**

Como el apóstol Pablo declara:

"Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista)"(2 Corintios 5:6-7).

Los discípulos todavía no comprenden plenamente lo que está por suceder. Esperaban la manifestación gloriosa del Reino, pero la cruz parece contradecir sus expectativas. Sin embargo, Jesús les muestra que los acontecimientos venideros no significarán una derrota, sino el cumplimiento perfecto del plan de Dios. Lo que a los ojos humanos parece el triunfo de las tinieblas será en realidad la victoria definitiva del Hijo de Dios. La cruz no representará el fracaso de su misión, sino su consumación. Mediante su muerte y resurrección, Cristo derrotará al pecado, vencerá a la muerte y asegurará la salvación de su pueblo. Por eso, aun cuando las palabras de este capítulo están dirigidas a discípulos afligidos, todo el discurso se encuentra impregnado de esperanza. Jesús no prepara a los suyos para una derrota inminente, sino para participar por fe en la victoria que Él está a punto de conquistar. En este capítulo, el Señor prepara a los suyos para un mundo hostil, les promete nuevamente la venida del Espíritu Santo y les asegura que su tristeza será transformada en gozo.

La conversación se acerca a su final. La cruz está más cerca que nunca. Cada palabra pronunciada por Jesús adquiere un peso especial. El Señor sabe que los discípulos pronto serán sacudidos por acontecimientos que pondrán a prueba su fe. Por eso comienza advirtiéndoles acerca de una realidad que deben conocer.

“Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo” (Juan 16:1).

Cristo nunca engaña a sus seguidores con falsas expectativas. No promete un camino fácil. No promete aceptación universal. No promete una vida libre de oposición. Desde el principio prepara a los suyos para enfrentar la realidad. La fe cristiana no florece en un mundo neutral. Se desarrolla en medio de una humanidad que continúa rebelándose contra Dios. Por eso Jesús les advierte que serán perseguidos. Algunos incluso pensarán que sirven a Dios mientras persiguen a los discípulos. Estas palabras encontrarían cumplimiento en los años posteriores. Muchos creyentes sufrirían rechazo, encarcelamiento e incluso la muerte por causa del evangelio. Sin embargo, la oposición no significaría que Dios hubiera abandonado a

su pueblo. Más bien confirmaría que los discípulos continúan caminando tras las huellas de su Maestro.

El mundo rechazó a Cristo. No debe sorprendernos que también rechace a quienes le pertenecen. Pero Jesús no entrega estas advertencias para producir temor. Las entrega para fortalecer la perseverancia. El creyente que conoce la realidad de la batalla espiritual está mejor preparado para enfrentarla. El que comprende que la oposición forma parte de la experiencia cristiana no se derrumba cuando ésta llega.

Después el Señor vuelve a hablar acerca de su partida. Estas palabras llenan de tristeza a los discípulos. Han vivido junto a Él. Han aprendido de Él. Han encontrado en Él dirección, protección y esperanza. Ahora escuchan nuevamente que se va. La noticia resulta dolorosa. Sin embargo, Jesús pronuncia una declaración sorprendente:

"Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. (Juan 16:7).

Probablemente los discípulos no podían comprender cómo la partida de Cristo podía ser beneficiosa. Desde una perspectiva humana parecía exactamente lo contrario. Pero el Señor ve mucho más allá de lo que ellos pueden ver. **La cruz, la resurrección y la ascensión abrirán una nueva etapa en la historia de la redención. Donde Cristo intercede por los santos desde la diestra del Padre :**

Como enseña la Escritura:

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? "Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros"(Romanos 8:33-34).

La obra del Salvador no terminará con su partida visible. Continuará mediante la presencia del Espíritu Santo. Intercediedo en ayuda del creyente en su debilidad:

"Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos"(Romanos 8:26-27)

Aquí encontramos una verdad profundamente alentadora. El Espíritu Santo está constantemente intercediendo en ayuda del creyente en sus debilidades

Muchas veces juzgamos las circunstancias únicamente por lo que alcanzamos a comprender. Pero Dios está obrando incluso cuando no entendemos completamente sus propósitos. Los discípulos ven una pérdida. Cristo ve una victoria. Los discípulos ven una despedida. Cristo ve el cumplimiento del plan eterno del Padre. ¿Cuántas veces ocurre lo mismo en nuestra vida? Aquello que inicialmente parece una puerta cerrada puede ser la preparación para una bendición futura. Aquello que parece una derrota puede convertirse en una manifestación de la sabiduría divina.

El Señor continúa explicando la obra del Consolador.

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”.

"De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado"(Juan 16:8-11)

El Espíritu Santo realiza una obra que ningún ser humano puede producir. Los hombres pueden presentar argumentos. Pueden predicar sermones. Pueden explicar las Escrituras**. Pero solamente Dios puede transformar el corazón**. Cuando Jesús explica esta obra del Espíritu, define también el contenido de su convicción. Convencerá al mundo de pecado porque no creen en Él. La incredulidad constituye la raíz de toda rebelión humana. **El problema fundamental del hombre no es simplemente que comete pecados, sino que rechaza al Hijo que Dios ha enviado para salvarlo. El Espíritu expone esa culpabilidad y muestra que fuera de Cristo no existe esperanza.**

También convencerá de justicia, porque Cristo va al Padre. Los enemigos de Jesús lo condenarán como un blasfemo y un impostor, pero la resurrección y la ascensión demostrarán que el Padre aprobó perfectamente su obra. La justicia verdadera no se encuentra en los esfuerzos humanos, sino en el Salvador exaltado a la diestra de Dios. El Espíritu dirige la mirada de los pecadores hacia esa justicia perfecta que solamente se encuentra en Cristo.

Finalmente, convencerá de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. Satanás parecía triunfar cuando Cristo fue llevado a la cruz, pero precisamente allí sufrió su derrota decisiva. La muerte y resurrección del Señor anunciaron el fin de su dominio y garantizaron el juicio final de todas las fuerzas rebeldes(Colosenses 1.13; 2.15; Hebreos 2.14) Por eso la iglesia proclama el evangelio con confianza. El enemigo ya ha sido vencido. La victoria definitiva de Cristo está asegurada. La mayor necesidad de la humanidad no es información adicional. Es una confrontación con la realidad de su condición delante de Dios. **El Espíritu revela el pecado, muestra la necesidad de justicia, advierte acerca del juicio venidero. Y al hacerlo conduce a los pecadores hacia Cristo.** Esta verdad protege a la iglesia de dos errores. Por un lado, evita el orgullo. **Nadie puede atribuirse la conversión de otro ser humano. La salvación pertenece al Señor.** Por otro lado, evita el desánimo. **El poder del evangelio no depende de la capacidad humana. Depende de la obra soberana de Dios.** Por eso la iglesia puede predicar con confianza. No porque confíe en su propia fuerza. **Sino porque confía en el Espíritu que obra mediante la Palabra.**

Jesús también promete que el Consolador guiará a los discípulos a toda la verdad:

"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir"(Juan 16:13).

Esta promesa tuvo una importancia particular para los apóstoles. **Ellos serían testigos autorizados de la obra de Cristo. El Espíritu los capacitaría para recordar, comprender y**

proclamar fielmente las enseñanzas del Señor:

"...pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra"(Hechos 1:8)

De esta manera, la iglesia futura recibiría un testimonio confiable acerca de Cristo.

Esta promesa constituye además uno de los fundamentos de la autoridad apostólica. Los apóstoles no hablarían simplemente desde sus recuerdos o impresiones personales. El Espíritu Santo los capacitaría para recordar fielmente las palabras de Cristo, comprender el significado de su obra y comunicarla sin error a la iglesia. Gracias a esta obra divina, el pueblo de Dios no quedó dependiendo de tradiciones cambiantes ni de testimonios inciertos. El Señor preservó por medio de sus apóstoles el mensaje inspirado que hoy poseemos en las Escrituras del Nuevo Testamento. Así, cuando la iglesia escucha la voz de los apóstoles en la Palabra escrita, escucha el testimonio que el Espíritu dio acerca de Cristo.

Entonces Jesús declara:

"El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber"(Juan 16:14-15)

Aquí vemos una verdad profundamente redentora. El Espíritu Santo toma posesión del creyente y le testifica que ha sido constituido hijo de Dios.

Como el apóstol Pablo declara más adelante:

"Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios"(Romanos 8:15-16).

Después de hablar sobre el Consolador, Jesús vuelve a referirse a la tristeza que pronto experimentarán sus discípulos.

"Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará".

Estas palabras describen perfectamente lo que ocurrirá durante la crucifixión. Los enemigos de Jesús celebrarán. Pensarán que han triunfado. Creerán haber silenciado definitivamente al Nazareno. Mientras tanto, los discípulos serán consumidos por el dolor. **Pero la historia no terminará allí. Ni La cruz, ni la tumba, ni el Hades tendrán la última palabra. La muerte no podrá detenerlo.**

Por eso Jesús añade:

"Pero vuestra tristeza se convertirá en gozo".

No promete simplemente que una experiencia triste será seguida por otra experiencia más feliz. El lenguaje es más profundo. La tristeza y el gozo están conectados por la misma causa. Aquello que inicialmente producirá dolor será precisamente lo que más tarde producirá alegría.

La ilustración que Jesús utiliza inmediatamente después confirma esta idea:

"La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo" (Juan 16:21).

El dolor del parto no es simplemente sucedido por el gozo. El mismo acontecimiento que produce sufrimiento conduce al nacimiento que produce alegría. Existe una relación directa entre ambos. El gozo surge precisamente a través del sufrimiento. Eso es exactamente lo que ocurrirá con la cruz. Los discípulos contemplarán el arresto, la condenación y la muerte de Jesús como una aparente derrota. Verán a su Maestro rechazado por las autoridades religiosas, abandonado por muchos y clavado en un madero. Todo parecerá indicar que las esperanzas mesiánicas han fracasado. Sin embargo, aquello que parece el momento más oscuro de la historia resultará ser el instrumento mediante el cual Dios realizará la salvación de su pueblo. La tristeza provocada por la cruz se transformará en gozo porque la cruz misma será el medio de la redención. Allí Cristo llevará el pecado de los suyos, satisfará la justicia divina y obtendrá una salvación eterna para su pueblo. Lo que parecía una derrota será la victoria sobre el pecado. Asimismo, la muerte dará paso a la resurrección. La ausencia del Maestro producirá llanto durante un breve tiempo, pero cuando los discípulos vuelvan a verlo resucitado, comprenderán que la muerte no tuvo la última palabra. La causa de su tristeza se convertirá en la razón de su alegría. Este principio atraviesa toda la obra redentora de Dios. La humillación conduce a la exaltación. El sufrimiento conduce a la gloria. Como enseña la Escritura acerca de Cristo:

"El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Hebreos 12:2).

La cruz y la gloria no son dos caminos distintos. La gloria llega precisamente por medio de la cruz. Por eso Jesús no dice simplemente: "Después de vuestra tristeza vendrá el gozo". Dice:

"Vuestra tristeza se convertirá en gozo."

La tristeza será transformada porque Dios tomará aquello que parecía derrota y lo convertirá en el escenario de su victoria redentora. La cruz no será anulada por la resurrección; será vindicada por ella. Y precisamente por eso el sufrimiento de los discípulos dará paso a un gozo que, como Jesús añade más adelante, nadie les podrá quitar (Juan 16:22).

Finalmente llegamos a una de las declaraciones más poderosas de todo el capítulo:

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

Cristo prepara a sus discípulos para todo lo que les ha de sobrevenir en el mundo por causa de su nombre. **Los discípulos padecerian por Cristo al igual que Él padeció y se entregó por ellos.**

Como el apóstol Pedro enseña posteriormente:

"Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de

Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría"1 Pedro 4:12-13.

Y les aseguran que confíen en Él aun en medio de la aflicción porque Él ha vencido al mundo y por medio de Él los discípulos también bencerian al mundo:

"Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe"(1 Juan 5:4).

La victoria anunciada por Jesús no pertenece solamente al futuro. Cuando declara: "**Yo he vencido al mundo", habla como el Rey que está a punto de consumar la obra que el Padre le encomendó**. Mediante su muerte, resurrección y ascensión, Cristo fue exaltado a la diestra de Dios(Hebreos 1.3)y recibió toda autoridad en el cielo y en la tierra(Mateo 28.18). **Desde allí reina actualmente sobre su iglesia y gobierna soberanamente la historia mientras todos sus enemigos son puestos debajo de sus pies(1Corintios 15.25).** Por eso la esperanza cristiana no descansa únicamente en una victoria futura, sino también en un reinado presente. El mismo Cristo que venció al mundo continúa sosteniendo a su pueblo, edificando su iglesia y extendiendo su Reino por medio de la proclamación del evangelio. Ninguna oposición humana ni poder espiritual puede frustrar los propósitos del Rey exaltado. La cruz, la resurrección y la ascensión no fueron simplemente acontecimientos del pasado; constituyen el fundamento de su gobierno presente sobre todas las cosas. Juan 16 concluye con una iglesia todavía débil, unos discípulos todavía confundidos y una cruz que se aproxima rápidamente. Pero también concluye con una promesa inquebrantable. El Consolador vendrá. La tristeza será transformada en gozo. Y Cristo ha vencido al mundo. Esa misma esperanza continúa sosteniendo a la iglesia hasta hoy. Porque las circunstancias cambian. Los imperios caen. Las generaciones pasan. Pero el triunfo del Salvador permanece inalterable. Y aquellos que confían en Él pueden caminar con seguridad, sabiendo que ninguna aflicción presente podrá anular la victoria eterna de Cristo.

CAPÍTULO 20

La oración del Gran Sumo Sacerdote: la gloria del Hijo y la seguridad de los suyos

Contexto histórico

La oración registrada en Juan 17 fue pronunciada pocas horas antes de la crucifixión. Jesús acaba de concluir sus enseñanzas finales a los discípulos durante la última cena. Judas ya ha salido para consumar la traición. El arresto se aproxima. La cruz se encuentra delante de Él. Dentro del judaísmo, el sumo sacerdote tenía la responsabilidad de representar al pueblo delante de Dios, especialmente en el Día de la Expiación, cuando entraba al Lugar Santísimo para interceder por Israel. Sin embargo, aquellos sacerdotes eran pecadores y debían ofrecer sacrificios también por sí mismos.

Jesús aparece aquí como el verdadero y perfecto Sumo Sacerdote. No entra en un santuario terrenal hecho por manos humanas, sino que se dispone a ofrecerse a sí mismo como sacrificio definitivo por su pueblo.

Como más adelante revelaria el autor de Hebreos:

"Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención"(Hebreos 9:11-12)

"Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan"(Hebreos 9:24-28)

Antes de enfrentar la cruz, levanta sus ojos al cielo y ora. Lo que encontramos en este capítulo no es simplemente una oración privada, sino una ventana abierta al corazón mismo del Hijo de Dios.

Después de contemplar la promesa del Consolador y la certeza de la victoria de Cristo sobre el mundo, el evangelio nos conduce ahora a un terreno aún más sagrado. Durante todo el ministerio de Jesús hemos escuchado sus enseñanzas, observado sus señales y contemplado sus encuentros con diferentes personas. Pero aquí somos admitidos a escuchar la conversación eterna entre el Hijo y el Padre. La escena posee una solemnidad difícil de

describir. El peso de la cruz se acerca. Los discípulos todavía comprenden poco de lo que ocurrirá en las próximas horas. El mundo se prepara para rechazar al Salvador. Y sin embargo, en lugar de concentrarse en sí mismo, Jesús dirige su atención hacia la gloria del Padre y el bienestar de aquellos que le han sido dados.

"Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado"(Juan 17:1-3)

Durante todo el evangelio la hora había sido presentada como una realidad futura. En Caná había declarado que aún no había llegado su hora. En diversas ocasiones sus enemigos intentaron prenderle, pero no pudieron porque su hora todavía no había llegado. Ahora finalmente ha llegado el momento señalado desde la eternidad. No se trata simplemente de una hora de sufrimiento. Es la hora en la que convergen la justicia de Dios, el amor de Dios y la redención de los pecadores. Pero resulta notable la primera petición que Jesús presenta:

Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti.

A primera vista podría parecer una petición centrada en sí mismo. Sin embargo, toda la oración revela exactamente lo contrario. El propósito de la gloria del Hijo es la gloria del Padre. Desde toda la eternidad existe entre ellos una perfecta comunión, una perfecta unidad de propósito y una perfecta exaltación mutua. Aquí encontramos una realidad profundamente transformadora. **El hombre caído vive buscando su propia gloria. Busca reconocimiento, prestigio y exaltación personal. Incluso las mejores obras pueden contaminarse con el deseo oculto de ser admirados por otros. Pero en Cristo contemplamos la belleza de una vida completamente orientada hacia la gloria de Dios. La cruz misma demuestra esta realidad. Aquello que a los ojos del mundo parecía derrota se convertiría en la máxima manifestación de la gloria divina. Allí resplandecerían simultáneamente la santidad de Dios que juzga el pecado y la misericordia de Dios que salva al pecador.**

Entonces Jesús declara:

Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.

Aquí aparece una verdad que atraviesa todo el evangelio. La salvación no descansa finalmente sobre la capacidad humana, sino sobre el propósito soberano de Dios.

Como el apóstol Pablo enseñaría posteriormente:

"...(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia"

(Romanos 9:11-16)

Cristo posee autoridad sobre toda la humanidad. Reyes, gobernantes, filósofos, ejércitos y naciones existen bajo su dominio. Pero esa autoridad tiene un propósito redentor: otorgar vida eterna a aquellos que el Padre le ha dado. Sin embargo, la autoridad que el Padre ha entregado al Hijo no se limita únicamente a la salvación de los escogidos. Se trata de una autoridad universal sobre toda la creación. Lo que Jesús afirma aquí encuentra su cumplimiento en las promesas mesiánicas anunciadas desde el Antiguo Testamento. El Padre ha establecido a su Rey sobre Sion, le ha dado las naciones por herencia y ha puesto todas las cosas bajo su dominio. Como vio Daniel en visión, al Hijo del Hombre le fue dado dominio, gloria y reino para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Por eso, después de su resurrección, Cristo declararía: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). Su exaltación no lo condujo a una posición de espera pasiva, sino al ejercicio activo de su reinado. Desde la diestra del Padre gobierna soberanamente la historia, sostiene a su iglesia y dirige el cumplimiento de los propósitos divinos. Como enseña el apóstol Pablo: "Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Corintios 15:25). La autoridad mencionada en Juan 17 no pertenece solamente al futuro. Cristo reina ahora, y toda la historia avanza inexorablemente hacia la manifestación plena de su victoria.

Y entonces define la vida eterna con una profundidad extraordinaria:

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

La vida eterna consiste en conocer a Dios. No se trata de un conocimiento meramente intelectual. Muchas personas pueden aprender doctrinas, memorizar versículos o estudiar teología sin experimentar verdadera comunión con el Señor. **El conocimiento del que habla Cristo implica relación con Dios en genuina comunión, deleite y adoración.** Porque el propósito final de la redención no es simplemente rescatar al hombre del juicio, sino restaurarlo para que disfrute de Dios para siempre.

Después Jesús afirma:

"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra"(Juan 17:4-6).

La cruz aún no ha ocurrido históricamente, pero el Señor habla con absoluta certeza. La obediencia del Hijo es tan perfecta que la obra puede contemplarse como consumada. **A diferencia de Adán, que fracasó en la misión que recibió, Cristo ha permanecido fiel en todo. A diferencia de Israel, que repetidamente se apartó del camino de Dios, Cristo ha cumplido perfectamente la voluntad del Padre.** Donde todos los demás fallaron, el Hijo obedeció. Y ahora dirige su mirada hacia la gloria que compartía con el Padre antes de la creación:

Glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

Estas palabras nos conducen nuevamente a la eternidad que contemplamos al comienzo del evangelio.

Jesús no comenzó a existir en Belén. No es simplemente un gran maestro religioso. No es únicamente un profeta extraordinario. Es el Hijo eterno que compartía la gloria divina antes de la existencia del universo. Y precisamente porque descendió desde esa gloria para salvar a pecadores, la cruz revela una humildad que supera toda comprensión humana. El apóstol Pablo para exortar a la iglesia en Filipos a imitar la humildad de su Salvador:

:Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre("Filipenses 2:3-11).

El Rey eterno se hizo siervo. El Señor de la gloria se dispuso a morir. El Autor de la vida aceptó el sufrimiento. No porque estuviera obligado a hacerlo, sino porque amó perfectamente al Padre y quiso rescatar a su pueblo.

Y mientras la oscuridad del Calvario se aproxima, la oración continúa mostrando una verdad llena de consuelo:

Aquellos que pertenecen a Cristo no son una realidad secundaria dentro de los planes de Dios. Son el objeto de la intercesión amorosa del Gran Sumo Sacerdote. Antes de derramar su sangre por ellos, ya está orando por ellos. Antes de que enfrenten persecución, ya está intercediendo por ellos. Aquí encontramos uno de los fundamentos más firmes de la seguridad cristiana. La preservación del creyente no descansa finalmente en la fortaleza de su fe, en la constancia de sus emociones ni en la perfección de su obediencia. Descansa en la fidelidad del Salvador que intercede por los suyos. Dentro de pocas horas estos mismos discípulos tropezarán. Uno negará al Maestro. Todos huirán llenos de temor. Su fe será sacudida profundamente. Sin embargo, ninguno será finalmente perdido, porque la seguridad de los redimidos se encuentra anclada en la obra y en la intercesión eficaz de Cristo. La salvación comenzó por la gracia de Dios, continúa por la gracia de Dios y será consumada por la gracia de Dios. El mismo Señor que llamó a los suyos es también quien los guarda. Por eso la esperanza del creyente no descansa en su capacidad de aferrarse a Cristo, sino en la perfecta capacidad de Cristo para sostener a aquellos que el Padre le ha dado. Antes de que tropiecen en sus debilidades, ya los ha presentado delante del Padre. **Y esa misma intercesión continúa aún hoy. Porque el Salvador que oró por sus discípulos en aquella noche sigue siendo el mismo**

Mediador fiel que nunca abandona a los que le pertenecen. Sin embargo, la oración apenas comienza. Después de contemplar la gloria eterna del Hijo, la obra que el Padre le encomendó y la autoridad que le ha sido dada sobre toda carne, Jesús dirigirá ahora su intercesión de manera particular hacia aquellos que el Padre le ha entregado. La atención se desplazará progresivamente desde la gloria del Mediador hacia la preservación de los redimidos. Allí veremos con mayor claridad la profundidad del amor sacerdotal de Cristo, quien no solamente muere por los suyos, sino que también ruega por ellos, los guarda y los conduce con seguridad hasta la gloria eterna.

CAPÍTULO 21

Los discípulos en las manos del Padre: guardados en medio del mundo

Contexto histórico

La segunda parte de la oración de Juan 17 se centra específicamente en los discípulos que acompañaron a Jesús durante su ministerio terrenal. Dentro de pocas horas ellos enfrentarían acontecimientos que pondrían a prueba su fe de manera profunda. Verían a su Maestro arrestado, juzgado, golpeado y crucificado. Sus expectativas serían sacudidas y muchos experimentarían temor y confusión. **En el mundo antiguo, la desaparición o muerte de un líder frecuentemente significaba la dispersión de sus seguidores. Los movimientos religiosos dependían enormemente de la presencia física de quien los dirigía. Sin embargo, Jesús prepara a sus discípulos para una realidad completamente distinta. Aunque partirá físicamente, ellos no quedarán abandonados. El mismo Dios que los llamó continuará guardándolos.** Además, el contexto político y religioso del primer siglo hacía que seguir a Cristo implicara riesgos reales. La oposición de las autoridades judías aumentaba constantemente, y el poder romano no toleraba fácilmente movimientos que pudieran alterar el orden establecido. Los discípulos serían enviados a un mundo hostil, pero no irían solos.

Después de orar por la gloria del Padre y por la consumación de la obra que estaba a punto de realizar, Jesús dirige ahora su atención hacia aquellos hombres que el Padre le había confiado. La cruz se acerca rápidamente. El Buen Pastor está a punto de entregar su vida por las ovejas. Y precisamente en ese momento vemos nuevamente la ternura de su corazón.

"He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra"(Juan 17:6).

Estas palabras revelan una realidad profunda acerca de la salvación. Los discípulos pertenecían al Padre antes de pertenecer visiblemente a Cristo. **Su fe no era el resultado de una casualidad histórica ni de una decisión independiente de los propósitos eternos de Dios. Detrás de su llamado, de su conversión y de su perseverancia se encontraba la iniciativa divina.**

Pero Jesús destaca algo más:

He manifestado tu nombre.

En la Escritura, el nombre de Dios representa su carácter, sus atributos y su gloria. Cristo no vino simplemente a comunicar información religiosa. Vino a revelar al Padre. Todo lo que los discípulos habían visto en Jesús les mostraba quién es Dios realmente.

-Cuando contemplaban su compasión, contemplaban la compasión del Padre.

-Cuando observaban su paciencia, contemplaban la paciencia del Padre.

-Cuando admiraban su verdad, contemplaban la verdad del Padre.

Por eso el evangelio ha insistido repetidamente en que nadie ha visto jamás a Dios, pero el Hijo lo ha dado a conocer.

Entonces Jesús añade:

"Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti"(Juan 17.7)

La fe de los discípulos todavía era imperfecta. Aún existían dudas, temores e incomprensiones. Sin embargo, algo fundamental había ocurrido: habían llegado a reconocer que Jesús venía verdaderamente del Padre.

La fe salvadora no exige conocimiento exhaustivo. Los discípulos aún ignoraban muchas cosas que más adelante comprenderían mejor. Pero ya habían llegado a descansar en una convicción esencial: Jesús era el Enviado de Dios. Y esto sigue siendo cierto para todo creyente. El crecimiento espiritual continúa durante toda la vida. Nadie comprende plenamente la grandeza de Cristo en el momento de su conversión. Sin embargo, la fe verdadera reconoce que solamente en Él se encuentra la verdad, la vida y la salvación.

Entonces aparece una de las declaraciones más conmovedoras de toda la oración:

"Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son" (Juan 17:9).

Aquí contemplamos la intercesión particular del Salvador. **Mientras el mundo se prepara para rechazarlo, Cristo está orando específicamente por los suyos.**

Mientras avanza hacia la cruz, Cristo está pensando en sus discípulos. Mientras el sufrimiento se aproxima, su corazón permanece orientado hacia aquellos que ama. Resulta imposible no percibir aquí la profundidad de su cuidado pastoral. **Los discípulos están lejos de ser perfectos. Dentro de pocas horas Pedro lo negará. Todos, excepto Juan, huirán aterrorizados. Sin embargo, Jesús no ora por ellos después de que demuestren fidelidad. Ora por ellos antes de sus fracasos**. Y esto revela una verdad llena de esperanza. El amor de Cristo hacia los suyos no depende de la perfección de ellos. Descansa en la fidelidad inmutable de Él.

Entonces continúa:

"Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros".

Por primera vez aparece la petición central de esta sección:

Guárdalos.

Pero la petición de Cristo incluye un propósito adicional:

"Para que sean uno, así como nosotros."

La unidad por la que Jesús ora no es simplemente una unidad organizacional, institucional o externa. Tiene su fundamento en la comunión perfecta que existe eternamente entre el Padre y el Hijo. Así como las Personas divinas viven en perfecta armonía, amor y propósito, también los creyentes son llamados a reflejar esa comunión espiritual entre ellos. Cristo sabe que sus discípulos enfrentarán oposición, persecución y dificultades; por eso ora para que permanezcan unidos en la verdad, en el amor y en la misión que les ha sido confiada. Esta unidad no elimina las diferencias legítimas entre los creyentes, pero sí produce una comunión profunda que da testimonio al mundo de la obra transformadora de Dios. Jesús no pide que sean retirados inmediatamente del mundo. No pide que sean librados de toda dificultad. No pide una vida libre de oposición. Pide que sean guardados. **La seguridad del creyente no consiste en la ausencia de peligros, sino en la presencia constante de Dios en medio de ellos para guardarlos hasta el final(Mateo 28:20; Filipenses 1:6; Judas 1.24-25). Esta preservación divina no ocurre de manera abstracta. El Señor ya había prometido a sus discípulos la venida del Consolador, el Espíritu Santo, quien permanecería con ellos para siempre. El Espíritu sería quien aplicaría continuamente las bendiciones obtenidas por Cristo, fortaleciéndolos en medio de las pruebas, guiándolos a toda verdad y sosteniendo su fe hasta el final. Así, la respuesta del Padre a esta oración de Cristo se manifestaría mediante la presencia permanente del Espíritu en su pueblo.**

El mundo al que serían enviados estaría lleno de desafíos. Habría persecuciones, falsos maestros, tentaciones y sufrimientos. Pero ninguna de esas cosas podría separarlos del cuidado y amor de Dios.

Como el apóstol Pablo declararía posteriormente:

"Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro"(Romanos 8:38-39).

Y el fundamento de esa seguridad no es la fortaleza de los discípulos**. Es la oración de Cristo. Además, la preservación por la que Cristo ora tiene una meta final. Dios no guarda a sus hijos simplemente para que sobrevivan espiritualmente en el presente. Los guarda para conducirlos hasta la gloria eterna que les ha sido preparada. La misma mano divina que los sostiene en medio del mundo los llevará finalmente a contemplar la gloria de Cristo. La preservación presente está inseparablemente unida a la glorificación futura. Ninguno de aquellos que el Padre entregó al Hijo quedará en el camino; todos llegarán finalmente a la herencia eterna prometida por Dios.**

El mismo Señor declara:

Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre.

Durante todo su ministerio terrenal había cuidado de ellos como un pastor cuida a su rebaño. Los corrigió cuando erraron. Los fortaleció cuando desfallecieron. Los instruyó cuando no comprendían. Los sostuvo cuando su fe era pequeña. Ahora está a punto de regresar al Padre, pero su cuidado no terminará. **Cambiará la forma de su presencia, pero no la realidad de su**

amor. **Y precisamente por eso la iglesia puede enfrentar cualquier época de incertidumbre con confianza. Los imperios se levantan y caen. Las culturas cambian. Las ideologías aparecen y desaparecen. Pero los creyentes continúan siendo guardados por el mismo Dios que preservó a los apóstoles.**

Entonces Jesús revela otro propósito de su intercesión:

"Mas ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos"(Juan 17:13).

Resulta sorprendente encontrar la palabra "gozo" tan cerca de la cruz. Humanamente esperaríamos tristeza, temor o angustia. Pero Cristo habla de gozo. No se trata de una alegría superficial dependiente de circunstancias favorables. Es el gozo que nace de saber que la voluntad de Dios está siendo cumplida perfectamente. Es el gozo de quien descansa completamente en la sabiduría del Padre. Es el gozo que permanece incluso cuando las circunstancias externas parecen oscuras. Y ese mismo gozo sería compartido con los discípulos. No porque sus vidas serían fáciles. Sino porque pertenecerían para siempre al Dios que los había amado desde antes de la fundación del mundo. Así, mientras la sombra de la cruz continúa acercándose, la oración del Salvador sigue revelando una certeza inquebrantable: los suyos pueden ser débiles, pero están seguros en las manos del Padre. Y aquello que es guardado por Dios jamás puede perderse. Sin embargo, la protección por la que Jesús ora no significa aislamiento.

El Señor continúa diciendo:

"Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo" (Juan 17:14).

Estas palabras revelan una realidad que los discípulos todavía tendrían que aprender plenamente. Hasta aquel momento habían disfrutado de la presencia visible de Cristo. Aunque habían experimentado oposición, todavía no habían enfrentado toda la hostilidad que vendría después de Pentecostés.

Jesús les advierte que la oposición no surge principalmente por razones políticas, culturales o personales. El conflicto más profundo es espiritual. La Palabra de Dios crea una diferencia entre el pueblo de Dios y el sistema caído de este mundo. **Cuando la verdad divina ilumina el corazón humano, comienza a producir una nueva manera de pensar, nuevos afectos y nuevas prioridades. El creyente sigue viviendo entre los hombres, trabajando, sirviendo y relacionándose con ellos, pero ya no pertenece al mismo reino.**

Como el apóstol Pablo más adelante enseñaría:

"Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo"(Filipenses 3:20).

Por eso la iglesia siempre ha experimentado una tensión permanente. Está presente en el mundo, pero su ciudadanía pertenece a otra realidad. Participa de la historia humana, pero sus

esperanzas últimas descansan en promesas eternas. Y precisamente porque los discípulos no pertenecen al mundo, Jesús no pide algo que quizás esperaríamos escuchar.

"No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal." (Juan 17:15).

Aquí encontramos una de las lecciones más importantes del discipulado cristiano. **El propósito de Dios no consiste en sacar inmediatamente a sus hijos de toda dificultad. Mientras permanezcan en esta vida, continuarán enfrentando pruebas, tentaciones y luchas espirituales.**

Cristo continúa intercediendo:

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad." (Juan 17:17).

Jesús dirige nuestra atención hacia el instrumento que Dios utiliza para transformar progresivamente a su pueblo: la verdad divina. El mundo intenta moldear constantemente la mente humana mediante filosofías cambiantes, ideologías pasajeras y promesas engañosas. **Pero la Palabra de Dios permanece firme cuando todo lo demás cambia. Ella corrige lo que está torcido, ilumina lo que está oscuro, fortalece lo que está débil y dirige lo que está confundido. La transformación espiritual ocurre cuando el creyente es expuesto a la verdad de Dios.**

Como el apóstol Pablo declara más adelante:

"Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego"(Romanos 1:16)

Asimismo:

"En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa"(Efesios 1:13)

Entonces Jesús añade:

"Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo." (Juan 17:18).

Así como el Padre envió al Hijo al mundo, ahora los discípulos serían enviados como portadores de su mensaje:

"Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén"(Mateo 28:18-20 N.V.I)

La misma autoridad que respaldó el ministerio de Cristo respaldaría ahora la proclamación de su evangelio. Esto significa que la presencia de la iglesia en el mundo no es accidental. Cada creyente ha sido colocado providencialmente en determinados lugares, familias, trabajos y

circunstancias para reflejar la luz de Cristo. La misión de la iglesia nunca fue esconderse del mundo, sino anunciar fielmente el evangelio dentro de él. **Y aunque el mundo frecuentemente rechazaría su mensaje, la eficacia final de la misión no dependería de la capacidad de los mensajeros, sino del poder de Dios obrando mediante ellos.**

Por eso Jesús continúa:

"Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad." (Juan 17:19).

El Señor no está hablando aquí de una purificación personal, pues nunca conoció pecado. Más bien está refiriéndose a su consagración voluntaria para la obra redentora que culminará en la cruz. Cristo se entrega completamente a la misión que el Padre le ha confiado. Su obediencia perfecta se convierte en el fundamento de la santificación de su pueblo. **Toda transformación verdadera encuentra finalmente su origen en la obra consumada del Salvador.** La iglesia no avanza hacia la santidad intentando establecer su propia justicia. **Avanza porque ha sido unida a Aquel que se entregó por ella.**

Como el apóstol Pablo enseñaría más adelante:

"...así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella"(Efesios 5:25).

Y mientras la cruz se acerca cada vez más, la oración del Señor sigue revelando una realidad gloriosa: los discípulos serán odiados por el mundo, enviados a una misión difícil y expuestos a múltiples pruebas, pero nunca quedarán abandonados. El Padre los guardará, la verdad los santificará y el Hijo continuará intercediendo por ellos. Porque la seguridad de la iglesia no descansa en la fortaleza de sus miembros, sino en la fidelidad del Dios que ha decidido preservarla hasta el final.

CAPÍTULO 22

La unidad de los redimidos y la gloria futura de Cristo

Contexto histórico

A medida que la oración de Juan 17 avanza hacia su conclusión, el Señor amplía su mirada más allá de los once discípulos que se encuentran con Él aquella noche. **Sus palabras comienzan a abarcar a todos aquellos que creerán en el evangelio a través del testimonio apostólico.**

Esto resulta extraordinario si recordamos las circunstancias. Jesús está a pocas horas de la cruz. Humanamente hablando, su movimiento parece pequeño y frágil. Apenas un puñado de discípulos permanece junto a Él. Las autoridades religiosas lo rechazan. La nación no ha reconocido a su Mesías. Sin embargo, Cristo habla con absoluta certeza acerca de una multitud futura de creyentes que todavía no han nacido. En el mundo antiguo, los grandes líderes buscaban preservar su influencia mediante poder militar, riqueza o estructuras políticas. **Jesús, en cambio, contempla una comunidad espiritual** que será edificada mediante la proclamación de la verdad. **Su reino avanzará de generación en generación, atravesando fronteras, idiomas y culturas.** Lo que encontramos en esta sección es una de las declaraciones más profundas acerca de la naturaleza de la iglesia y del destino final de los redimidos.

Después de orar por la preservación y santificación de sus discípulos inmediatos, el Señor dirige ahora su atención hacia todos aquellos que creerán en Él en los siglos venideros.

"Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Juan 17:20).

Estas palabras poseen una belleza difícil de expresar. **En aquella noche, los discípulos apenas podían imaginar el alcance futuro del evangelio. No sabían que el mensaje de Cristo cruzaría continentes. No sabían que millones de personas escucharían el testimonio apostólico a través de las Escrituras. No sabían que la iglesia sería extendida hasta los confines de la tierra. Esta expansión futura del evangelio no tomó por sorpresa a Dios. Siglos antes, el Señor había revelado al profeta Daniel el desarrollo de la historia de los imperios humanos y el establecimiento de un reino eterno.**

El contexto de Daniel 2 es el sueño que Dios dio al rey Nabucodonosor, monarca de Babilonia. Ninguno de los sabios del reino pudo revelar ni interpretar el sueño, pero Dios mostró el misterio a Daniel. En la interpretación, la gran estatua representa una sucesión de imperios que dominarían la historia: Babilonia, identificada explícitamente en el mismo capítulo (Daniel 2:38); luego el imperio medo-persa; después el imperio griego; y finalmente **el imperio romano, bajo cuyo dominio Cristo nació, murió y resucitó. Es precisamente en los días de este cuarto reino cuando Daniel anuncia:**

"Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido" (Daniel 2:44).

La profecía señala el establecimiento del reino mesiánico durante el período del Imperio Romano. Cristo inauguró ese reino mediante su obra redentora, su resurrección y su exaltación a la diestra del Padre. Desde entonces, ese reino continúa avanzando en la historia mediante la proclamación del evangelio.

Por eso, cuando Jesús ora: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Juan 17:20), vemos el cumplimiento progresivo de aquella promecía. **El reino que Dios levantó en los días del Imperio Romano no quedó limitado a Palestina ni a la generación apostólica. Por medio de la predicación de los apóstoles, el evangelio comenzó a extenderse de nación en nación, llamando a hombres y mujeres de toda lengua y pueblo a la obediencia de la fe.** Los once discípulos reunidos aquella noche eran apenas el comienzo. **Del mismo modo que la piedra vista por Daniel creció hasta llenar toda la tierra (Daniel 2:35), el reino de Cristo continúa extendiéndose mediante la predicación apostólica preservada en las Escrituras. Cada nuevo creyente constituye una evidencia de que el Rey sigue reuniendo a su pueblo y de que su reino permanece inconmovible mientras todos sus enemigos son puestos debajo de sus pies.**

Cristo sabía que la cruz no sería el fin de su obra. Sería el comienzo de una cosecha inmensamente mayor de lo que los discípulos podían contemplar. Y aquí aparece una realidad profundamente conmovedora: **cuando Jesús pronunció esta oración, tenía en mente a creyentes que vivirían siglos después.** Su intercesión se extiende más allá de aquella habitación. Alcanza a toda la iglesia. Alcanza a cada generación de creyentes. Alcanza a todos aquellos que llegarían a la fe mediante la palabra apostólica preservada en las Escrituras.

Entonces presenta una petición central:

"Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros" (Juan 17:21).

A lo largo de la historia, muchos han interpretado estas palabras únicamente en términos organizacionales o institucionales. **Pero la unidad por la que Cristo ora es mucho más profunda.** No se trata simplemente de pertenecer a una misma estructura visible. No se trata de uniformidad absoluta. No se trata de eliminar toda diferencia legítima entre los creyentes. **La unidad nace de una realidad espiritual común: todos han sido unidos a su Señor y Salvador por un mismo Espíritu.**

Sin embargo, Jesús va aún más lejos al mostrarnos el modelo de esa unidad: "como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti". La unidad de la iglesia encuentra su patrón supremo en la perfecta comunión que existe eternamente entre el Padre y el Hijo. Evidentemente, los creyentes no participan de la unidad esencial que pertenece exclusivamente a las personas divinas, **pero sí son introducidos en una verdadera comunión con Dios por medio de Cristo. Unidos al Hijo por la fe, participan de una misma vida espiritual y de una misma relación filial con el Padre.**

Como el apóstol Pablo enseñaría más adelante:

"Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1 Corintios 12:12-13).

Esta unidad tampoco se limita a una congregación local ni a una generación específica de creyentes. **Cristo está orando por todos aquellos que llegarán a creer mediante el testimonio apostólico. Contempla una iglesia extendida por naciones, culturas, idiomas y siglos de historia. Aunque existen diferencias legítimas entre los creyentes, todos forman un solo pueblo porque comparten un mismo Salvador, una misma fe, un mismo evangelio y un mismo Espíritu.** Ademas, esta unidad posee un propósito misionero. Jesús añade: **"para que el mundo crea que tú me enviaste"**. **La unidad del pueblo de Dios constituye un poderoso testimonio ante un mundo dividido por el pecado. Cuando los creyentes viven en amor, comunión y fidelidad a la verdad, manifiestan la realidad de la obra de Cristo y dan evidencia de que el Padre verdaderamente envió al Hijo para salvar a su pueblo.** Por tanto, la unidad por la que Cristo ora no es una unidad construida artificialmente por **los hombres, sino una unidad producida por Dios mismo. Es el fruto de la obra redentora de Cristo y de la presencia del Espíritu Santo en todos los que han sido llamados eficazmente a la fe.** Esta unidad ya es una realidad espiritual presente en la iglesia y será manifestada perfectamente cuando todos los redimidos sean reunidos para siempre en la presencia de su Señor. Así como las ramas reciben vida de una misma vid, los creyentes participan de una misma vida espiritual que procede de Cristo. La iglesia está compuesta por personas diferentes en cultura, personalidad, historia y circunstancias. Sin embargo, existe una realidad más profunda que todas esas diferencias: todos pertenecen al mismo Señor. **Esta unidad no es creada por los hombres. Es producida por Dios.** Por eso las divisiones, rivalidades, orgullos y conflictos contradicen la naturaleza misma de la obra que Cristo realiza en su pueblo. Mientras el mundo se fragmenta continuamente por intereses opuestos, el evangelio reúne en una sola familia a hombres y mujeres que jamás habrían sido unidos por medios humanos. Y Jesús revela el propósito de esta unidad:

"Para que el mundo crea que tú me enviaste."

La unidad de los creyentes posee una dimensión testimonial. No porque la iglesia sea perfecta. No porque desaparezcan todas las debilidades humanas. Sino porque la gracia de Dios produce una comunión imposible de explicar únicamente por causas naturales. Cada vez que personas transformadas por el evangelio aman, sirven y perseveran juntas en la verdad, se convierte en una evidencia visible del poder de Cristo.

Entonces el Señor continúa:

"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno" (Juan 17:22).

La gloria mencionada aquí no se refiere principalmente a la gloria final de la resurrección, aunque ésta forma parte de la herencia futura que los creyentes recibirán en la consumación de

todas las cosas. Jesús está hablando de una gloria que ya ha sido comunicada a su pueblo. El verbo está en tiempo pasado: "yo les he dado". Se trata, por tanto, de una realidad presente que los discípulos ya habían comenzado a experimentar por medio de su unión con Cristo. A lo largo del Evangelio de Juan, la gloria está estrechamente relacionada con la revelación de Dios en el Hijo. Desde el comienzo del evangelio leemos:

"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14).

Cristo es la manifestación perfecta del Padre. En Él resplandece la gloria divina de una manera que ninguna revelación anterior había mostrado con tanta plenitud. Por eso Jesús pudo afirmar:

"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9).

Esta revelación del Padre constituye uno de los temas centrales de toda la oración sacerdotal. Jesús ya había declarado:

"He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste" (Juan 17:6).

Y más adelante añade:

"Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron" (Juan 17:8).

La gloria que Cristo comunica a los suyos comienza precisamente allí: en la revelación de Dios. El Hijo ha dado a conocer al Padre y ha comunicado a sus discípulos las palabras de vida eterna. Lo que antes permanecía oculto ha sido manifestado plenamente en Él. Por medio de Cristo, los discípulos han recibido el privilegio de conocer verdaderamente a Dios. No se trata simplemente de adquirir información acerca de Él, sino de entrar en una relación viva y salvadora con el Dios verdadero. Como Jesús declaró al inicio de esta misma oración:

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

Asimismo, los creyentes han sido reconciliados con Dios y adoptados como sus hijos. Han recibido acceso libre a la presencia del Padre y participan de todas las bendiciones prometidas en el nuevo pacto. El perdón de los pecados, la reconciliación con Dios, la presencia del Espíritu Santo y la esperanza de la vida eterna son manifestaciones de la gracia gloriosa que Dios ha derramado sobre su pueblo en Cristo. Sin embargo, esta gloria no consiste solamente en privilegios recibidos; también incluye una obra transformadora que Dios realiza en aquellos que pertenecen a Cristo. Al contemplar por la fe la gloria del Señor revelada en el evangelio, los creyentes son progresivamente conformados a su imagen.

Como escribe el apóstol Pablo:

"Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18).

La gloria que Cristo comunica a los suyos no sólo los reconcilia con Dios, sino que también los transforma. Aquellos que han sido unidos al Hijo son renovados continuamente por el Espíritu Santo para reflejar cada vez más el carácter de su Salvador. Además, esta gloria compartida constituye el fundamento de la unidad por la cual Jesús está orando. El Señor añade: "para que sean uno, así como nosotros somos uno". La unidad de la iglesia no descansa en tradiciones humanas, afinidades culturales ni estructuras organizacionales. Descansa en la participación común de todos los creyentes en las mismas bendiciones de la salvación y en la misma vida espiritual que reciben de Cristo.

Todos han sido redimidos por la misma sangre. Todos han sido reconciliados con el mismo Padre. Todos han sido regenerados por el mismo Espíritu. Todos comparten una misma esperanza, una misma fe y un mismo Señor.

Como enseñó Pablo:

"Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos" (Efesios 4:4-6).

La gloria que Cristo da a su pueblo no produce independencia, sino comunión. Cuanto más participan los creyentes de la vida de Cristo, más son unidos entre sí. La misma gracia que los reconcilia con Dios los une también como miembros de una sola familia espiritual. Sin embargo, la oración está a punto de ascender a una de sus alturas más sublimes. Después de hablar de la gloria presente que sus discípulos ya poseen, Jesús dirigirá ahora su mirada hacia el destino eterno de los redimidos, contemplando el día en que ellos estarán para siempre con Él y contemplarán la gloria que el Padre le dio desde antes de la fundación del mundo.

Jesús declara:

"Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria" (Juan 17:24).

Al llegar a estas palabras, la oración sacerdotal alcanza una de sus cumbres más sublimes. Después de haber orado por la preservación, la santificación y la unidad de los suyos, Cristo dirige ahora su mirada hacia el destino final de todos los redimidos. El Señor contempla el día en que la obra de la redención habrá alcanzado su plena consumación y todos aquellos que el Padre le dio estarán para siempre en su presencia. Resulta significativo observar que Jesús vuelve a mencionar a **aquellos "que me has dado". Esta expresión ha aparecido repetidamente a lo largo de la oración (Juan 17:2, 6, 9). Los creyentes no son presentados como personas que llegaron a Cristo por iniciativa propia, sino como un pueblo que el Padre entregó al Hijo desde la eternidad para ser objeto de su amor redentor y de su obra salvadora.**

La petición misma es extraordinaria:

"Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo."

No se trata simplemente de un deseo humano ni de una aspiración piadosa. El verbo expresa la voluntad del Hijo. Aquel que está a punto de ofrecerse en sacrificio por su pueblo pide al Padre

que los redimidos participen finalmente de su presencia eterna. Lo que aquí encontramos no es únicamente una oración, sino la expresión del propósito eterno de Dios respecto a aquellos que pertenecen a Cristo. Esta petición encuentra su fundamento en toda la obra redentora que Jesús está a punto de consumar. Él vino al mundo para salvar a su pueblo, y no descansará hasta llevarlo a la plenitud de la gloria. Ninguno de aquellos que el Padre le dio será finalmente perdido. Como había declarado anteriormente:

"Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Juan 6:39).

La salvación no culmina simplemente con el perdón de los pecados ni con la justificación. El propósito final de Dios es llevar a sus hijos a la comunión perfecta y eterna con Cristo. Desde el principio de la Escritura, la mayor bendición prometida al pueblo de Dios ha sido siempre la presencia misma de Dios. El pecado produjo separación. La redención restaura la comunión. **Por eso la esperanza cristiana no consiste principalmente en escapar del juicio, ni siquiera en entrar en un lugar glorioso. La esperanza suprema del creyente es estar con Cristo.**

El apóstol Pablo expresó esta misma verdad cuando escribió:

"Deseando partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Filipenses 1:23).

Y nuevamente:

"Así estaremos siempre con el Señor" (1 Tesalonicenses 4:17).

El cielo es glorioso porque Cristo está allí. La felicidad eterna de los redimidos no descansa principalmente en las bendiciones que recibirán, sino en la presencia de Aquel que los amó y se entregó por ellos.

Pero Jesús añade además:

"Para que vean mi gloria."

Hasta ahora los discípulos habían contemplado la gloria de Cristo de manera parcial. Habían visto su poder en los milagros. Habían escuchado su sabiduría incomparable. Habían contemplado destellos de su majestad divina. Sin embargo, la plenitud de esa gloria permanecía todavía velada bajo la humillación de la encarnación. Llegará el día en que todos los redimidos contemplarán al Hijo sin velo alguno. Verán al Cristo exaltado, coronado de honor y gloria, reinando sobre todas las cosas a la diestra del Padre. El Rey que ahora gobierna sobre todas las naciones será contemplado entonces por su pueblo en la plenitud de su majestad, cuando su reino redentor haya alcanzado su consumación final. Aquello que ahora conocen por la fe será contemplado entonces con perfecta claridad.

Esta esperanza aparece repetidamente en el Nuevo Testamento:

"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como

él es" (1 Juan 3:2).

La visión de la gloria de Cristo constituye la meta suprema de la redención. Los creyentes no sólo serán llevados a la presencia del Señor; también serán transformados plenamente por aquello que contemplan. Incluso ahora, mientras contemplamos por la fe la gloria de Cristo revelada en el evangelio, somos transformados progresivamente a su imagen. **Como escribió Pablo:**

"Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen" (2 Corintios 3:18).

Lo que hoy experimentamos de manera parcial alcanzará entonces su perfección. Al contemplar al Señor glorificado, los redimidos serán conformados completamente a su imagen. Toda huella del pecado desaparecerá para siempre. La obra de santificación llegará a su consumación definitiva. Verán su gloria y serán perfectamente semejantes a Él.

Jesús concluye esta declaración diciendo:

"La gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo."

Estas palabras nos conducen a las profundidades de la eternidad. Antes de la creación del universo, antes de la existencia de los ángeles, antes del comienzo del tiempo mismo, el Padre amaba al Hijo con un amor perfecto, infinito y eterno. La gloria que los redimidos contemplarán no es una gloria recientemente adquirida, sino la gloria del Verbo eterno que estaba con Dios y era Dios desde toda la eternidad. La salvación introduce a los creyentes en la contemplación de esa gloria eterna y en el disfrute de ese amor perfecto que ha existido desde antes de la fundación del mundo. El mismo Hijo amado por el Padre desde la eternidad es el Salvador que entregó su vida por su pueblo para llevarlo a participar de esa comunión eterna. Aquí encontramos el anhelo más profundo del corazón de Cristo para los suyos. Él no está satisfecho simplemente con salvarlos del juicio. No está satisfecho simplemente con perdonarlos o santificarlos. Su deseo es tenerlos consigo para siempre. El Salvador que murió por su pueblo desea compartir con ellos su gloria eterna y disfrutar de una comunión perfecta que jamás volverá a ser interrumpida. Esta es la meta final de la redención: estar con Cristo, contemplar su gloria, ser transformados plenamente a su imagen y participar para siempre del gozo de la comunión eterna entre el Padre y el Hijo. Hacia ese día avanza toda la historia de la salvación, y hacia esa esperanza dirige Cristo la mirada de su iglesia.

Finalmente, Jesús concluye:

"Les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos" (Juan 17:26).

La oración termina donde todo comenzó:

En la revelación del Padre por medio del Hijo. Cristo vino para dar a conocer a Dios. Cristo continúa dando a conocer a Dios. Cristo seguirá revelando las riquezas de la gloria divina por toda la eternidad. Y el resultado final será que los redimidos participarán para siempre del

amor que existe entre el Padre y el Hijo.

Así concluye esta extraordinaria oración sacerdotal. Antes de caminar hacia Getsemaní, antes de ser entregado en manos de pecadores, antes de cargar sobre sí el juicio que merecían los suyos, Jesús deja al descubierto el deseo más profundo de su corazón: que su pueblo sea guardado, santificado, unido y finalmente llevado a contemplar su gloria eterna. Porque la historia de la redención no termina en la cruz, sino en una multitud redimida viviendo para siempre en la presencia del Cordero.

CAPÍTULO 23

Getsemaní: la obediencia del Rey y la entrega voluntaria del Cordero

Contexto histórico

Después de concluir la oración sacerdotal, Jesús y sus discípulos salieron de Jerusalén y cruzaron el valle de Cedrón hacia un huerto llamado Getsemaní. El nombre significa "prensa de aceite", un lugar donde las aceitunas eran trituradas para extraer su aceite. Resulta profundamente significativo que precisamente allí comenzara el sufrimiento más intenso del Salvador antes de la cruz. El valle de Cedrón tenía además una importante carga histórica para Israel. Siglos antes, el rey David había cruzado este mismo valle mientras huía del levantamiento de Absalón (2 Samuel 15:23). Ahora otro Rey, infinitamente superior a David, cruza aquellas mismas tierras no para escapar de sus enemigos, sino para entregarse voluntariamente en manos de ellos. Durante las grandes fiestas, Jerusalén se llenaba de peregrinos provenientes de muchas regiones. Las autoridades religiosas buscaban arrestar a Jesús desde hacía tiempo, pero temían hacerlo públicamente por causa de las multitudes. La traición de Judas les proporcionó la oportunidad que buscaban. Sin embargo, detrás de los acontecimientos visibles se desarrollaba una realidad mucho más profunda. Lo que parecía ser la victoria de los enemigos de Cristo era en realidad el cumplimiento del plan eterno de Dios para la redención de los pecadores, tal como había sido anunciado por el profeta Isaías:

"Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento…" (Isaías 53:10).

Después de elevar al Padre aquella majestuosa oración por los suyos, Jesús abandona el aposento alto y avanza hacia la hora decisiva de su misión terrenal.

"Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto" (Juan 18:1).

La sencillez de la narración contrasta con la magnitud de lo que está por ocurrir. **El evangelista no describe aquí la agonía que los otros evangelios relatan con mayor detalle. Juan dirige nuestra atención hacia otro aspecto de la gloria de Cristo: su absoluta soberanía frente a los acontecimientos. Nada ocurre fuera de su control. Nada lo toma por sorpresa. Nada altera el propósito eterno que vino a cumplir. Judas y la solemnidad de la traición**

Entonces aparece Judas:

"Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar" (Juan 18:2).

Durante años había caminado junto al Maestro. Había escuchado sus enseñanzas. Había contemplado sus milagros. Había presenciado manifestaciones extraordinarias del poder de Dios. Y sin embargo, permanecía sin experimentar la transformación que solamente la gracia puede producir. La cercanía externa con las cosas sagradas jamás puede sustituir la realidad

de una fe verdadera. Es posible estar rodeado de privilegios espirituales y aun así conservar un corazón distante de Dios. Judas constituye una advertencia solemne para toda generación. El conocimiento religioso por sí solo no salva. El contacto con la verdad no sustituye la regeneración del corazón.

Entonces la oscuridad de aquella noche comienza a llenarse de movimiento:

"Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas y armas" (Juan 18:3).

La escena posee una profunda ironía. Los hombres llegan con antorchas para buscar a Aquel que es la luz del mundo. Llegan armados para capturar a Aquel que sostiene todas las cosas con su palabra. Llegan convencidos de controlar la situación, sin comprender que están entrando en el cumplimiento del decreto eterno de Dios. **La soberanía del "Yo soy"**

Y entonces ocurre algo extraordinario:

"Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó" (Juan 18:4).

No retrocede. No se esconde. No intenta escapar. Se adelanta. **El Salvador no es una víctima arrastrada por circunstancias adversas. Avanza voluntariamente hacia aquello que vino a realizar. Cada paso lo acerca al sufrimiento. Cada momento lo aproxima a la cruz. Y aun así continúa avanzando, porque su obediencia al Padre y su amor por los suyos son más fuertes que el temor al dolor que le espera.**

Entonces pregunta:

"¿A quién buscáis?"

Ellos responden:

"A Jesús nazareno."

Y el Señor responde:

"Yo soy."

En el fondo de estas palabras resuena el nombre revelado por Dios a Moisés en la zarza ardiente: "YO SOY EL QUE SOY" (Éxodo 3:14). Aquel nombre que designa la eternidad, la autoexistencia y la gloria divina, ahora es pronunciado por el Hijo encarnado.

Y el efecto es inmediato:

"Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra" (Juan 18:6).

Por un instante, la gloria del Hijo atraviesa el velo de su humillación. No es la fuerza de un ejército la que los derriba. No es una resistencia física. **Es la autoridad misma de su presencia.** Aquel que está delante de ellos es el mismo que habló y el universo llegó a existir. El mismo que sostiene todas las cosas. El mismo que gobierna sobre todo poder visible e invisible. Y sin

embargo, después de manifestar su autoridad, permite que lo arresten. No porque carezca de poder para evitarlo, sino porque ha venido precisamente para entregarse. **El Pastor que entrega su vida**

Entonces vuelve a preguntar:

"¿A quién buscáis?"

Y nuevamente responden:

"A Jesús nazareno."

Jesús declara:

"Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos" (Juan 18:8).

Aquí resplandece el corazón del Buen Pastor. En medio del arresto, piensa en sus discípulos. En medio de la traición, los protege. En medio del peligro, se interpone entre ellos y quienes vienen a capturarlo. **El Pastor se entrega para que las ovejas queden libres. Y aunque estas palabras poseen un cumplimiento inmediato aquella noche, también señalan una realidad mucho más profunda: la obra redentora del Mesías anunciado.**

Como había profetizado Isaías, el Siervo del Señor cargaría con el pecado de muchos y entregaría su vida en lugar de los transgresores (Isaías 53:11–12). En Cristo, el inocente ocupa el lugar de los culpables, y el justo se ofrece por los injustos.

Entonces Pedro, impulsivo como tantas veces, intenta intervenir:

"Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó" (Juan 18:10).

Su intención probablemente era noble. Desea defender a su Maestro, aunque su comprensión del Reino de Dios aún es limitada. Su amor es real, pero su entendimiento todavía es incompleto.

La redención no será conquistada mediante armas humanas. La victoria de Cristo no llegará por medio de la fuerza militar. El propósito del Padre avanza por un camino completamente diferente.

Por eso Jesús responde:

"Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?" (Juan 18:11).

Aquí encontramos una de las declaraciones más profundas de toda la escena. La cruz no es un accidente ni un desenlace inesperado de la maldad humana. Es una copa determinada por el Padre. La imagen de la copa en la Escritura también llega a representar la ira de Dios:

"Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra

las siete copas de la ira de Dios"(Apocalipsis 16:1)

La copa contiene la ira del juicio de Dios. Sin embargo, Jesús no la rechaza. La recibe de la mano de su Padre en perfecta obediencia. **Esta es la obediencia del Siervo anunciado:**

"Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isaías 53:6).

Durante toda su vida terrenal, Cristo había vivido en perfecta sumisión. Ahora esa obediencia alcanza su expresión suprema. **Porque sabe que al final de ese camino se encuentra la salvación de aquellos que el Padre le ha dado, al asumir el juicio que correspondía al pecado en lugar de su pueblo.** Y así, mientras las cadenas humanas comienzan a rodear al Salvador, una verdad permanece inalterable:

Los hombres creen estar arrestando a Jesús, pero en realidad es Cristo quien se entrega voluntariamente. Nadie le quita la vida. Él la pone. Nadie lo obliga a caminar hacia la cruz. Él avanza libremente hacia ella. Porque desde toda la eternidad había decidido convertirse en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

CAPÍTULO 24

El Rey rechazado: Jesús ante Anás y Caifás

Contexto histórico

Después de su arresto en Getsemaní, Jesús fue conducido ante las autoridades religiosas judías. El proceso que siguió estuvo marcado por irregularidades y decisiones que ya habían sido tomadas antes de que comenzara cualquier interrogatorio. **Anás había sido sumo sacerdote años atrás, pero continuaba ejerciendo una enorme influencia religiosa y política en Israel. Aunque oficialmente el cargo pertenecía a su yerno Caifás, muchos seguían considerando a Anás como la figura dominante detrás del liderazgo sacerdotal. Caifás, por su parte, ocupaba el puesto de sumo sacerdote durante aquel año y había participado activamente en los planes para eliminar a Jesús. El Sanedrín representaba la máxima autoridad religiosa de la nación. Su responsabilidad era preservar la pureza doctrinal y administrar justicia conforme a la Ley. Sin embargo, quienes debían examinar imparcialmente al acusado ya habían decidido el resultado antes del juicio.** Lo que se desarrolla en estas escenas revela algo profundamente trágico: aquellos hombres que estudiaban las Escrituras son incapaces de reconocer el cumplimiento de las mismas cuando está delante de ellos.

Después de entregarse voluntariamente en el huerto, Jesús es llevado atado ante quienes se consideran guardianes de la verdad.

"La compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos prendieron a Jesús, y le ataron" (Juan 18:12).

La imagen resulta impactante. Las manos que habían tocado a los enfermos ahora son atadas. Aquel que había dado libertad a tantos aparece ahora encadenado. El Creador de todas las cosas es conducido como un prisionero por criaturas que existen únicamente porque Él las sostiene. Sin embargo, la verdadera paradoja de la escena no consiste en las cadenas visibles. La verdadera esclavitud se encuentra en los corazones de quienes rechazan a Cristo. Porque el pecado siempre promete libertad mientras produce esclavitud. **Y los hombres que creen estar juzgando a Jesús ignoran que son ellos quienes se encuentran bajo el juicio de Dios.** Entonces lo conducen primero ante Anás:

"Y le llevaron primeramente a Anás" (Juan 18:13).

Juan no dedica mucho espacio al interrogatorio, pero sí nos muestra algo importante. Las autoridades buscan construir una acusación contra Jesús mediante procedimientos humanos, mientras ignoran deliberadamente la evidencia que ya han recibido durante años. **Han visto señales, escuchado enseñanzas y contemplado obras imposibles de negar. Pero la incredulidad posee una capacidad extraordinaria para resistir incluso la evidencia más clara. El problema de aquellos líderes no era falta de información. Era la dureza de sus corazones.**

Por eso Jesús responde:

"Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo" (Juan 18:20).

-Nada en su ministerio había sido oculto.

-No fundó sociedades secretas.

-No enseñó doctrinas reservadas para grupos privilegiados.

-No desarrolló conspiraciones ocultas.

-Su mensaje había sido proclamado abiertamente.

-Sus palabras habían resonado delante de multitudes.

-Su doctrina podía ser examinada públicamente.

La verdad no necesita esconderse. Las tinieblas son las que buscan actuar lejos de la luz.

Entonces uno de los alguaciles golpea a Jesús.

«"¿Así respondes al sumo sacerdote?" (Juan 18:22).»

La injusticia comienza a manifestarse abiertamente. No pueden refutar sus palabras, no pueden encontrar pecado en su conducta ni pueden demostrar falsedad en sus enseñanzas. Por eso recurren a la violencia. Y la respuesta del Señor revela nuevamente su perfección.

"Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?" (Juan 18:23).

-No responde con ira.

-No devuelve insulto por insulto.

-No busca venganza.

Simplemente expone la injusticia de lo que está ocurriendo.

Siglos antes, el profeta Isaías había anunciado que el Siervo del Señor sería despreciado, afligido y oprimido, y que soportaría el sufrimiento con perfecta obediencia (Isaías 53:3, 7). Lo que sucede delante de Anás no es un accidente de la historia, sino el cumplimiento del plan redentor anunciado por Dios mucho antes de que estas autoridades levantaran sus manos contra el Mesías. El Siervo no guarda silencio por falta de autoridad para defenderse, sino porque ha venido voluntariamente a cumplir la voluntad del Padre y a ofrecerse como el Cordero que quita el pecado del mundo.

Precisamente allí se hace visible una de las grandes ironías del relato de Juan. Mientras el tribunal religioso cree estar juzgando a Jesús, el verdadero Juez, a quien el Padre ha confiado todo juicio (Juan 5:22-27), permanece delante de ellos con serenidad y mansedumbre. Aquellos hombres piensan que tienen autoridad para condenar al Hijo de Dios, sin comprender que

llegará el día en que comparecerán **ante su tribunal para dar cuenta de todas sus obras 2 (Corintios 5:10).**

La aparente debilidad de Cristo no revela impotencia, sino la soberanía de Aquel que, mediante su humillación voluntaria, avanza firmemente hacia la cruz para consumar la redención de su pueblo. **Aquí contemplamos una mansedumbre que no nace de debilidad, sino de fortaleza. El hombre natural suele oscilar entre dos extremos: la agresividad o el temor.** Cristo manifiesta una firmeza serena que permanece sometida completamente a la voluntad del Padre.

Mientras tanto, fuera del lugar del juicio, otra escena comienza a desarrollarse. **Pedro sigue a distancia.** **Aquel mismo discípulo que pocas horas antes había prometido permanecer fiel hasta la muerte ahora enfrenta una prueba diferente.** No se encuentra delante de soldados romanos, tampoco está siendo amenazado con ejecución. Simplemente debe responder una pregunta.

"¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?" (Juan 18:25).

La pregunta parece pequeña. Pero las grandes caídas frecuentemente comienzan en momentos aparentemente insignificantes.

Pedro responde:

"No lo soy."

Las palabras son breves. Sin embargo, detrás de ellas se esconde una profunda tragedia. El hombre que había confesado a Jesús como el Cristo ahora niega conocerlo. El discípulo que había caminado sobre las aguas ahora sucumbe ante el temor. El apóstol que había empuñado la espada en Getsemaní ahora retrocede ante la presión de una conversación. Y así se revela nuevamente la fragilidad humana. La confianza depositada en las propias fuerzas siempre termina decepcionando. Pedro amaba sinceramente a Cristo. Su problema no era falta de afecto. Su problema era haber sobreestimado su propia capacidad para permanecer firme. **La autosuficiencia espiritual constituye uno de los peligros más sutiles para el creyente.** **Cuando el hombre comienza a confiar en sí mismo, ya ha comenzado a alejarse de la fuente de su verdadera fortaleza**. La escena continúa. Otra pregunta. Otra oportunidad.Y nuevamente Pedro niega al Señor. Finalmente llega la tercera negación. Entonces canta el gallo.Y de pronto todo cambia. Las palabras pronunciadas horas antes por Jesús vuelven a su memoria. Aquello que parecía imposible se ha cumplido exactamente. La caída es completa. Las fuerzas humanas han fracasado. La seguridad basada en la determinación personal ha sido destruida. Sin embargo, la historia de Pedro no terminará en esta noche. Antes de llegar al huerto, Jesús ya había anunciado no solo la caída de Pedro, sino también su restauración:
"Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22:31-32).

Pedro sería zarandeado, pero no destruido. No porque su fe fuera indestructible**, sino porque el Salvador había intercedido por él. Porque mientras Pedro falla, Cristo permanece fiel. Mientras el discípulo niega, el Salvador continúa avanzando hacia la cruz. Mientras el hombre**

demuestra su debilidad, el Hijo de Dios manifiesta su obediencia perfecta. Y aquí resplandece una de las verdades más consoladoras del evangelio. La esperanza final del creyente nunca descansa en la firmeza de su propia fe. Descansa en la fidelidad inmutable de Cristo.

Pedro caerá profundamente. Llorará amargamente. Será quebrantado por la conciencia de su pecado.Pero no será abandonado**. El mismo Señor que anunció su caída también intercedió por él y determinó restaurarlo. La perseverancia del creyente no depende finalmente de la fortaleza de sus manos aferrándose a Cristo, sino de las manos de Cristo sosteniendo al creyente.** Así concluye esta dolorosa escena. Dentro del palacio religioso encontramos al Justo siendo rechazado por quienes debían reconocerlo. Fuera del palacio encontramos a un discípulo descubriendo la profundidad de su propia debilidad. Pero sobre ambas realidades se levanta una certeza inquebrantable: el propósito redentor de Dios continúa avanzando. Ni la maldad de los enemigos ni las fallas de los discípulos podrán impedir que el Cordero llegue a la cruz, donde ofrecerá el sacrificio perfecto por los pecados de su pueblo. Allí el Rey rechazado por los hombres consumará la obra de salvación que el Padre le encomendó desde antes de la fundación del mundo.

CAPÍTULO 25

Pilato y el Reino que no es de este mundo

Contexto histórico

Después de comparecer ante las autoridades religiosas judías, **Jesús es llevado al gobernador romano**. **Los líderes de Israel habían decidido que debía morir, pero carecían de autoridad legal para ejecutar una sentencia capital. Por eso necesitan la aprobación de Roma.** En aquel tiempo, Judea se encontraba bajo dominio romano**. El representante del emperador en la región era Poncio Pilato, un hombre conocido por su dureza, pragmatismo político y poca sensibilidad hacia las costumbres judías. Su principal responsabilidad consistía en mantener el orden y garantizar la estabilidad del imperio. Los líderes religiosos comprenden que las acusaciones teológicas que presentan contra Jesús difícilmente interesarían a las autoridades romanas. Por ello transforman el caso en un asunto político. Intentan presentar a Cristo como una amenaza para el orden imperial.** Sin embargo, detrás de este proceso se desarrolla una confrontación mucho más profunda. No se trata simplemente de un juicio entre autoridades humanas y un acusado**. Es el encuentro entre el poder temporal de este mundo y el verdadero Rey enviado por Dios.**

Después de abandonar la casa de Caifás, Jesús es conducido al pretorio romano.

"Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana" (Juan 18:28).

La noche ha terminado. Las horas decisivas han llegado. Mientras el Salvador avanza hacia la cruz**, la hipocresía de sus acusadores se vuelve cada vez más evidente.**

Juan señala un detalle revelador:

"Y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua."

Resulta imposible no percibir la ironía. Se preocupan por mantener una pureza ceremonial externa mientras preparan la condenación del único hombre verdaderamente justo que ha caminado sobre la tierra. La religiosidad externa puede volverse extraordinariamente cuidadosa con ciertos detalles mientras permanece indiferente a los asuntos más importantes del corazón**. Es posible conservar formas religiosas y al mismo tiempo resistir la verdad de Dios. Por eso el problema más profundo del hombre nunca ha sido meramente externo. La necesidad fundamental se encuentra en el interior.**

Pilato sale para hablar con ellos y pregunta:

"¿Qué acusación traéis contra este hombre?" (Juan 18:29).

La respuesta revela que no están interesados en una investigación honesta. Ya han decidido el veredicto. Solo buscan la ratificación oficial. **Sin embargo, Pilato insiste en interrogar personalmente a Jesús.** Entonces ocurre una de las conversaciones más extraordinarias de

todo el evangelio.

"¿Eres tú el Rey de los judíos?" (Juan 18:33).

La pregunta refleja la preocupación política de Roma. Un supuesto rey podría representar una amenaza para el imperio. Pero Jesús dirige inmediatamente la conversación hacia una realidad más profunda.

Finalmente declara:

"Mi reino no es de este mundo" (Juan 18:36).

Estas palabras han sido malinterpretadas de muchas maneras a lo largo de la historia. Jesús no está diciendo que su reino sea irreal. No está afirmando que su autoridad sea únicamente interior o simbólica. Tampoco está negando su dominio sobre toda la creación. **Lo que afirma es que su reino no tiene origen en este mundo.**

No surge de sistemas humanos.

-No depende de ejércitos.

-No se sostiene mediante violencia.

-No avanza por medio de coerción política.

Su origen es celestial.

Su autoridad procede de Dios.

Muchos siglos antes, el profeta Daniel contempló en visión al Hijo del Hombre recibiendo del Anciano de Días dominio, gloria y un reino eterno para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran **(Daniel 7:13-14)**. Jesús es ese Rey prometido. Su reino no nace de la tierra, sino que procede del Dios del cielo. Por eso ningún imperio puede establecerlo ni destruirlo. Este es también el reino anunciado anteriormente por Daniel mediante la visión de la piedra cortada no con mano, que hirió la estatua de los imperios humanos, los redujo a nada y llegó a ser un gran monte que llenó toda la tierra **(Daniel 2:34-35, 44-45). El reino delante del cual comparece Pilato no nació en Roma ni depende de Roma. Es el reino establecido por el Dios del cielo, que jamás será destruido y que permanecerá cuando todos los imperios de este mundo hayan desaparecido.**

Los imperios de este mundo suelen expandirse mediante fuerza militar, influencia económica o dominio político. **Pero el reino de Cristo avanza mediante la predicación del Evangelio y la obra soberana de Dios en los corazones.**

Por eso Jesús añade:

"Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían."

Pedro había intentado precisamente eso en Getsemaní. Pero el Señor había rechazado aquel

camino. La redención no sería conquistada mediante espadas humanas. La victoria del evangelio seguiría una ruta que el mundo jamás habría imaginado.

Paradójicamente, el camino hacia la entronización del Rey pasa por la cruz. A los ojos del mundo, aquel juicio parecía el fracaso definitivo de Jesús. Sin embargo, en el Evangelio de Juan la cruz no representa una derrota, sino el comienzo de su glorificación. Poco antes de su pasión, el Señor había declarado: "Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado" (Juan 12:23). Durante la última cena afirmó: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él" (Juan 13:31-32). Y en su oración al Padre pidió: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo" (Juan 17:1). Precisamente allí donde el mundo solo veía debilidad, Dios estaba manifestando el triunfo de su Reino. La cruz no retrasó el establecimiento del Reino de Cristo; fue el medio mediante el cual el Rey conquistó definitivamente la victoria sobre el pecado, la muerte y Satanás, para reinar desde el trono celestial hasta que todos sus enemigos sean puestos debajo de sus pies.

Entonces Pilato pregunta nuevamente:

"¿Luego eres tú rey?" (Juan 18:37).

Y Jesús responde:

"Tú dices que yo soy rey."

El Señor no niega su realeza. Al contrario, la afirma. Pero redefine completamente lo que significa ser Rey. No es un monarca limitado por fronteras geográficas. No es simplemente el gobernante de una nación. **Es el Rey prometido desde antiguo. El heredero del trono eterno(Hebreos 1:2)**. El soberano delante de quien finalmente comparecerán todos los pueblos y todas las generaciones.**Es también el Rey anunciado en el Salmo 2, a quien Dios estableció sobre su santo monte a pesar de la rebelión de los reyes y gobernantes de la tierra. Aunque las autoridades judías y el poder romano conspiran contra Él, en realidad están cumpliendo las Escrituras. Ninguna oposición humana puede frustrar el decreto divino: "Yo he puesto mi Rey sobre Sion, mi santo monte" (Salmo 2:6). Aquel que ahora comparece aparentemente como acusado es, en realidad, el Rey soberano establecido por Dios, cuyo reino jamás será conmovido.**

Y entonces añade:

"Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad."

Aquí podemos ver el propósito por el cual Cristo ha venido a este mundo. Desde el principio del Evangelio de Juan se nos presenta como el Verbo hecho carne, "lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). Más adelante Él mismo declarará: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" (Juan 14:6). La verdad no es simplemente una idea correcta ni una filosofía superior. **La verdad ha tomado forma humana en la persona del Hijo de Dios. Sus palabras revelan la verdad, sus obras revelan la verdad, su carácter revela la verdad y su muerte revelará la verdad acerca de la justicia de Dios y la gravedad del pecado.**

Entonces Pilato formula una de las preguntas más famosas de la historia:

"¿Qué es la verdad?" (Juan 18:38).

Resulta notable que no espere una respuesta. La Verdad encarnada está delante de él. Y sin embargo permanece incapaz de reconocerla. La pregunta de Pilato constituye una de las grandes ironías del Evangelio de Juan. Quien busca definir la verdad la tiene delante de sus ojos, pero permanece incapaz de reconocerla. No era la ausencia de evidencia lo que le impedía creer, sino la disposición de su corazón. El mismo que había declarado: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" comparece ahora ante un gobernador que pregunta por la verdad sin advertir que la respuesta está frente a él. La pregunta de Pilato continúa resonando en cada generación. El hombre moderno sigue formulándola. Las filosofías cambian. Las ideologías se multiplican. Las opiniones se contradicen unas a otras. Y en medio de toda esa confusión, Cristo continúa proclamando que la verdad no es simplemente un concepto abstracto**. La verdad se encuentra en Dios mismo y ha sido revelada plenamente en su Hijo.**

Pilato sale nuevamente y declara:

"Yo no hallo en él ningún delito."

Esta afirmación resulta significativa. Uno de los representantes más poderosos del imperio romano reconoce la inocencia de Jesús. Más adelante repetirá esta conclusión varias veces.

-No encuentra culpa.

-No encuentra crimen.

-No encuentra rebelión.

-No encuentra pecado-(1 Pedro 2:22; Hebreos 4:15)

Y sin embargo, terminará entregándolo para ser crucificado.

Aquí contemplamos nuevamente la tragedia de la naturaleza humana. Conocer lo correcto no siempre conduce a practicarlo. Pilato ve suficiente evidencia para reconocer la inocencia de Cristo. Pero ama demasiado su posición, su estabilidad política y su reputación para actuar conforme a esa convicción. La presión de la multitud termina siendo más importante que la verdad. **Y así el gobernador romano se convierte en un retrato de la humanidad caída. Ve la verdad. Reconoce la verdad. Pero rehúsa someterse a ella.**

Mientras tanto, Jesús permanece sereno. No porque ignore lo que está ocurriendo, o desconozca el sufrimiento que se aproxima. Sino porque sabe que detrás de cada decisión humana se encuentra obrando el propósito soberano del Padre.**Pilato cree estar juzgando a Jesús. Las autoridades judías creen estar controlando los acontecimientos. La multitud cree estar decidiendo el destino del Nazareno. Pero en realidad todos ellos están participando, sin saberlo, en el cumplimiento del plan eterno de redención.**

Como declara el apóstol Pedro

"Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera" (Hechos 4:27-28).

Y así, mientras el verdadero Rey permanece delante del representante de Roma, queda expuesta una realidad que atraviesa toda la historia humana: los reinos de este mundo son temporales y pasajeros, pero el reino de Cristo permanece para siempre. Los gobernantes vienen y van. Los imperios se levantan y desaparecen. **Pero el Rey que ahora camina hacia la cruz sigue reinando, y su reinado permanecerá por los siglos de los siglos .** Porque su corona no depende de la aprobación de los hombres, sino del decreto eterno de Dios.

El mismo Rey que compareció en silencio ante el tribunal de Pilato volverá un día revestido de gloria para juzgar al mundo con justicia-(Mateo 25:31-32; 2 Tesalonicenses 1:7-9; 2 Timoteo 4:1)

Entonces ya no será Él quien esté delante de un gobernador humano. Pilato, junto con todos los hombres de todas las generaciones, comparecerá delante del trono del Rey de reyes y Señor de señores. Aquel cuya autoridad fue despreciada será reconocido universalmente, porque su reino no tendrá fin.

CAPÍTULO 26

He aquí vuestro Rey: la elección de Barrabás y la coronación del Cordero

Contexto histórico

Después del primer interrogatorio ante Pilato, la tensión en Jerusalén continúa creciendo. El gobernador romano ha declarado públicamente que no encuentra delito en Jesús. Sin embargo, las autoridades religiosas no están dispuestas a abandonar sus planes. **La celebración de la Pascua atraía a enormes multitudes a la ciudad, convirtiendo cualquier altercado en un posible problema político para Roma. Pilato busca una salida que le permita evitar la condena de un hombre inocente sin provocar una revuelta popular. Existía una costumbre mediante la cual el gobernador liberaba a un prisionero durante la fiesta. Lo que parecía una posible solución terminaría revelando con mayor claridad la condición espiritual del corazón humano.**

En esta sección del evangelio observamos un contraste extraordinario. Por un lado aparece Barrabás, un hombre culpable. Por otro lado aparece Cristo, completamente inocente. Y la multitud deberá escoger entre ambos. Pero detrás de aquella decisión histórica se encuentra una imagen profundamente reveladora de la obra de la redención.

Después de declarar que no encuentra culpa en Jesús, Pilato intenta una alternativa.

"Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la Pascua; ¿queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?" (Juan 18:39).»

A los ojos del gobernador, la propuesta parece razonable.

-Jesús no representa una amenaza militar.

-No ha encabezado una rebelión.

-No ha promovido una insurrección contra Roma.

Liberarlo parece la solución más lógica. Sin embargo, la multitud responde inmediatamente:

"No a éste, sino a Barrabás." (Juan 18:40).

Juan añade una breve descripción:

"Y Barrabás era ladrón."

Los otros evangelios amplían el retrato. Barrabás no era simplemente un delincuente común. Había participado en una insurrección y había cometido homicidio-(Marcos 15:7; Lucas 23:19)

La elección resulta sorprendente. **El inocente es rechazado y el culpable es liberado, el Santo es condenado y el criminal recibe libertad.**

Y aunque quienes participan en aquella escena no comprenden plenamente lo que está ocurriendo**, la imagen apunta hacia el corazón mismo del evangelio.**

Barrabás sale libre porque Cristo ocupará su lugar. El culpable es liberado porque el inocente será condenado. Lo que ocurre con Barrabás de manera individual anticipa lo que sucederá con todos aquellos que son salvados por la gracia de Dios. **Los pecadores reciben lo que no merecen. Y Cristo asume aquello que correspondía a los pecadores.**

Mientras Jerusalén se prepara para celebrar la Pascua, el verdadero Cordero de Dios, anunciado desde el comienzo del ministerio de Jesús, está siendo conducido al sacrificio. El cordero pascual libró a Israel del juicio en Egipto; ahora el Cordero perfecto quitará el pecado del mundo mediante su propia sangre. La sombra está dando paso a la realidad.

Entonces Pilato ordena que Jesús sea azotado.

"Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó" (Juan 19:1).

Los azotes romanos constituían una de las formas más crueles de castigo conocidas en el mundo antiguo. El propósito no era solamente producir dolor. Buscaban humillar, quebrantar y destruir físicamente al condenado. Y sin embargo, Juan no se detiene en los detalles del sufrimiento físico. Su atención se dirige hacia algo aún más profundo: la dignidad del Salvador en medio de la humillación**. Siglos antes, el profeta Isaías había anunciado:**

"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados... y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5).

Cada golpe recibido por Cristo formaba parte del cumplimiento del plan eterno de Dios. El Justo sufría por los injustos para reconciliarlos con Dios. **Como el apóstol Pedro declararía posteriormente:**

"Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu"(1 Pedro 3:18)

Los soldados comienzan entonces una cruel burla.

"Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza" (Juan 19:2).

La intención es ridiculizar las afirmaciones acerca de su realeza. Los soldados imaginan que están realizando una parodia, pero sin saberlo están proclamando una verdad. Cristo realmente es Rey. La diferencia es que su coronación ocurre de una manera completamente inesperada. Los reyes de este mundo suelen recibir coronas de oro. Cristo recibe una corona de espinas. Los gobernantes terrenales son rodeados por honores. Cristo es rodeado por burlas. Los poderosos ascienden mediante la exaltación. Cristo asciende mediante la humillación. Y precisamente allí se manifiesta la naturaleza única de su reino. Las espinas poseen además un profundo significado dentro de la historia bíblica**. Desde la caída, la tierra produce espinos y cardos como evidencia de la maldición asociada al pecado-(Genesis 3:18). Ahora el Hijo de**

Dios lleva sobre su cabeza aquello que simboliza las consecuencias de la rebelión humana. El Rey soporta la maldición para traer bendición a su pueblo.

Entonces los soldados continúan diciendo:

"¡Salve, Rey de los judíos!"

Y le golpeaban.

La escena revela hasta qué punto el pecado ha distorsionado el corazón humano. La criatura se burla de su Creador. Los hombres desprecian al Señor de la gloria. Aquellos que dependen de Cristo para cada respiración lo golpean y lo ridiculizan. **A la luz del Nuevo Testamento, esta escena constituye también el cumplimiento del Salmo 2. Allí se anuncia que las naciones y sus gobernantes se levantarían contra el Ungido del Señor. Después de la resurrección, la iglesia primitiva reconoció que aquella profecía se había cumplido en la pasión de Cristo, cuando Herodes, Poncio Pilato, los gentiles y el pueblo de Israel se unieron contra Jesús (Hechos 4:25-27). Los soldados creen estar ridiculizando a un rey derrotado, pero en realidad se están rebelando contra el Rey que Dios ha establecido sobre Sion. Sin saberlo, sus burlas terminan proclamando la verdadera identidad de Aquel a quien rechazan.** Sin embargo, el Salvador permanece en silencio. No porque carezca de autoridad; **ni porque no pueda responder-(Mateo 26:53).** Sino porque está avanzando deliberadamente hacia la misión que vino a cumplir.

Pilato vuelve a presentarlo ante la multitud.

"He aquí, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él"(Juan 19:4).

Por segunda vez declara la inocencia de Jesús. Más adelante volverá a hacerlo. Una y otra vez queda establecido que el Cordero que va a ser sacrificado está libre de culpa.

La justicia de Cristo es perfecta.

-No existe pecado en Él.

-No existe corrupción en Él.

-No existe mancha en Él.

Y precisamente por eso puede convertirse en el sustituto de los pecadores. Entonces ocurre una de las escenas más conmovedoras del evangelio. Pilato presenta al Salvador delante de la multitud.

"Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre!"(Juan 19:5).

Probablemente Pilato espera despertar compasión. El acusado ya ha sido azotado. Ha sido humillado públicamente. Su apariencia física refleja el sufrimiento padecido. **Pero las palabras del gobernador contienen una profundidad que él mismo no alcanza a comprender**.

"He aquí el hombre."

A lo largo de la historia bíblica han aparecido muchos hombres.

-Adán cayó.

-Noé se embriagó.

-Abraham tuvo debilidades.

-Moisés pecó.

-David fracasó.

-Los profetas fueron imperfectos.

-Los reyes fueron imperfectos.

Toda la humanidad ha sido marcada por el pecado. Pero aquí aparece el Hombre perfecto. El verdadero Hombre. El segundo Adán-(Romanos 5:14-15; 1 Corintios 15:21-22). Aquel que cumple perfectamente la voluntad de Dios. Aquel que permanece fiel donde todos los demás fracasaron. Aquel que representa perfectamente lo que la humanidad debía haber sido desde el principio. Sin embargo, la multitud responde con mayor hostilidad:

"¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"(Juan 19:6).

La intensidad del rechazo continúa creciendo. La evidencia ya no importa. La inocencia ya no importa. Los corazones endurecidos han tomado una decisión. Y así queda expuesta una realidad que atraviesa toda la historia humana: cuando el pecado gobierna el corazón, el hombre no solamente necesita información adicional; necesita una transformación que solo Dios puede producir.

Mientras tanto, Jesús permanece firme. La corona de espinas continúa sobre su cabeza. La cruz se aproxima rápidamente. Los hombres creen estar humillándolo**. Pero desde la perspectiva divina, el Rey está siendo entronizado mediante el camino de la obediencia. Como escribiría años más tarde el apóstol Pablo, Cristo**:

"...se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo" (Filipenses 2:8-9).

La corona de espinas precede a la corona de gloria. La humillación prepara el camino para la exaltación. Y cuando la historia alcance su consumación final, todos comprenderán lo que aquella multitud fue incapaz de ver. El hombre coronado de espinas era en realidad el Rey eterno. El Cordero de Dios. El Salvador del mundo. La multitud contempló a un hombre aparentemente derrotado. El cielo contemplaba al Rey que estaba conquistando el pecado, la muerte y a Satanás mediante el sacrificio de sí mismo. La cruz no sería el fracaso de su reino, sino el medio desde el cual el Cordero obtendría la victoria definitiva para la gloria de Dios y la salvación de su pueblo.

CAPÍTULO 27

El Cordero exaltado en la cruz

Contexto histórico

La sección final del juicio romano conduce inevitablemente al acontecimiento central de toda la historia de la redención: la crucifixión de Jesucristo. La crucifixión era uno de los castigos más crueles y humillantes utilizados por Roma. Estaba reservada principalmente para esclavos, rebeldes y criminales considerados especialmente peligrosos. No solo buscaba causar una muerte dolorosa, sino también producir vergüenza pública. El condenado era expuesto ante todos como una advertencia visible para cualquiera que desafiara la autoridad imperial. **Sin embargo, lo que ocurre en el Calvario trasciende completamente los propósitos de Roma y de las autoridades judías. Los hombres ven una ejecución. Dios está realizando una expiación. Los líderes religiosos creen estar eliminando a un enemigo. El Padre está ofreciendo al Salvador. Los soldados contemplan a un condenado. El cielo contempla al Cordero de Dios.** A medida que nos acercamos a la cruz, el evangelio nos introduce en el momento hacia el cual han apuntado todas las promesas, figuras y sacrificios de las Escrituras.

Después de presentar a Jesús ante la multitud, Pilato continúa buscando una manera de evitar su ejecución. Pero la presión aumenta.

"Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios"(Juan 19:7).

Ahora aparece la verdadera razón detrás de toda la oposición.

-No es simplemente una cuestión política.

-No es únicamente una disputa religiosa.

La confrontación gira alrededor de la identidad de Jesús.

Desde el comienzo del evangelio, Juan ha mostrado repetidamente que Cristo es el Hijo eterno enviado por el Padre**. Precisamente esta verdad es la que sus enemigos rechazan. Sin embargo, aquello que ellos consideran blasfemia constituye el fundamento mismo de la salvación. Como Cristo había declarado anteriormente:**

"Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis"(Juan 8:24).

Lo que Juan ha venido revelando desde el prólogo alcanza aquí uno de sus momentos decisivos. **Aquel que está siendo juzgado no es simplemente un maestro o un profeta**, sino el Verbo eterno que estaba con Dios y era Dios (Juan 1:1). Él mismo se identificó con el nombre divino al declarar: "Yo soy" (Juan 8:24, 58), evocando la revelación que Dios hizo de sí mismo a Moisés: "YO SOY EL QUE SOY" (Éxodo 3:14). **Asimismo, afirmó su perfecta unidad con el Padre**

al decir: "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30). Por eso, la cuestión central del juicio no es meramente jurídica, sino cristológica: ¿quién es realmente Jesús? **Aquellos que reconocen su verdadera identidad encuentran en Él la vida eterna; quienes la rechazan permanecen en sus pecados, tal como el mismo Señor había advertido (Juan 8:24)**. Así, el rechazo de Cristo no nace simplemente de una falta de evidencia, sino de la ceguera espiritual del corazón humano, incapaz de recibir la verdad si Dios no obra con su gracia.

Pilato vuelve a interrogarlo. Pero Jesús permanece en silencio. Entonces el gobernador declara:

"¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?" (Juan 19:10).

Estas palabras reflejan la perspectiva habitual del poder humano. Los gobernantes suelen imaginar que poseen control absoluto sobre los acontecimientos. Pero la respuesta de Cristo revela una realidad superior:

"Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba" (Juan 19:11).

En una sola declaración, Jesús coloca toda la escena bajo la soberanía de Dios. **Pilato posee autoridad, pero delegada. Roma posee poder, pero limitado. Los hombres toman decisiones reales, pero ninguna escapa al gobierno providencial del Señor.** Esta verdad sostiene a los creyentes en todas las generaciones. Las circunstancias pueden parecer caóticas. Pero nada está fuera del dominio de Dios.

Finalmente, Pilato cede. Y el juicio avanza hacia su desenlace. Entonces Juan registra unas palabras profundamente trágicas:

"No tenemos más rey que César" (Juan 19:15).

La ironía es absoluta. La nación que esperaba al Rey prometido rechaza al Mesías y declara lealtad a un emperador pagano. El pecado siempre produce este intercambio: el hombre cambia la gloria eterna por lo pasajero, y la verdad por la conveniencia. Entonces Jesús es conducido al lugar de la ejecución.

"Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera" (Juan 19:17).

Cada paso lo acerca al cumplimiento de su misión. Cada paso lo acerca al sacrificio definitivo. Durante siglos se habían ofrecido innumerables sacrificios en Israel. Sangre sobre sangre. Ofrenda tras ofrenda. Pero ninguno podía quitar el pecado. Todos eran sombra. Todos apuntaban. Todos anunciaban algo mayor. Y ese algo mayor es Cristo mismo**. Como declara el evangelio desde su inicio:**

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Y entonces ocurre:

"Y allí le crucificaron" (Juan 19:18).

Desde la perspectiva del Evangelio de Juan, la cruz no representa únicamente el momento del sufrimiento supremo, sino también el comienzo de la exaltación del Hijo. Jesús había anunciado que llegaría la hora de su glorificación (Juan 12:23), que sería glorificado precisamente por medio de su muerte (Juan 13:31-32) y que, al ser levantado de la tierra, atraería a todos hacia sí, indicando de qué muerte iba a morir (Juan 12:32-33). Así, el mismo acontecimiento que los hombres contemplaban como una derrota era, desde la perspectiva divina, la entronización del Rey y la manifestación suprema de su gloria mediante su obediencia perfecta al Padre.

Juan describe el acontecimiento con una sobriedad que contrasta con su profundidad. No se detiene en lo físico. Se detiene en lo eterno. La cruz no es solo muerte. Es expiación. Es el lugar donde la justicia de Dios se encuentra con su misericordia. Es el punto donde el pecado recibe su juicio y el pecador recibe gracia. Todo lo que los sacrificios del antiguo pacto anticipaban encuentra aquí su cumplimiento.

Como enseña la Escritura:

"Todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados para siempre, se sentó a la diestra de Dios" (Hebreos 10:11-12).

La cruz es el fin del sistema de sombras y el comienzo de la realidad definitiva.

Sobre la cruz Pilato coloca una inscripción:

"JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS."

Lo que pretendía ser burla se convierte en proclamación. Porque en la cruz no muere un pretendiente. Muere el Rey verdadero. Su trono es un madero. Su corona es de espinas. Su victoria se manifiesta en la aparente derrota. Pero precisamente allí se revela la sabiduría de Dios.

Aun en el momento de su crucifixión, Dios seguía proclamando públicamente la identidad de su Ungido. El Rey rechazado por los hombres era el mismo Rey establecido por Dios, conforme al anuncio del Salmo 2. Lo que las autoridades religiosas y el poder romano pretendían convertir en una demostración de derrota se transformó, por el designio soberano de Dios, en la proclamación pública de la verdadera realeza del Mesías.

Los soldados reparten sus vestidos, cumpliendo sin saberlo lo escrito en las Escrituras:

"Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes"(Salmo 22:18)

-Nada es casualidad.

-Nada es accidental.

Todo se mueve dentro del propósito eterno de Dios.

Junto a la cruz están María y el discípulo amado. Y aun en medio del sufrimiento, Jesús cuida de ellos.

"Mujer, he ahí tu hijo... he ahí tu madre" (Juan 19:26-27).

-Hasta el final, el Salvador ama.

-Hasta el final, el Hijo obedece.

-Hasta el final, el Pastor cuida de su pueblo.

Y entonces la cruz revela su significado más profundo:

-Lo que parece derrota es victoria.

-Lo que parece debilidad es poder.

-Lo que parece vergüenza es gloria.

Jesús mismo había anunciado que la cruz marcaría también la derrota del reino de las tinieblas: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Juan 12:31). En el momento en que parecía ser vencido, Cristo estaba derrotando al verdadero enemigo y quebrantando el dominio de Satanás sobre aquellos que el Padre le había dado.

Como declara la Escritura:

"Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Colosenses 2:15).

Desde la cruz comenzó a manifestarse públicamente la victoria del Reino de Dios sobre el reino de las tinieblas. El Rey no conquistó mediante la fuerza de las armas, sino mediante el sacrificio de sí mismo, asegurando definitivamente la salvación de su pueblo y la derrota de sus enemigos.

En el Calvario ocurre el gran triunfo invisible de la historia.

-El pecado es juzgado.

-La muerte es vencida.

-Satanás es derrotado.

Y el Cordero es exaltado precisamente en su entrega. Por eso la cruz no es el fracaso del Rey. Es el trono donde el Rey conquista la salvación de su pueblo.

-Allí el Pastor da su vida por las ovejas.

-Allí el Hijo cumple perfectamente la voluntad del Padre.

-Allí el Cordero es inmolado.

-"Y allí queda asegurada definitivamente la victoria que será plenamente manifestada cuando el Rey regrese en gloria.

CAPÍTULO 28

Consumado es: la obra perfecta del Redentor

Contexto histórico

La crucifixión se acerca a su momento culminante. Jesús ha sido clavado en la cruz. Las horas de sufrimiento avanzan. Los líderes religiosos continúan rechazándolo. Los soldados cumplen sus tareas sin comprender plenamente lo que está ocurriendo. Los discípulos permanecen dispersos y confundidos. Sin embargo, desde la perspectiva divina, la hora más oscura de la historia es también la más gloriosa. Todo cuanto Dios había prometido desde el principio converge en este momento.

-Los sacrificios ofrecidos por generaciones.

-Las sombras del sistema ceremonial.

-Las promesas dadas a los patriarcas.

-Las palabras de los profetas.

-Las figuras del antiguo pacto.

-Todo apunta hacia el Calvario.

Lo que ocurre en la cruz no constituye un episodio aislado dentro de la historia bíblica. Es el centro mismo de la obra redentora de Dios.

Después de contemplar la crucifixión y los acontecimientos que la rodean, Juan dirige nuestra atención hacia las últimas palabras del Salvador.

"Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed" (Juan 19:28).

Estas palabras revelan nuevamente la verdadera humanidad de Cristo. El Hijo eterno asumió una naturaleza humana real. Sintió hambre. Experimentó cansancio. Conoció el dolor. Sufrió físicamente. La cruz no fue una representación simbólica. Fue un sufrimiento real soportado por una persona real. Y precisamente porque se hizo verdaderamente hombre, pudo convertirse en el representante perfecto de aquellos que vino a salvar.

Juan continúa:

"Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca."

Una vez más vemos cómo incluso los detalles aparentemente pequeños forman parte del cumplimiento de las Escrituras:

-Nada ocurre accidentalmente.

-Nada escapa al conocimiento de Dios.

-Nada altera el desarrollo de su propósito eterno.

Lo mismo continúa siendo cierto para la vida del creyente. Con frecuencia vemos solamente fragmentos de la historia. Comprendemos poco de lo que Dios está haciendo. Interpretamos los acontecimientos desde una perspectiva limitada. Pero el Señor gobierna cada detalle con perfecta sabiduría.

Entonces llegamos a una de las declaraciones más gloriosas de toda la Biblia.

"Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es." (Juan 19:30).

Una sola expresión. Una sola palabra en el idioma original. Y sin embargo, contiene riquezas imposibles de medir.

No dijo:

"Lo intenté."

No dijo:

"Está casi terminado."

No dijo:

"El resto dependerá de los hombres."

Dijo:

"Consumado es."

La obra ha sido completada, su misión ha sido cumplida, su obediencia ha sido perfecta, la deuda ha sido pagada y la victoria ha sido asegurada.

La expresión traducida como "Consumado es" proviene de una sola palabra en el texto griego: tetélestai. Este término comunica la idea de una obra llevada plenamente a su cumplimiento, de una misión completada y de una obligación satisfecha por completo. Nada quedó inconcluso. Todo cuanto el Padre había encomendado al Hijo fue realizado perfectamente. La deuda del pecado fue pagada y la obra de la redención quedó consumada de una vez y para siempre. Esta declaración constituye también el cumplimiento de la oración que Jesús había elevado al Padre pocas horas antes de su arresto: "Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese" (Juan 17:4). Ahora, desde la cruz, el Hijo proclama públicamente que esa obra ha llegado a su culminación. El propósito eterno del Padre ha sido cumplido con una obediencia perfecta, y la misión para la cual el Verbo se hizo carne ha alcanzado su consumación.

Desde el principio del evangelio hemos visto al Hijo avanzando hacia esta hora.

-Cada señal.

-Cada enseñanza.

-Cada confrontación.

-Cada milagro.

Todo conducía hacia este momento. Y ahora la obra encomendada por el Padre ha sido llevada a su culminación.

Estas palabras poseen una importancia inmensa para la seguridad del creyente. La salvación no descansa sobre una obra incompleta. No depende de méritos humanos añadidos posteriormente ni reposa sobre esfuerzos religiosos capaces de perfeccionar lo que Cristo comenzó. La redención fue consumada por el Salvador.

-Su sacrificio es suficiente.

-Su obediencia es suficiente.

-Su justicia es suficiente.

-Su obra es suficiente.

Por eso la esperanza cristiana descansa completamente en Cristo y no en la capacidad humana.

Entonces Juan añade:

"E inclinando la cabeza, entregó el espíritu."

La forma en que el evangelista describe la muerte de Jesús resulta significativa. No dice simplemente que murió. Dice que entregó el espíritu. Hasta el último instante continúa actuando con plena autoridad.

-La muerte no lo sorprende.

-La muerte no lo conquista.

-La muerte no lo domina.

El Hijo entrega voluntariamente su vida. A lo largo de la historia humana, la muerte ha ejercido su poder sobre todos los hombres.

-Reyes y esclavos.

-Sabios e ignorantes.

-Jóvenes y ancianos.

Todos han debido someterse a ella. Pero aquí contemplamos algo completamente distinto. **Cristo no es arrastrado por la muerte. Él entrega voluntariamente su vida en perfecta obediencia al Padre, tal como había anunciado anteriormente:**

"Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo" (Juan 10:17-18).

Y aunque verdaderamente murió, era imposible que la muerte lo retuviera, conforme al testimonio apostólico (Hechos 2:24).

Entonces Juan registra otro detalle importante. Los soldados comprueban que Jesús ya ha muerto. Por ello no quebrantan sus piernas, como era costumbre. **Sin embargo, uno de ellos atraviesa su costado con una lanza.**

"Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua." (Juan 19:34).

Juan considera este acontecimiento tan importante que inmediatamente añade su propio testimonio:

"Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero."

-No está relatando rumores.

-No está transmitiendo tradiciones lejanas.

Está describiendo algo que contempló personalmente. Años después, el mismo apóstol retomaría la importancia del agua, la sangre y el testimonio del Espíritu para afirmar la verdadera identidad del Hijo de Dios y la realidad histórica de su obra redentora:

"Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre y estos tres concuerdan"(1 Juan 5:6-7 N.V.I)

El evangelio descansa sobre hechos reales ocurridos en la historia. La fe cristiana no surge de especulaciones filosóficas ni de experiencias subjetivas. Está anclada en acontecimientos concretos realizados por Dios.

Y nuevamente las Escrituras son cumplidas.

"Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo-(Salmo 34:20). Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron-(Zacarías 12:10)"(Juan 19:36-37)

Lo que había sido anunciado siglos antes encuentra ahora su cumplimiento perfecto en Cristo.

Desde la primera promesa pronunciada en el Edén, cuando Dios anunció que la descendencia de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15), pasando por las promesas hechas a Abraham, los sacrificios del antiguo pacto y el anuncio de los profetas, toda la historia de la redención avanzaba hacia este momento. El apóstol Pablo declara que la descendencia prometida a Abraham es Cristo (Gálatas 3:16), mostrando que en Él convergen y alcanzan su cumplimiento todas las promesas redentoras de Dios. La cruz no fue una reacción divina ante circunstancias inesperadas ni un recurso improvisado para resolver el problema del pecado. Formaba parte del propósito eterno de Dios, establecido desde antes de la fundación del mundo, para rescatar a su pueblo mediante la obra perfecta de su Hijo.

Y aquí encontramos una verdad profundamente consoladora.

Cuando Jesús declaró "Consumado es", estaba proclamando que nada más era necesario para asegurar la reconciliación entre Dios y su pueblo.

-No queda sacrificio adicional por ofrecer: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14).

-No queda deuda pendiente por cancelar.

-No queda condenación para aquellos que pertenecen a Cristo.

-La obra está terminada.

-La justicia ha sido satisfecha.

-La redención ha sido obtenida.

-La puerta de la reconciliación ha sido abierta.

Por eso la cruz permanece en el centro de la fe cristiana. No porque admiremos simplemente el ejemplo de sacrificio del Salvador ni porque contemplemos únicamente una demostración de amor. Sino porque allí ocurrió algo objetivo y definitivo.

-Allí el Redentor realizó la obra que nadie más podía realizar.

-Allí el Cordero llevó a cabo aquello que todos los sacrificios anteriores solamente anunciaban.

-Allí el Hijo obedeció perfectamente al Padre hasta el final.

Desde la promesa dada en el Edén hasta el último profeta, desde los sacrificios del tabernáculo hasta la esperanza de Israel, toda la historia de la redención converge en esta declaración del Salvador: 'Consumado es'. En la cruz culmina la obra que Dios había preparado desde antes de la fundación del mundo. Y aunque la escena parece concluir con la muerte, el evangelio aún no ha llegado a su desenlace glorioso. El cuerpo del Salvador permanece en la cruz. El silencio comienza a descender sobre Jerusalén. Los discípulos todavía no comprenden lo que está ocurriendo. Pero la muerte no tendrá la última palabra. El mismo Señor que consumó perfectamente la obra de la redención está a punto de manifestar una victoria aún mayor.

Porque después de la cruz vendrá la tumba, y después de la tumba vendrá la resurrección.

CAPÍTULO 29

Un sepulcro nuevo y una esperanza viva

Contexto histórico

La muerte por crucifixión normalmente estaba acompañada de una profunda humillación. En muchas ocasiones los cuerpos de los condenados eran dejados expuestos públicamente o terminaban en sepulturas comunes destinadas a criminales. Desde la perspectiva humana, todo parecía indicar que Jesús recibiría el mismo trato. Sin embargo, incluso después de su muerte, la providencia de Dios continúa obrando con absoluta precisión. Aquello que parece ser el final de la historia forma parte del cumplimiento exacto de los propósitos divinos. La tarde avanza rápidamente. El sábado está próximo a comenzar. Jerusalén se prepara para la celebración religiosa mientras el cuerpo del Salvador permanece en la cruz. Los discípulos continúan sumidos en el dolor y la incertidumbre. Sus expectativas parecen haberse derrumbado. La esperanza mesiánica que había llenado sus corazones parece haber terminado en una tumba. Pero Dios está preparando el escenario para una de las manifestaciones más gloriosas de su poder.

Después de declarar la consumación de la obra redentora y entregar su espíritu al Padre, el cuerpo de Jesús permanece en la cruz. A los ojos de muchos, todo ha terminado. Las autoridades religiosas creen haber triunfado. Los enemigos de Cristo consideran cerrado el asunto. La multitud comienza a dispersarse.y el silencio empieza a cubrir el Calvario. Sin embargo, el evangelio nos muestra que incluso en medio de aquella aparente derrota, Dios continúa obrando.

"Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús" (Juan 19:38).

Hasta este momento José había permanecido en gran medida oculto.

-No aparece entre los discípulos más visibles.

-No figura entre los apóstoles.

-No ocupa un lugar destacado en la narrativa del evangelio.

Y sin embargo, cuando muchos otros han huido, él da un paso al frente. La gracia de Dios obra de maneras sorprendentes. A veces aquellos que parecen fuertes se debilitan. Y aquellos que habían permanecido en segundo plano son fortalecidos para actuar con valentía. La muerte de Cristo provoca que José manifieste públicamente una identificación que antes había mantenido en secreto. Lo mismo ocurre frecuentemente en la vida espiritual. **Existen momentos en que la fe es llevada a una madurez más profunda precisamente a través de circunstancias difíciles.**

Entonces aparece otro hombre.

"También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche" (Juan 19:39).

Juan vuelve a mencionar al fariseo que años atrás había buscado al Maestro bajo la protección de la oscuridad. Aquel encuentro registrado al comienzo del evangelio parecía lleno de preguntas, dudas e incomprensiones. **Pero ahora encontramos a un hombre diferente. Ya no llega de noche para esconderse. Ahora se identifica públicamente con Cristo en el momento en que hacerlo resulta más costoso.** La obra de Dios en el corazón suele desarrollarse de manera gradual. Muchas veces el crecimiento espiritual no es inmediato ni espectacular. Sin embargo, la gracia continúa obrando silenciosamente hasta producir fruto en el tiempo señalado por Dios. José y Nicodemo se acercan juntos al cuerpo del Señor. **Dos hombres que anteriormente habían permanecido discretos ahora se unen para honrar al Salvador rechazado. Y así se cumple algo que los enemigos jamás imaginaron. Aquel que fue tratado como criminal recibe una sepultura honorable. Aun en su sepultura se cumplían las Escrituras. Siglos antes, el profeta Isaías había anunciado acerca del Siervo sufriente:**

"Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte" (Isaías 53:9).

Aunque Jesús fue ejecutado como un criminal, Dios dispuso providencialmente que reposara en el sepulcro de un hombre rico. Hasta los acontecimientos que siguieron a su muerte estaban bajo el gobierno soberano del Padre y confirmaban que el Mesías cumplía perfectamente todo lo que había sido anunciado.

Juan continúa:

"Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas." (Juan 19:40).

La escena está llena de reverencia. Las mismas manos que habían servido a otros ahora permanecen inmóviles. Los pies que recorrieron los caminos de Galilea ya no caminan. La voz que había llamado a los muertos ahora guarda silencio. El cuerpo del Salvador es preparado cuidadosamente para la sepultura. Y sin embargo, algo importante debe ser recordado. **La muerte ha tocado verdaderamente su humanidad, pero no ha derrotado su persona. La tumba recibirá su cuerpo, pero no podrá retener al Hijo de Dios.**

Entonces Juan menciona un detalle significativo:

"Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto; y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno." (Juan 19:41).

Nada de esto ocurre por casualidad. El sepulcro es nuevo. Nadie había sido colocado allí anteriormente. Cuando llegue la mañana de la resurrección, no existirá posibilidad de confusión. El que saldrá victorioso de aquella tumba será Cristo y solamente Cristo. **El hecho de que el sepulcro fuera nuevo también posee un hermoso significado teológico. Aquel lugar, donde nunca antes había sido colocado otro cuerpo, sería el escenario de una obra completamente nueva. El vencedor de la muerte no saldría de una tumba marcada por la corrupción de otros,**

sino de un sepulcro preparado providencialmente para manifestar el comienzo de la nueva creación inaugurada por su victoria. Además, el contraste resulta hermoso. La historia de la caída comenzó en un huerto. Ahora la obra redentora pasa por otro huerto. **En un huerto, el primer Adán desobedeció al Creador y el pecado entró en el mundo, trayendo consigo la muerte para toda la humanidad. Ahora, en otro huerto, el postrer Adán entra voluntariamente en la muerte para vencer aquello que el primer hombre había introducido. Donde comenzó la tragedia del pecado, Dios empieza a manifestar públicamente la victoria del Redentor que traerá vida a todos los que están unidos a Él.** La tragedia del pecado había introducido la muerte en el mundo. La obra del Redentor está a punto de iniciar la derrota definitiva de la muerte. Por eso esta escena no debe ser contemplada únicamente con tristeza.

-Existe dolor.

-Existe sufrimiento.

-Existe separación.

Pero también existe esperanza.

Porque todo lo que ocurre aquí apunta hacia algo mayor. Los discípulos observan una tumba cerrada. Dios contempla una tumba temporal. Los hombres ven el final. Dios ve el comienzo de una nueva creación. La muerte siempre ha sido el gran enemigo de la humanidad. Desde Adán hasta nuestros días, todos los hombres han debido enfrentar su realidad.

-Ninguna riqueza puede evitarla.

-Ningún poder puede detenerla.

-Ninguna sabiduría humana puede vencerla.

Pero Cristo no entró en la tumba como un prisionero derrotado. Entró como el vencedor que, por medio de su muerte, estaba a punto de quebrantar definitivamente el poder de la muerte, tal como las Escrituras habían anunciado. La tumba recibiría su cuerpo por un breve tiempo, pero no podría retener al Autor de la vida. Por eso Juan narra la sepultura con tanta serenidad. No existe desesperación. No existe incertidumbre acerca del resultado final. Todo continúa desarrollándose conforme al propósito eterno del Padre. La piedra será colocada. El sepulcro será sellado. La oscuridad cubrirá aquella noche. Pero la historia no ha terminado. El cuerpo del Salvador reposa en la tumba. La obra de la redención ha sido consumada. El sacrificio ha sido ofrecido. La deuda ha sido cancelada. Y ahora toda la creación parece contener la respiración mientras espera el amanecer del tercer día. Porque el mismo Cristo que llamó a Lázaro fuera del sepulcro no permanecerá para siempre entre los muertos. La tumba podrá recibirlo por un tiempo, pero no podrá retenerlo. Muy pronto el silencio será roto, la piedra perderá su importancia y la muerte descubrirá que ha encontrado a un adversario que jamás podrá vencer.

CAPÍTULO 30

El sepulcro vacío y el triunfo del Rey

Contexto histórico

La resurrección de Jesucristo constituye el acontecimiento central de la fe cristiana. Todo lo que ocurrió antes apuntaba hacia este momento, y todo lo que ocurre después depende de esta realidad. Durante el primer siglo, la muerte era considerada una frontera imposible de cruzar. Los judíos creían en la resurrección futura prometida por Dios, pero nadie esperaba que un hombre resucitara en medio de la historia para no volver a morir jamás. Los discípulos tampoco esperaban la resurrección. Aunque Jesús les había hablado repetidamente acerca de ella, el dolor, el temor y la confusión habían nublado su comprensión. Cuando el Señor fue sepultado, sus seguidores no aguardaban una victoria inmediata. Esperaban continuar enfrentando el dolor de una pérdida irreversible. Sin embargo, la mañana del primer día de la semana cambiaría para siempre la historia del mundo. La muerte había recibido al Salvador. La tumba había sido sellada. El silencio había cubierto Jerusalén. Pero el poder de Dios estaba a punto de manifestarse de una manera que ninguna generación había contemplado antes.

Después del descanso del sábado, cuando aún la ciudad despertaba lentamente, una mujer se dirige al sepulcro.

"El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro" (Juan 20:1).

Juan nos presenta nuevamente a una de las discípulas más fieles del Señor. María no va esperando una resurrección. No corre hacia la tumba para celebrar una victoria. Va buscando un cuerpo. Su amor por Cristo la impulsa a acercarse al lugar donde había sido sepultado. Y precisamente allí encuentra algo inesperado.

"Y vio quitada la piedra del sepulcro."

La escena la llena de confusión.La piedra ha sido removida y la tumba está abierta. Nada parece tener sentido. Por eso corre inmediatamente para avisar a Pedro y al discípulo amado.

"Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto."

Resulta significativo que su primera explicación no sea la resurrección.

-Piensa en una desaparición.

-Piensa en una acción humana.

-Piensa en cualquier cosa menos en aquello que realmente ha sucedido.

Una vez más vemos que los primeros testigos no eran personas predispuestas a creer fácilmente. La resurrección los sorprendió tanto como habría sorprendido a cualquier otro.

Entonces Pedro y Juan corren hacia el sepulcro. La escena posee una intensidad extraordinaria. Los dos hombres avanzan apresuradamente. El corazón late con fuerza. Las preguntas se multiplican. La incertidumbre domina cada pensamiento. Finalmente llegan. Juan observa primero. Pedro entra. Y encuentran algo imposible de explicar según las expectativas humanas.

"Los lienzos puestos allí." (Juan 20:5).

"Y el sudario... enrollado en un lugar aparte." (Juan 20:7).

Si alguien hubiese robado el cuerpo, ¿por qué dejar los lienzos cuidadosamente acomodados? La escena transmite orden, no violencia. Tranquilidad, no prisa. Control, no caos. Algo extraordinario ha ocurrido. Entonces Juan entra también. Y escribe unas palabras profundamente significativas:

"Y vio, y creyó." (Juan 20:8).

Sin embargo, aquella fe todavía estaba en proceso de comprensión. Juan mismo aclara: "Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos" (Juan 20:9). Habían comenzado a creer que algo extraordinario había ocurrido, pero todavía no alcanzaban a comprender plenamente que la resurrección formaba parte del propósito eterno de Dios anunciado desde las Escrituras. La evidencia del sepulcro vacío despertó la fe; más tarde, la enseñanza del Cristo resucitado les permitiría entender el significado completo de aquel acontecimiento. La fe comienza a abrirse paso. Todavía no comprenden completamente todas las implicaciones, quedan preguntas, y falta mucho por entender. Pero el sepulcro vacío comienza a anunciar una verdad gloriosa. Cristo ya no está allí. La muerte no ha podido retenerlo. El poder del pecado ha sido derrotado. La victoria ha sido obtenida. Mientras los discípulos regresan, María permanece cerca del sepulcro llorando. Su corazón continúa aferrado al dolor. Las lágrimas le impiden comprender lo que está ocurriendo. Mientras María llora, ve a dos ángeles. Luego se vuelve y observa a Jesús, pero no lo reconoce inmediatamente. Piensa que es el hortelano.

Entonces el Señor pronuncia una sola palabra:

"¡María!" (Juan 20:16).

Y todo cambia. La voz del Pastor vuelve a llamar a una de sus ovejas.

-La tristeza se transforma en gozo.

-La confusión se convierte en certeza.

-La desesperanza desaparece.

Porque el Señor vive.

-No es una idea.

-No es una experiencia subjetiva.

-No es un símbolo religioso.

Cristo ha resucitado verdaderamente.

La resurrección no fue un acontecimiento inesperado dentro del plan de Dios. Desde el Antiguo Testamento había sido anunciada de manera profética. **David había declarado:**

"No permitirás que tu Santo vea corrupción" (Salmo 16:10).

Siglos más tarde, el apóstol Pedro, lleno del Espíritu Santo, citó este pasaje para demostrar que David no hablaba de sí mismo, sino del Mesías resucitado:

"Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, Y aun mi carne descansará en esperanza; Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenarás de gozo con tu presencia"(Hechos 2:25-28).

Pedro explica que David murió y fue sepultado, pero que, como profeta, anunció anticipadamente la resurrección de Cristo (Hechos 2:29-31). De esta manera, la resurrección de Jesús constituye el cumplimiento fiel de las promesas reveladas por Dios en las Escrituras.

Y el profeta Isaías anunció que, después de ofrecer su vida en expiación por el pecado, el Siervo del Señor vería linaje y prolongaría sus días (Isaías 53:10-11). Lo que ocurrió aquella mañana en el sepulcro no fue un hecho inesperado, sino el cumplimiento fiel de las promesas divinas y la confirmación de que el propósito redentor de Dios jamás podía fracasar. Esta verdad fue resumida magistralmente por el apóstol Pablo al recordar el fundamento mismo del evangelio:

"Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras"(1 Corintios 15:3-4).

La muerte y la resurrección de Cristo no fueron acontecimientos aislados ni fortuitos, sino el cumplimiento perfecto del plan redentor de Dios revelado desde antiguo. En la tumba vacía, Dios confirmó la eficacia del sacrificio de su Hijo, la derrota definitiva de la muerte y la certeza de que todas sus promesas se cumplen con absoluta fidelidad. Y lo primero que observamos es que el Salvador continúa mostrando el mismo amor personal que caracterizó todo su ministerio:

-Conoce a los suyos.

-Los llama por nombre.

-Se acerca a ellos en sus momentos de necesidad.

La resurrección no ha disminuido su compassion, sino que la ha confirmado.

Entonces Jesús le encomienda una misión:

"Ve a mis hermanos." (Juan 20:17).

La expresión resulta conmovedora. Horas antes los discípulos habían huido. Pedro lo había negado. Todos habían mostrado debilidad. Y sin embargo, Jesús los llama hermanos. La gracia continúa triunfando sobre el fracaso humano. La restauración comienza incluso antes de que ellos comprendan plenamente lo ocurrido. Y así la mañana de la resurrección se convierte en el amanecer de una nueva creación.

-La muerte ha sido vencida.

-El sepulcro ha sido derrotado.

-La victoria ha sido asegurada.

Lo que comenzó en un huerto con la caída de Adán ahora encuentra su respuesta definitiva en otro huerto donde el segundo Adán sale triunfante de la tumba. **Con la resurrección de Cristo también comienza la nueva creación. El segundo Adán inaugura una humanidad renovada y una obra restauradora que alcanzará su consumación cuando Dios haga nuevas todas las cosas. La tumba vacía anuncia no solo la victoria personal de Jesucristo, sino también el inicio de la renovación definitiva de toda la creación bajo el gobierno del Rey resucitado. En Él ya ha comenzado el nuevo orden que un día será plenamente visible para todo el universo.** Por eso la resurrección no es simplemente el final feliz de la historia de Jesús.

-Es la proclamación de que su obra fue aceptada por el Padre.

-Es la declaración pública de su victoria sobre la muerte:

La resurrección también constituye la proclamación pública del triunfo del Rey prometido. Aquel que había sido rechazado por los hombres y coronado con espinas fue vindicado por el Padre al levantarlo de entre los muertos. Así quedó demostrado que Jesucristo es el Mesías anunciado por los profetas, el Hijo entronizado sobre el reino eterno de Dios y el Señor que reina sobre toda autoridad. Desde ese momento, el Rey victorioso continúa sometiendo a todos sus enemigos hasta el día en que su victoria sea plenamente manifestada.

-Es la garantía de que todas las promesas de Dios son verdaderas.

-Y es el fundamento de la esperanza cristiana.

Porque si Cristo ha resucitado, el pecado no tiene la última palabra. Si Cristo ha resucitado, la muerte no tiene la última palabra. Si Cristo ha resucitado, el pueblo de Dios puede vivir con una esperanza que ninguna circunstancia terrenal puede destruir. El sepulcro está vacío. El Rey vive. Y la historia de la redención está entrando ahora en su gloriosa consumación.

CAPÍTULO 31

La paz del Cristo resucitado

Contexto histórico

La mañana de la resurrección ha transformado para siempre la historia de la humanidad. El sepulcro está vacío. Cristo ha vencido a la muerte. Sin embargo, los discípulos todavía luchan por comprender plenamente lo que ha ocurrido. Las noticias acerca de la tumba vacía han comenzado a circular, pero la incertidumbre permanece. Los líderes judíos continúan siendo hostiles. Las autoridades que crucificaron al Maestro siguen teniendo poder. Los discípulos no saben qué sucederá después.Desde una perspectiva humana, tienen motivos para sentir temor. Su Maestro ha sido ejecutado públicamente. Ellos fueron identificados como sus seguidores. El futuro parece incierto. Pero precisamente en medio de ese escenario de ansiedad y confusión, el Señor resucitado se manifiesta a los suyos. **Lo primero que Cristo traerá a sus corazones no será una explicación detallada de los acontecimientos ni una corrección por sus fracasos recientes.**

Les traerá paz.

Al caer la tarde de aquel primer día de la semana, los discípulos permanecen reunidos.

"Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos" (Juan 20:19).

Juan nos permite contemplar el estado emocional de aquellos hombres. Las puertas están cerradas. El temor domina el ambiente. La incertidumbre llena sus pensamientos. **Aún no han comprendido plenamente la magnitud de la victoria que Cristo acaba de obtener.**

Y cuántas veces ocurre algo parecido en la experiencia cristiana.

-Los creyentes poseen promesas gloriosas.

-Han recibido la reconciliación con Dios.

-Han sido adoptados como hijos.

-Tienen una esperanza eterna.

Y sin embargo, frecuentemente viven dominados por preocupaciones, temores e incertidumbres. No porque las promesas hayan dejado de ser verdaderas. **Sino porque todavía están aprendiendo a contemplar las circunstancias a la luz de la victoria de Cristo.**

Entonces sucede algo extraordinario.

"Vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros."

Juan dirige nuestra atención especialmente hacia las primeras palabras que salen de sus labios:

"Paz a vosotros."

No es un simple saludo. Es una declaración cargada de significado espiritual. Aquella paz no era una promesa improvisada. Era el cumplimiento de lo que el Señor había anunciado antes de ir a la cruz:

"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da" (Juan 14:27).

Ahora, después de consumar la obra redentora y vencer a la muerte, esa promesa comenzaba a manifestarse en toda su plenitud. La paz anunciada en el aposento alto descansaba sobre una cruz donde el pecado había sido expiado y sobre un sepulcro que ya no podía retener al Salvador. **La paz que Cristo anuncia no consiste meramente en tranquilidad emocional.**

-Es mucho más profunda.

-Es la paz que surge de una relación restaurada con Dios.

-Es la paz obtenida mediante la obra consumada de la cruz.

-Es la paz que el mundo no puede producir y tampoco puede quitar.

Porque esa paz, obtenida por la obra redentora de Cristo, es aplicada y disfrutada en el corazón del creyente mediante la obra del Espíritu Santo. Ahora los redimidos están en paz para con Dios; han sido reconciliados con Él, llamados eficazmente, justificados y adoptados como sus hijos. Por eso el apóstol Pablo declara:

"Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús"(Filipenses 4:7).

Durante siglos, la humanidad ha buscado paz por diversos caminos.

-Algunos la buscan mediante posesiones.

-Otros mediante logros.

-Otros mediante reconocimiento.

-Otros mediante experiencias religiosas.

Pero la verdadera paz solamente puede existir cuando el problema fundamental del pecado ha sido resuelto. Y precisamente eso es lo que Cristo ha logrado. Después de pronunciar estas palabras, hace algo significativo.

"Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado." (Juan 20:20).

La paz que ofrece no es una paz sin fundamento. Descansa sobre una obra real. Las heridas

permanecen visibles. Las marcas de la cruz continúan allí. Son el testimonio eterno de la obra redentora consumada. La resurrección no anuló la cruz. La confirmó. Las cicatrices glorificadas del Salvador proclaman para siempre que el precio fue pagado completamente. Por eso la paz cristiana nunca descansa en sentimientos cambiantes.

-Descansa en una obra terminada.

-Descansa en una redención consumada.

-Descansa en un Salvador victorioso.

Entonces Juan añade:

"Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor."

-El temor comienza a desaparecer.

-La tristeza cede lugar al gozo.

-La desesperanza es reemplazada por la certeza.

Todo cambia cuando contemplan al Cristo resucitado. Y este principio continúa siendo cierto para la iglesia de todas las generaciones. La fortaleza espiritual no proviene principalmente de mirar nuestras circunstancias. Proviene de contemplar a Cristo. **Cuanto más ocupa Él el centro de nuestra atención, más pequeñas parecen las amenazas que nos rodean.**

Entonces Jesús vuelve a decir:

"Paz a vosotros." (Juan 20:21).

La repetición no es accidental. Ahora la paz está conectada con una nueva responsabilidad. Porque la gracia recibida siempre conduce al servicio. **La reconciliación produce misión. La salvación produce testimonio.**

Por eso el Señor añade:

"Como me envió el Padre, así también yo os envío."

Este envío forma parte del avance del Reino inaugurado por Cristo. El Rey resucitado continúa extendiendo su gobierno mediante la proclamación del evangelio, llamando a hombres y mujeres de toda nación al arrepentimiento y a la fe. La iglesia no anuncia un reino futuro e incierto, sino el señorío presente de Jesucristo, quien reina desde la diestra del Padre y seguirá reuniendo a su pueblo hasta el día de su gloriosa manifestación. Estas palabras también resumen la identidad de la iglesia. Los discípulos no son llamados simplemente a disfrutar de las bendiciones de la salvación. Son enviados. Así como el Hijo vino al mundo para cumplir la voluntad del Padre, ahora sus seguidores son enviados para dar testimonio de Él. La iglesia existe para proclamar el evangelio. Existe para anunciar las virtudes de Aquel que llamó a su pueblo de las tinieblas a la luz. Existe para señalar a los hombres el único camino de

reconciliación con Dios. Sin embargo, Cristo sabe que esta tarea supera completamente las capacidades humanas.

Por eso continúa:

"Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo." (Juan 20:22).

El gesto de Jesús posee además un profundo significado bíblico. Recuerda el momento en que Dios dio aliento de vida al primer hombre y anticipa la nueva creación inaugurada por el Cristo resucitado. También evoca la visión de los huesos secos, donde el Espíritu de Dios trae vida a aquello que estaba muerto. El Señor se presenta así como el dador de la verdadera vida, preparando a sus discípulos para la misión que habrían de cumplir mediante el poder del Espíritu Santo. Estas palabras también anticipan lo que ocurrirá plenamente en Pentecostés. Los discípulos no podrán cumplir su misión mediante fuerza humana. No bastarán el entusiasmo, el conocimiento o la determinación personal. La obra de Dios requiere el poder de Dios**. Desde el principio hasta el final, el avance del evangelio depende de la acción soberana del Espíritu Santo. La iglesia crece porque Dios obra. La verdad transforma porque Dios obra. Los pecadores creen porque Dios obra. Y esto protege al creyente de dos errores. Lo libra del orgullo cuando observa fruto. Y lo libra de la desesperación cuando enfrenta dificultades. Porque la eficacia final de la misión nunca ha dependido de la capacidad humana.**

Entonces Jesús concluye con unas palabras relacionadas con la proclamación del evangelio:

"A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos." (Juan 20:23).

El Señor no está otorgando a los hombres autoridad independiente para perdonar pecados. Solo Dios puede hacerlo. **Lo que Cristo está señalando es la autoridad de la iglesia para proclamar fielmente el mensaje del evangelio.** Cuando la iglesia anuncia el evangelio de Cristo, declara el perdón disponible para quienes creen. Y también advierte acerca de la permanencia de la condenación para quienes rechazan al Salvador.

-No crea esa realidad.

-La proclama.

-No la origina.

-La anuncia.

Y así concluye esta primera aparición colectiva del Cristo resucitado. Los discípulos comenzaron la jornada escondidos tras puertas cerradas, dominados por el temor y abrumados por la incertidumbre. Pero el Señor se presentó en medio de ellos. Les mostró las evidencias de su victoria, les otorgó su paz, les recordó su mission y les señaló la provisión divina para cumplirla. Porque la iglesia de Cristo jamás ha sido enviada al mundo dependiendo de sus propios recursos. Su fortaleza descansa en la presencia permanente del Salvador resucitado. El mismo Señor que venció a la muerte continúa caminando en medio de su pueblo, sosteniéndolo,

capacitándolo y guiándolo hasta el día en que la fe se convierta en vista y la paz anunciada en aquel aposento alcance su plenitud eterna**. El Señor que aquel día estuvo en medio de sus discípulos continúa caminando en medio de su iglesia. Ninguna puerta cerrada, ninguna oposición del mundo y ninguna amenaza pueden impedir la presencia del Rey resucitado entre los suyos. Él permanece sosteniendo a su pueblo, gobernando soberanamente su Reino y cumpliendo fielmente la promesa de estar con los suyos todos los días, hasta el fin del mundo. Por eso la paz que anunció en aquel aposento sigue siendo hoy la herencia permanente de todos los que pertenecen a Cristo.**

CAPÍTULO 32

Tomás y la bendición de creer

Contexto histórico

La resurrección de Cristo había comenzado a transformar la vida de los discípulos. El Señor se había manifestado a María Magdalena y posteriormente a los discípulos reunidos. Sin embargo, no todos estuvieron presentes durante aquella primera aparición colectiva. Tomás, uno de los doce, se encontraba ausente. A lo largo de la historia cristiana, este discípulo ha sido recordado principalmente por su duda. Sin embargo, reducir su vida a ese episodio sería injusto. Tomás había demostrado anteriormente una profunda lealtad hacia Cristo. Cuando Jesús decidió regresar a Judea ante el peligro de sus enemigos, fue él quien dijo:

"Vamos también nosotros, para que muramos con él" (Juan 11:16).

Su problema no era indiferencia hacia el Señor. Su problema era que el dolor, la confusión y la desilusión habían golpeado profundamente su corazón. Como muchos creyentes a lo largo de la historia, luchaba por reconciliar las promesas de Dios con las circunstancias que había experimentado. Y precisamente en medio de esa lucha, Cristo se acercará para fortalecer su fe.

Después de la aparición del Señor a los discípulos, estos buscan inmediatamente compartir la noticia con Tomás:

"Al Señor hemos visto" (Juan 20:25).

Las palabras debieron sonar extraordinarias. Aquello que parecía imposible había ocurrido. El Maestro estaba vivo. La tumba estaba vacía. La muerte había sido derrotada. Sin embargo, Tomás responde:

"Si no viere en sus manos la señal de los clavos… no creeré."

Estas palabras revelan la profundidad de su lucha interior. No se trata simplemente de incredulidad intelectual. Tomás ha sido golpeado por la realidad de la cruz. Ha visto morir a Jesús. Ha contemplado el aparente derrumbe de todas sus expectativas mesiánicas. Y ahora le resulta difícil abrazar una esperanza tan gloriosa.

La Escritura no oculta este tipo de luchas. Las presenta para mostrar que Dios conoce perfectamente la debilidad de sus hijos, y que la fe muchas veces coexiste con el combate interior.

La fe y la palabra de Dios

La fe bíblica nunca se presenta como un salto ciego en la oscuridad, sino como confianza en la revelación de Dios.

Como enseña el apóstol Pablo:

“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Y Pedro afirma que, aunque no hemos visto a Cristo, lo amamos y creemos en Él, “creyendo sin verlo, nos alegramos con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8).

Por tanto, la fe cristiana no descansa en la ausencia de evidencia, sino en el testimonio confiable de Dios dado en las Escrituras y confirmado por el Espíritu Santo en el corazón del creyente.

La aparición de Cristo a Tomás

Pasan ocho días. Los discípulos vuelven a reunirse, y esta vez Tomás está presente.

“Y estando las puertas cerradas, Jesús vino, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros” (Juan 20:26).

La paz sigue siendo el anuncio del Cristo resucitado. No es solo ausencia de conflicto, sino el fruto de su victoria consumada. La resurrección no solo derrotó a la muerte, sino que inauguró la reconciliación entre Dios y los hombres. Entonces ocurre algo profundamente personal. Jesús dirige su atención directamente a Tomás. No lo ignora. No lo humilla públicamente. No lo rechaza. Se acerca precisamente al discípulo que está luchando y le dice:

“Pon aquí tu dedo… y no seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:27).

Cristo conoce exactamente las palabras pronunciadas por Tomás días antes. Nadie necesitó informarle. El Señor resucitado conoce el corazón humano con perfecta claridad. No existe duda que Él desconozca. No existe temor oculto que escape a su mirada. No existe lucha interior que permanezca fuera de su alcance. Y aun así, se acerca con paciencia, misericordia y autoridad redentora.

Entonces Tomás responde con una de las confesiones más elevadas de todo el Nuevo Testamento:

“¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28).

En este momento la duda no solo desaparece; es reemplazada por una adoración cristológica plena. Tomás no está simplemente reconociendo a un maestro resucitado. Está confesando que el Jesús que tiene delante es verdaderamente el Dios encarnado, el Verbo eterno hecho carne **(Juan 1:1-14)**. Esta es una de las afirmaciones más directas de la deidad de Cristo en todo el evangelio de Juan, donde el testimonio culmina precisamente en esta confesión adoradora. Y Jesús no la corrige. La acepta, porque le pertenece legítimamente. **Entonces el Señor pronuncia palabras dirigidas a todos los creyentes de la historia:**

“Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29).

Cristo no menosprecia la fe de Tomás. Más bien declara una bendición especial sobre aquellos que creerán sin ver físicamente. La gran mayoría de los creyentes no tocará las heridas del Resucitado ni caminará con Él en los caminos de Galilea. Sin embargo, creerán. Y no por falta de fundamento, sino porque Dios ha provisto un testimonio suficiente y confiable. **La fe cristiana no descansa en especulación humana, sino en la revelación divina. Y precisamente por eso, la fe con la que abrazamos a Cristo no nace de la autosuficiencia humana, sino que es inseparable de la obra de la gracia de Dios (Efesios 2:8; Filipenses 1:29; Hechos 13:48).**

Conclusión

La historia de Tomás termina recordándonos que las dudas no tienen la última palabra cuando el creyente es confrontado con el Cristo vivo. El Señor no abandonó a su discípulo en su proceso de lucha. Lo condujo a una comprensión más profunda de su identidad divina y de su obra redentora. Y lo mismo continúa haciendo con su iglesia. Porque el propósito final de Dios no es simplemente eliminar nuestras preguntas, sino llevarnos a contemplar con cada vez mayor claridad la gloria de su Hijo. Y cuando eso ocurre, la respuesta del corazón redimido sigue siendo la misma que brotó de los labios de Tomás:

“¡Señor mío, y Dios mío!”

CAPÍTULO 33

Para que creáis y tengáis vida

Contexto histórico

Después de narrar la resurrección de Cristo, sus apariciones a los discípulos y la confesión de Tomás, el apóstol Juan detiene su relato para explicar el propósito de su evangelio. No se trata de una conclusión meramente literaria, sino de una declaración inspirada que revela la intención divina detrás de todo lo escrito. En el mundo antiguo abundaban los relatos sobre reyes, filósofos y conquistadores. Muchos de ellos buscaban preservar memoria histórica o exaltar la grandeza de sus protagonistas.

El Evangelio de Juan tiene un propósito radicalmente distinto. Juan no escribe para informar únicamente. No escribe para satisfacer curiosidad intelectual. No escribe para admiración estética del personaje de Jesús. Juan escribe para conducir al lector a la fe en Cristo. La selección inspirada del testimonio

El apóstol declara:

“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro” (Juan 20:30).

Con estas palabras, Juan reconoce que el ministerio de Cristo fue mucho más amplio de lo que el evangelio registra. Los milagros narrados son una selección intencional. Las enseñanzas preservadas son una porción representativa. Los encuentros descritos son una muestra inspirada. La vida de Cristo desborda cualquier intento humano de registro completo. Sin embargo, esta limitación no es una debilidad del texto, sino una expresión de la sabiduría divina. Dios no ha revelado todo lo que podría haberse revelado, sino todo lo que es necesario para la salvación y la vida piadosa. La Escritura no responde cada pregunta de la curiosidad humana, pero sí responde perfectamente lo necesario para conocer a Dios y ser reconciliados con Él. Por eso, la fe madura aprende a descansar tanto en lo revelado como en lo que Dios ha decidido no revelar.

Juan continúa:

“Pero éstas se han escrito…” (Juan 20:31).

Aquí se revela el propósito central del evangelio. Nada ha sido incluido al azar. Nada es decorativo. Nada es accesorio. Cada señal, cada discurso, cada encuentro y cada testimonio ha sido escrito con un propósito divinamente dirigido. **Este propósito no surge únicamente al final del evangelio. Desde el prólogo, Juan había presentado a Jesús como el Verbo eterno hecho carne, el Hijo unigénito que dio a conocer al Padre (Juan 1:1-18)**. Ahora, al concluir esta sección de su obra, muestra que todo el relato ha sido cuidadosamente dispuesto para conducir al lector a esa misma confesión: que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que solamente en Él se encuentra la vida. Y ese propósito es profundamente personal:

“Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.”

Juan resume aquí dos verdades fundamentales que atraviesan todo su evangelio. Primero: Jesús es el Cristo. Es el Mesías prometido. El cumplimiento de las Escrituras. El Rey esperado. El Siervo sufriente. El Hijo de David anunciado. El cumplimiento de toda la esperanza redentora del Antiguo Testamento.

Pero Juan añade algo aún más profundo:

Jesús es el Hijo de Dios.

Desde el prólogo hasta la confesión de Tomás, el evangelio ha proclamado esta verdad. Jesús comparte la naturaleza divina. Es uno con el Padre. Posee gloria eterna. Tiene autoridad sobre la vida y la muerte. Recibe adoración legítima. No estamos ante un gran maestro moral. Estamos ante el Dios encarnado. **La fe que salva, por tanto, no consiste en un sentimiento religioso ni en una confianza indefinida. Tiene un objeto concreto: la persona y la obra de Jesucristo, tal como Él se ha revelado en las Escrituras. No es la intensidad de la fe lo que salva, sino Aquel en quien esa fe descansa.** La vida en su nombre El propósito final del evangelio no es solo conocimiento, sino vida:

“…y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”

Esta “vida” no es mera existencia biológica ni simple reforma moral. Es vida espiritual, comunión restaurada con Dios, participación en la vida eterna.

Jesús mismo lo había declarado:

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Y también:

“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”(Juan 5:24).

El mismo Señor definió en qué consiste esa vida eterna cuando oró al Padre:

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado"(Juan 17:3).

La vida eterna no es solamente una existencia sin fin, sino una relación reconciliada y creciente con Dios por medio de Cristo, que comienza ahora y alcanzará su plenitud en la gloria. Esta vida comienza en el presente, como realidad espiritual, y se extiende hacia la eternidad como plenitud consumada. El ser humano, separado de Dios por el pecado, no necesita solo información religiosa ni mejora ética. Necesita vida nueva. Y esa vida solo se encuentra en Cristo. Por eso el evangelio no presenta la salvación como una recompensa por mérito humano, sino como un don recibido por la fe. El pecador no se presenta con logros, sino con necesidad. No aporta justicia propia, sino dependencia absoluta. Y al confiar en Cristo,

recibe vida. Esta vida no se encuentra en instituciones, rituales o sistemas humanos, sino en Cristo mismo. Él es el contenido del evangelio y el objeto de la fe. El testimonio apostólico ha sido preservado para que esa fe sea posible a través de generaciones, incluso sin ver físicamente al Señor. Así, cada creyente es llamado a confiar en la Palabra de Dios como fundamento suficiente.

Conclusión: el propósito final de la revelación

El Evangelio de Juan no termina simplemente con información sobre Jesús, sino con una invitación a responder a Él. Todo ha sido escrito para que el lector no permanezca como espectador, sino que se convierta en creyente. Porque el fin último de toda revelación divina no es la acumulación de conocimiento religioso, sino la glorificación del Hijo y la comunicación de vida eterna a los que creen en Él. Y por eso, a través de los siglos, el mensaje permanece inalterable:

Cristo.

Siempre Cristo.

Solamente Cristo.

El Hijo de Dios, en quien el creyente encuentra vida en su nombre.

CAPÍTULO 34

El Señor de la abundancia: Cristo junto al mar

Contexto histórico

Después de los acontecimientos de la resurrección narrados en Jerusalén, Juan dirige nuestra atención hacia una nueva aparición del Señor en Galilea. Los discípulos habían recibido instrucciones de encontrarse con Cristo allí, y es precisamente en ese escenario donde ocurre uno de los encuentros más hermosos y pastorales del evangelio. Galilea había sido el lugar donde gran parte del ministerio público de Jesús se desarrolló. Allí muchos de los discípulos habían sido llamados por primera vez. Allí habían visto milagros, escuchado enseñanzas y aprendido a seguir al Maestro. Ahora regresan a aquella región, pero las circunstancias son diferentes. Cristo ha muerto y resucitado. La cruz ha sido consumada. Una nueva etapa en la historia de la redención está comenzando. Sin embargo, los discípulos todavía están aprendiendo a vivir a la luz de la resurrección. Aunque han visto al Señor, aún no comprenden plenamente cómo será su misión futura.

Es precisamente en medio de esa etapa de transición donde Cristo vuelve a encontrarse con ellos.

"Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias" (Juan 21:1).

Juan utiliza una expresión significativa.

Jesús se manifestó.

La iniciativa sigue perteneciendo al Señor. No son los discípulos quienes producen el encuentro. Es Cristo quien se da a conocer. Y esta verdad continúa siendo fundamental para toda la vida cristiana. El conocimiento verdadero de Dios siempre comienza con la revelación divina. No es el hombre quien descubre a Dios mediante sus propios esfuerzos. Es Dios quien se revela al hombre por gracia. Entre los discípulos presentes se encuentran Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos.

Entonces Pedro dice:

"Voy a pescar." (Juan 21:3).

Estas palabras han sido interpretadas de diversas maneras. Algunos consideran que Pedro estaba abandonando temporalmente su llamado. Otros entienden que simplemente estaba retomando una actividad conocida mientras esperaba nuevas instrucciones del Señor. Sea cual sea el caso, el relato nos muestra algo importante: los discípulos todavía no saben exactamente cómo será la siguiente etapa de sus vidas. Y esto no es extraño. Frecuentemente Dios revela su voluntad paso a paso. Nos concede suficiente luz para avanzar, aunque no siempre nos muestra todo el camino de una vez.

Los demás responden:

"Vamos nosotros también contigo."

Entonces salen a pescar. Pero Juan añade inmediatamente:

"Y aquella noche no pescaron nada."

Aquellos hombres conocían el oficio. Habían pasado años trabajando en aquellas aguas.

-No eran principiantes.

-No eran inexpertos.

Sin embargo, toda una noche de esfuerzo termina sin resultados. **La escena nos recuerda una verdad que la humanidad suele olvidar.**

-La capacidad humana tiene límites.

-La experiencia tiene límites.

-El esfuerzo tiene límites.

El éxito final siempre depende de la providencia de Dios.

-Los hombres pueden sembrar.

-Pueden trabajar.

-Pueden planificar.

Pero solamente Dios concede el fruto.

Cuando amanece, una figura aparece en la orilla. Los discípulos no reconocen inmediatamente que es Jesús.

Entonces Él pregunta:

"Hijitos, ¿tenéis algo de comer?" (Juan 21:5).

La respuesta es breve:

"No."

A veces Dios permite que nuestros recursos se agoten para recordarnos dónde se encuentra la verdadera fuente de provisión. La autosuficiencia constituye una de las ilusiones más persistentes del corazón humano. Y frecuentemente el Señor la derriba mediante circunstancias que revelan nuestra dependencia de Él.

Entonces Jesús les dice:

"Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis." (Juan 21:6).

La instrucción parece sencilla. No ofrece una explicación.ni desarrolla una estrategia compleja. Simplemente llama a obedecer y los discípulos obedecen. El resultado es inmediato.

"Y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces."

Aquello que había sido imposible durante toda la noche ocurre en un instante cuando interviene el Señor. No porque el esfuerzo humano carezca de valor. Sino porque el éxito definitivo proviene de Dios. La abundancia aparece cuando Cristo actúa. El fruto llega cuando Cristo bendice. La provisión se manifiesta cuando Cristo ordena. La abundancia de esta pesca también recuerda las palabras que Jesús había pronunciado pocas horas antes de su pasión:

"Separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5).

Toda una noche de esfuerzo humano produjo un resultado estéril, pero una sola palabra del Señor transformó el fracaso en abundancia. Juan vuelve a mostrar que el fruto verdadero nunca depende únicamente de la capacidad, la experiencia o el trabajo del hombre, sino de permanecer en Cristo y obedecer su voz. Allí donde Él bendice, el esfuerzo encuentra su verdadero propósito y produce el fruto que solo su poder puede conceder.

Entonces el discípulo amado comprende lo que está ocurriendo.

"¡Es el Señor!"

La fe comienza a conectar las evidencias.

-Aquella autoridad sobre la creación.

-Aquella provisión sobrenatural.

-Aquella manifestación de poder.

Todo apunta hacia la misma persona.

Es Cristo.

-El mismo que convirtió el agua en vino.

-El mismo que alimentó multitudes.

-El mismo que calmó la tormenta.

-El mismo que venció la muerte.

Este milagro recuerda inevitablemente la pesca extraordinaria ocurrida al comienzo del ministerio de Jesús (Lucas 5). En aquella ocasión, una red llena de peces fue el escenario en el que Pedro recibió el llamado a seguir al Maestro y a convertirse en pescador de hombres. Ahora, después de la cruz y la resurrección, el Señor vuelve a manifestarse mediante una

pesca milagrosa. El paralelismo no parece casual. El mismo Cristo que llamó a Pedro al principio es el mismo que, después de su negación, sale nuevamente a su encuentro para restaurarlo y confirmarlo en su servicio. La fidelidad del Señor permanece firme aun cuando sus discípulos han fallado, porque su llamado descansa en su gracia y no en los méritos humanos. Pedro reacciona inmediatamente. Se lanza al agua para llegar cuanto antes a la orilla. Su impulsividad sigue siendo evidente. Pero también lo es su amor por el Señor. A pesar de sus fallas pasadas, continúa deseando estar cerca de Cristo. Y aquí encontramos una lección preciosa. Los fracasos del creyente no tienen por qué alejarlo definitivamente del Salvador. La gracia invita a regresar. La misericordia abre nuevamente el camino. Cristo continúa recibiendo a aquellos que vienen a Él. Cuando llegan a la orilla, encuentran algo sorprendente.

"Vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan." (Juan 21:9).

Hay un detalle profundamente significativo en esta escena. Antes de que los discípulos llevaran los peces que acababan de capturar, Jesús ya había preparado el fuego, el pan y el pescado. La provisión no dependía de ellos, sino de Él. Aunque el Señor quiso que participaran en la obra, no necesitaba de sus recursos para sostenerlos. Así sucede también en la vida cristiana. Nuestro servicio jamás suple alguna carencia en Cristo; por el contrario, es Él quien sostiene, alimenta y fortalece a quienes le sirven. Toda verdadera abundancia tiene su origen en la suficiencia del Salvador. El Señor que gobierna el universo ha preparado una comida para sus discípulos. La escena posee una ternura extraordinaria. Después de la resurrección, Cristo no se muestra distante. No aparece como alguien inaccesible.

-Continúa manifestando cuidado por los suyos.

-Continúa atendiendo sus necesidades.

-Continúa ejerciendo su amor pastoral.

Entonces les dice:

"Venid, comed." (Juan 21:12).

La invitación refleja la comunión restaurada que existe entre el Salvador y su pueblo. La cruz ha quitado la barrera del pecado. La resurrección ha confirmado la victoria. Ahora los discípulos disfrutan nuevamente de la presencia de su Señor. Y mientras comparten aquella comida junto al mar, una verdad queda claramente establecida.

-El mismo Cristo que murió en la cruz vive para siempre.

-El mismo Cristo que consumó la redención continúa sosteniendo a su pueblo.

-El mismo Cristo que venció a la muerte sigue siendo el proveedor, el guía y el Pastor de los suyos.

Por eso la iglesia nunca depende finalmente de sus propios recursos.

-Su esperanza no descansa en estrategias humanas.

-Su seguridad no proviene de capacidades personales.

Todo lo que necesita se encuentra en Cristo.

-Él dirige la obra.

-Él provee el fruto.

-Él sostiene a su pueblo.

-Él cumple sus propósitos.

Y aun cuando los creyentes atraviesan noches de incertidumbre o experimentan la insuficiencia de sus propios esfuerzos, el Señor continúa estando en la orilla, gobernando todas las cosas con perfecta sabiduría y recordando a los suyos que la verdadera abundancia siempre se encuentra bajo su bendición.

CAPÍTULO 35

¿Me amas? La restauración del pastor

Contexto histórico

Después de compartir la comida junto al mar de Galilea, el Señor dirige su atención hacia Pedro. No se trata de una conversación casual. Detrás de este encuentro hay una herida aún reciente.

Pocas semanas antes, Pedro había afirmado con firmeza que estaba dispuesto a seguir a Cristo hasta la muerte. Sin embargo, durante la noche del arresto, negó tres veces conocer a su Maestro (Lucas 22:31–34). El discípulo que prometió fidelidad absoluta descubrió dolorosamente la fragilidad de sus propias fuerzas. Aunque Cristo ya había resucitado y se había aparecido a sus discípulos, era necesario tratar aquella caída de manera directa. No para destruir a Pedro, sino para restaurarlo. El propósito de Jesús no es humillar. No busca encerrar a su discípulo en la culpa. Va a restaurar a un hombre que será utilizado poderosamente en la edificación de la iglesia. **La restauración comienza con el amor.** Después de la comida, Jesús inicia la conversación:

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (Juan 21:15).

El Señor usa el nombre original de Pedro, recordándole su identidad antes del llamado apostólico. No hay dureza, pero sí una confrontación amorosa del corazón. La pregunta no gira en torno al conocimiento, ni a los dones, ni a la capacidad ministerial. **Gira en torno al amor.** Porque en el reino de Dios, el amor a Cristo es el fundamento de todo servicio verdadero. **La expresión:**

"¿me amas más que éstos?"

probablemente recuerda la antigua confianza de Pedro en sí mismo. Antes de la crucifixión había asegurado que, aunque los demás tropezaran, él permanecería fiel (Mt. 26:33). Ahora Jesús no le pregunta si sigue considerándose superior a los demás discípulos, ni si posee mayor valentía o capacidad. Lo confronta con la única cuestión verdaderamente esencial: su amor por el Señor. El orgullo ha sido reemplazado por la humildad, y la autosuficiencia comienza a dar paso a una dependencia sincera de la gracia.

-Antes de pastorear, hay que amar.

-Antes de servir, hay que pertenecer.

Pedro responde:

“Sí, Señor; tú sabes que te amo.”

Y Jesús le dice:

“Apacienta mis corderos.”

La gracia de Cristo no solo perdona; también restaura y confía responsabilidad.

Jesús vuelve a preguntar:

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (Juan 21:16).

Pedro responde nuevamente afirmativamente, y recibe otra comisión:

“Pastorea mis ovejas.”

Aquí se establece una verdad fundamental del ministerio cristiano:

-Las ovejas pertenecen a Cristo.

-No pertenecen al pastor.

-No pertenecen a una institución.

-Han sido compradas con su sangre.

El pastor no es dueño, sino mayordomo del rebaño de Dios.

Esta comisión también enlaza con la enseñanza de Jesús como el Buen Pastor (Juan 10). Aquel que dio su vida por las ovejas ahora llama a Pedro a participar en su cuidado, no como dueño del rebaño, sino como un pastor bajo la autoridad del Pastor Supremo. Las ovejas siguen siendo de Cristo; quienes las sirven únicamente administran con fidelidad aquello que pertenece al Señor.

Por tercera vez Jesús pregunta:

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (Juan 21:17).

Pedro se entristece. La repetición le recuerda sus tres negaciones. El Señor está restaurando exactamente en el mismo lugar donde ocurrió la caída. Esta restauración no toma a Pedro por sorpresa ni constituye un cambio en los planes de Dios. Antes de su negación, Jesús le había advertido que Satanás pediría zarandear a los discípulos, pero también le aseguró:

"Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos"(Lc. 22:31-32).

Juan 21 muestra el cumplimiento de esa promesa. El mismo Señor que anunció la caída también había preparado la restauración y el futuro ministerio de su discípulo.

Pedro responde:

“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.”

Aquí ya no hay presunción. No hay confianza en sí mismo. Solo dependencia del conocimiento perfecto de Cristo. Ha aprendido una lección esencial del discipulado: la verdadera madurez espiritual comienza cuando dejamos de confiar en nosotros mismos.

Jesús responde nuevamente:

“Apacienta mis ovejas.”

El amor a Cristo y el cuidado del pueblo de Cristo son inseparables.

La restauración de Pedro revela algo profundamente consolador: Cristo no descarta a los suyos por sus caídas.

-El Señor disciplina, corrige y confronta, pero también restaura y reanuda el llamado.

-Ninguna caída es demasiado profunda para su gracia.

-Ningún fracaso supera su misericordia.

-Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia.

-El futuro del testigo restaurado

Jesús añade entonces una palabra profética:

“Cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.” (Juan 21:18).

Juan explica que esto se refería a la forma en que Pedro glorificaría a Dios mediante su muerte. Aquel que una vez prometió fidelidad sin comprender su debilidad, ahora será formado por la gracia hasta convertirse en un testigo fiel hasta el final. El hombre que negó a su Maestro terminará dando su vida por Él. No por fortaleza humana, sino por la fidelidad de Cristo que sostiene a los suyos.

Finalmente, Jesús concluye:

“Sígueme.” (Juan 21:19).

Es el mismo llamado que Pedro escuchó años atrás junto al mar de Galilea, pero ahora con un peso más profundo. Pedro conoce su debilidad, conoce la gracia de Cristo y conoce el costo del discipulado. Pero el llamado no ha cambiado.

Sígueme.

Conclusión

La vida cristiana nunca ha consistido en una historia de perfección humana, sino en una relación viva con Cristo que restaura, sostiene y llama continuamente. El ministerio no nace del mérito, sino de la gracia. La utilidad del creyente no depende de su pasado, sino de la fidelidad del Señor que lo restaura. Y la iglesia descansa en esta verdad inquebrantable: Cristo no solo llama a los imperfectos, sino que los forma, los restaura y los envía para cumplir sus propósitos. Porque en el reino de Dios, la restauración no es el final del proceso, sino el inicio de una misión renovada bajo la gracia del Pastor Supremo.

CAPÍTULO 36

Sígueme: la suficiencia de Cristo para cada discípulo

Contexto histórico

El Evangelio de Juan llega a su capítulo final después de haber conducido al lector a través de las grandes verdades de la persona y obra de Jesucristo.

-Hemos contemplado al Verbo eterno hecho carne.

-Hemos visto sus señales y milagros.

-Hemos escuchado sus enseñanzas.

-Hemos acompañado su camino hacia la cruz.

-Hemos contemplado su muerte expiatoria.

-Hemos visto la tumba vacía.

-Hemos celebrado la victoria de la resurrección.

Ahora, en los últimos versículos del evangelio, Juan nos deja una enseñanza profundamente pastoral acerca del discipulado.

Después de restaurar a Pedro y anunciarle aspectos de su futuro ministerio, Jesús le dirige una orden sencilla:

"Sígueme." (Juan 21:19).

Sin embargo, Pedro hace algo que refleja una tendencia común del corazón humano. En lugar de concentrarse completamente en el llamado que acaba de recibir, dirige su atención hacia otro discípulo.

"Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús." (Juan 21:20).

Aquel discípulo era Juan, el autor del evangelio. Pedro observa su presencia y formula una pregunta:

"Señor, ¿y qué de éste?" (Juan 21:21).

La pregunta parece natural. Cristo acababa de hablar acerca del futuro de Pedro. Ahora él desea conocer el futuro de Juan. Quiere saber cuál será el plan de Dios para la vida de otro discípulo. Y aunque la pregunta parece inocente, revela una inclinación que continúa presente entre los creyentes. Con frecuencia resulta más fácil preocuparnos por el camino que Dios ha trazado para otros que concentrarnos en el camino que ha trazado para nosotros.

-Comparamos ministerios.

-Comparamos oportunidades.

-Comparamos dones.

-Comparamos responsabilidades.

-Comparamos resultados.

Y muchas veces terminamos perdiendo de vista el llamado particular que Dios nos ha dado. La respuesta de Jesús es tan firme como necesaria.

"Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú." (Juan 21:22).

Las palabras del Señor fueron malinterpretadas por algunos creyentes, quienes pensaron que Jesús había prometido que Juan permanecería con vida hasta su regreso. Sin embargo, el propio evangelista corrige esa idea. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino:

"Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? " (Juan 21:23).

El propósito de Cristo no era revelar el futuro de Juan, sino enseñar a Pedro que no debía ocuparse de los planes de Dios para otros. La atención del discípulo debía permanecer fija en el llamado que él mismo había recibido: seguir fielmente a su Señor.

En otras palabras:

"No te corresponde conocer todos mis propósitos para otros."

"No necesitas entender completamente mi plan para cada persona."

"No debes medir tu llamado comparándolo con el de los demás."

"Tu responsabilidad es seguirme."

Estas palabras contienen una lección fundamental para toda la vida cristiana. Dios no trata a todos sus hijos exactamente de la misma manera.

Algunos reciben una tarea pública.

Otros sirven en silencio.

Algunos son llamados a largos años de ministerio.

Otros son llamados a una labor más breve.

Algunos atraviesan grandes sufrimientos.

Otros experimentan circunstancias diferentes.

Pero la fidelidad nunca se mide comparando vocaciones. Se mide obedeciendo el llamado que Cristo ha dado a cada uno. **Pedro moriría como mártir. Juan viviría muchos años más. Uno**

glorificaría a Dios mediante una muerte violenta. El otro glorificaría a Dios mediante una larga vida de servicio. Los caminos serían distintos. El Señor sería el mismo. Esta verdad produce una profunda libertad espiritual. El creyente ya no necesita vivir comparándose constantemente con otros.

-No necesita medir su utilidad por los estándares humanos.

-No necesita envidiar los dones ajenos.

-No necesita frustrarse porque su historia sea diferente.

La voluntad de Dios para cada uno de sus hijos es perfecta. Y la responsabilidad de cada discípulo consiste simplemente en seguir a Cristo donde Él lo conduzca. No deja de ser significativo que el Evangelio comience con hombres que responden al llamado de Jesús para seguirle (Juan 1:35-51) y concluya con ese mismo llamado dirigido a Pedro. Desde las primeras páginas hasta las últimas, Juan presenta el verdadero discipulado como una respuesta continua a la voz de Cristo. El camino del creyente no consiste simplemente en adquirir conocimiento acerca de Jesús, sino en caminar tras Él con fe, obediencia y perseverancia. Así, el Evangelio forma un hermoso marco literario que inicia y termina con la invitación del Señor a seguirle.

Juan continúa diciendo:

"Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero." (Juan 21:24).

Aquí el apóstol identifica su papel como testigo. No escribe como un filósofo especulando acerca de ideas religiosas. No escribe como alguien transmitiendo rumores. Escribe como un testigo ocular.

-Ha visto.

-Ha escuchado.

-Ha caminado con Cristo.

-Ha contemplado su gloria.

Por eso su testimonio posee autoridad.

El evangelio descansa sobre acontecimientos reales realizados por Dios en la historia. La fe cristiana no está construida sobre mitos. Está construida sobre la persona histórica del Señor Jesucristo.

Entonces Juan concluye con unas palabras llenas de asombro:

"Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir." (Juan 21:25).

Así concluye el Evangelio de Juan. Pero no concluye la historia de Cristo. Porque el Salvador que caminó por los senderos de Galilea, murió en la cruz y resucitó al tercer día vive para siempre. Continúa reinando a la diestra del Padre, edificando su iglesia, intercediendo por los suyos y cumpliendo sus promesas. Todo ello armoniza con el propósito que Juan declaró al concluir su Evangelio:

"Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre"(Juan 20:31).

Cada señal, cada discurso, cada milagro, la cruz, la resurrección y aun este llamado final conducen al mismo objetivo: despertar una fe viva en Jesucristo. Quien ha creído en Él recibe la vida eterna y responde con una vida de obediencia al mandato permanente del Maestro. Y hasta el día de su regreso, su voz sigue resonando con la misma autoridad, la misma gracia y el mismo poder:

"Sígueme." Amén.

CONCLUSIONES FINALES

Contemplando la gloria de Cristo en el Evangelio de Juan

Al llegar al final de este recorrido por el Evangelio de Juan, una verdad sobresale por encima de todas las demás: Jesucristo es el centro de la revelación divina y la única esperanza para la humanidad caída. Desde las primeras palabras del evangelio, Juan nos condujo a contemplar la gloria del Verbo eterno. Antes de la creación, Cristo ya existía. Antes del tiempo, compartía la gloria del Padre. Él no comenzó a existir en Belén; descendió del cielo para cumplir la misión redentora que le había sido encomendada desde la eternidad. A lo largo de estas páginas hemos visto que cada señal realizada por Jesús apuntaba más allá del milagro mismo. La transformación del agua en vino reveló su autoridad sobre la creación. La multiplicación de los panes mostró que Él es el verdadero sustento para el alma. La resurrección de Lázaro anunció su poder sobre la muerte. Cada obra fue una ventana que permitía contemplar algo de su gloria divina. También hemos visto que Cristo no vino simplemente para enseñar un camino hacia Dios. Él declaró ser el camino. No vino solamente para anunciar la verdad. Él es la verdad. No vino simplemente para ofrecer vida. Él es la vida. El evangelio nos mostró repetidamente la incapacidad humana para salvarse a sí misma. Nicodemo necesitaba nacer de nuevo. La mujer samaritana necesitaba el agua viva. El paralítico necesitaba ser levantado. El ciego necesitaba recibir la vista. Lázaro necesitaba ser llamado fuera de la tumba. Cada uno de estos encuentros ilustra la condición espiritual de toda la humanidad apartada de la gracia de Dios. Pero donde abundó la necesidad humana, sobreabundó la gracia divina.

-Cristo vino a buscar lo que estaba perdido.

-Vino a dar vista a los ciegos.

-Vino a dar vida a los muertos.

-Vino a reconciliar pecadores con Dios.

La cruz ocupa el lugar central de esta historia. Allí contemplamos simultáneamente la gravedad del pecado y la grandeza del amor divino. El pecado es tan serio que requirió la muerte del Hijo de Dios. Pero el amor de Dios es tan inmenso que entregó a su propio Hijo para salvar a los pecadores. Cuando Cristo declaró: "Consumado es", anunció que la obra de la redención había sido completada perfectamente. Nada podía añadirse a su sacrificio. Nada podía perfeccionar su obediencia. Nada podía aumentar el valor de su sangre derramada. Y cuando resucitó al tercer día, el Padre confirmó públicamente la victoria del Hijo. La tumba quedó vacía. La muerte fue derrotada. La esperanza eterna quedó asegurada para todos aquellos que creen en Él. A lo largo del evangelio también hemos aprendido que seguir a Cristo implica mucho más que una profesión verbal. Significa permanecer en Él como los pámpanos permanecen en la vid. Significa obedecer su palabra. Significa amarle por encima de todas las cosas. Significa caminar por fe incluso cuando no comprendemos completamente sus caminos. Los discípulos que encontramos al comienzo del evangelio eran hombres comunes, llenos de limitaciones y debilidades. Sin embargo, la gracia de Cristo los transformó. Pedro fue restaurado. Tomás fue

fortalecido. Juan fue sostenido. Y lo mismo continúa haciendo el Señor con su pueblo en cada generación. Al cerrar este libro, debemos recordar que el propósito del Evangelio de Juan nunca fue simplemente aumentar nuestro conocimiento bíblico. Su propósito es conducirnos a Cristo.

-Cada capítulo nos invita a contemplarlo.

-Cada enseñanza nos señala hacia Él.

-Cada milagro revela algo de su gloria.

-Cada discurso exalta su persona.

-Cada página proclama su suficiencia.

Por eso la pregunta más importante al terminar este estudio no es cuánto hemos aprendido, sino qué hemos hecho con Cristo.

¿Hemos creído verdaderamente en Él?

¿Hemos descansado en su obra redentora?

¿Hemos rendido nuestra vida a su señorío?

¿Estamos siguiéndolo cada día?

Porque el mismo Cristo que llamó a Andrés, Pedro, Felipe y Natanael continúa llamando hoy.

El mismo Cristo que perdonó a la mujer sorprendida en adulterio continúa ofreciendo gracia.

El mismo Cristo que llamó a Lázaro fuera de la tumba continúa dando vida espiritual.

El mismo Cristo que restauró a Pedro continúa restaurando corazones quebrantados.

Y el mismo Cristo que ascendió al cielo continúa reinando con toda autoridad.

Un día la fe dará lugar a la vista. Las promesas alcanzarán su cumplimiento final. La iglesia contemplará a su Señor cara a cara. Y entonces comprenderemos plenamente lo que ahora vemos solamente en parte. Hasta ese día, el Evangelio de Juan continúa elevando nuestros ojos hacia Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, el Salvador de los pecadores, el Rey victorioso y la esperanza segura de todos los que creen.

"Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre."

Amén.

EPÍLOGO DOCTRINAL

Las Grandes Doctrinas del Evangelio de Juan

Al concluir nuestro estudio del Evangelio de Juan, es apropiado detenernos para contemplar las grandes verdades doctrinales que el Espíritu Santo ha revelado a través de este libro inspirado. Desde el prólogo hasta el capítulo final, Juan no solamente nos presenta acontecimientos históricos; nos conduce a conocer más profundamente a Jesucristo, el Hijo eterno de Dios. Cada milagro, cada discurso, cada encuentro y cada señal tienen un propósito: revelar la gloria de Cristo y fortalecer la fe de aquellos que creen en su nombre. Las doctrinas que encontramos en este evangelio no son simples conceptos teológicos para llenar la mente de conocimiento. Son verdades divinas destinadas a conducirnos a la adoración, la obediencia y una comunión más profunda con nuestro Salvador.

La Deidad de Jesucristo

La verdad más importante que Juan establece es que Jesucristo es verdaderamente Dios.

El evangelio comienza declarando:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios."

Cristo existía antes de la creación.

No fue creado.

No comenzó a existir en Belén.

Es eterno.

Comparte plenamente la naturaleza divina.

A lo largo del evangelio esta verdad se confirma repetidamente. Cristo posee autoridad sobre la naturaleza, sobre la enfermedad, sobre los demonios, sobre la vida y sobre la muerte. Recibe adoración, perdona pecados y comparte la gloria del Padre.

La culminación de esta enseñanza aparece cuando Tomás exclama:

"¡Señor mío, y Dios mío!"

Por tanto, el Jesús presentado por Juan no es simplemente un maestro moral ni un profeta extraordinario. Es Dios manifestado en carne, digno de toda adoración, obediencia y confianza.

La Soberanía de Dios en la Salvación

El Evangelio de Juan presenta una visión profundamente elevada de la soberanía divina. **La salvación no comienza en la voluntad humana sino en el propósito eterno de Dios. Jesús enseña que nadie puede venir a Él si el Padre no obra primero en su corazón. La fe no surge**

de la capacidad natural del hombre caído. Es el resultado de la gracia de Dios actuando eficazmente.

Desde el principio hasta el final, la salvación es obra del Señor.

-El Padre planea.

-El Hijo redime.

-El Espíritu Santo aplica la redención.

Toda la gloria pertenece a Dios porque la salvación pertenece enteramente a Dios. Esta verdad no disminuye la responsabilidad humana de creer, pero sí nos recuerda que toda esperanza descansa finalmente en la gracia divina y no en las capacidades del hombre.

La Elección Divina

Relacionada estrechamente con la soberanía de Dios encontramos la doctrina de la elección.

Jesús declara:

"Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí."

Y también afirma:

"No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros."

A lo largo del Evangelio de Juan aparece repetidamente la expresión **"los que me diste",** especialmente en la oración sacerdotal del capítulo diecisiete.

Estas palabras revelan que existe un pueblo dado por el Padre al Hijo desde la eternidad. La elección no es presentada como una doctrina fría o especulativa. Es una fuente de consuelo para el creyente. Nuestra salvación descansa en un propósito eterno que no puede fracasar. La elección excluye toda jactancia humana porque la salvación es por gracia. Produce humildad porque nada hemos hecho para merecerla. Produce seguridad porque Dios termina la obra que comienza. Y produce adoración porque toda la gloria pertenece únicamente al Señor. La elección no elimina la necesidad de la fe ni la proclamación del evangelio. Más bien garantiza que Cristo salvará eficazmente a todos aquellos que el Padre le ha dado.

La Regeneración: El Nuevo Nacimiento

La conversación entre Jesús y Nicodemo nos introduce a la doctrina del nuevo nacimiento.

Cristo declara:

"Os es necesario nacer de nuevo."

La humanidad no necesita simplemente educación religiosa. No necesita únicamente mejorar su conducta. Necesita una transformación sobrenatural. El hombre natural está espiritualmente

muerto y separado de Dios. Por ello, la entrada al reino de Dios requiere una obra milagrosa realizada por el Espíritu Santo. La regeneración es el acto mediante el cual Dios concede vida espiritual al pecador. Es una nueva creación. Es el comienzo de una nueva existencia. Todo verdadero creyente ha experimentado esta obra soberana de Dios. Sin nuevo nacimiento no existe verdadera fe. Sin nuevo nacimiento no existe verdadera vida espiritual.

La Obra Sustitutiva de Cristo

Desde el primer capítulo, Juan presenta a Jesús como:

"El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo."

Esta imagen conecta directamente con todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento. Durante siglos se ofrecieron sacrificios que apuntaban hacia una realidad futura.

Cristo es esa realidad. En la cruz llevó el castigo que merecían los pecadores. Murió en lugar de ellos. Satisfizo plenamente la justicia divina. Tomó sobre sí la condenación que correspondía a su pueblo.

Por eso pudo declarar:

"Consumado es."

La obra redentora quedó completada.

No necesita añadidos.

No necesita complementos humanos.

No necesita sacrificios posteriores.

La cruz es suficiente porque el sacrificio de Cristo es perfecto.

La Seguridad Eterna del Creyente

Otra verdad gloriosa que encontramos en Juan es la seguridad de los redimidos.

Cristo afirma:

"Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás."

La seguridad del creyente descansa en el carácter de Dios. Las ovejas pertenecen al Buen Pastor.

-El Padre las guarda.

-El Hijo las preserva.

-Nadie puede arrebatarlas de sus manos.

Esta doctrina no promueve descuido espiritual. Por el contrario, fortalece la confianza del creyente en medio de las pruebas. Nuestra perseverancia descansa finalmente en la fidelidad de Dios. Porque Aquel que salva también guarda y preserva a los suyos hasta el final.

La Unión con Cristo

En el discurso de la vid verdadera encontramos una de las imágenes más hermosas del evangelio.

Cristo declara:

"Yo soy la vid, vosotros los pámpanos."

La vida cristiana consiste en permanecer unidos a Cristo.

-Toda bendición espiritual fluye de esta unión.

-La justificación.

-La santificación.

-La perseverancia.

-La comunión con Dios.

-El fruto espiritual.

Todo proviene de Cristo y separados de Él nada podemos hacer. Unidos a Él encontramos todo lo necesario para la vida espiritual. La unión con Cristo constituye el fundamento de todas las demás bendiciones de la salvación.

La Iglesia como Pueblo del Buen Pastor

Juan presenta a Cristo como el Buen Pastor que conoce a sus ovejas y da su vida por ellas. La iglesia no es una organización humana fundada por hombres.

Es el pueblo adquirido por la sangre de Cristo.

Es la comunidad de los redimidos.

Es el rebaño del Pastor celestial.

Cristo llama a sus ovejas.

Las reúne.

Las protege.

Las alimenta.

Las conduce con seguridad.

Y un día las llevará a la gloria eterna.

La iglesia existe porque Cristo la compró y continúa edificándola mediante su poder.

La Esperanza de la Gloria Futura

El Evangelio de Juan no termina mirando hacia atrás, sino hacia adelante.

Cristo promete:

"Voy, pues, a preparar lugar para vosotros."

La vida eterna comienza en el presente, pero alcanzará su plenitud en el futuro. Los creyentes esperan la resurrección final. Esperan la consumación del reino de Dios. Esperan la plena restauración de todas las cosas. Esperan contemplar la gloria de Cristo cara a cara. Esta esperanza sostiene al pueblo de Dios en medio de las pruebas, sufrimientos y aflicciones de esta vida. La historia no terminará en la tumba. Terminará en la presencia gloriosa de Cristo.

Conclusión del Epílogo

Al contemplar estas doctrinas descubrimos que todas convergen en una sola persona: Jesucristo.

Él es el Verbo eterno.

Él es el Hijo de Dios.

Él es el Elegido del Padre y el Salvador de los elegidos.

Él es el Cordero que quita el pecado.

Él es el Buen Pastor.

Él es la Resurrección y la Vida.

Él es la Vid Verdadera.

Él es el Rey victorioso que reina a la diestra del Padre.

Toda la Escritura apunta hacia Él.

Toda verdadera doctrina encuentra su centro en Él.

Toda esperanza descansa en Él.

Toda adoración pertenece a Él.

Por eso, al cerrar este libro, la invitación sigue siendo la misma que encontramos desde el primer capítulo hasta el último:

Mira a Cristo. Cree en Cristo. Permanece en Cristo. Descansa en Cristo. Vive para Cristo.

Porque en Él se encuentran la gracia, la verdad, la salvación, la vida eterna y la esperanza de gloria.

A Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, sea toda la gloria, toda la honra y toda la alabanza por los siglos de los siglos. Amén..

Aplicación final al lector

Has recorrido estas páginas no solo como lector, sino como alguien que ha sido confrontado por la verdad de la Palabra de Dios. Ahora el libro termina, pero la pregunta más importante apenas comienza: ¿qué harás tú con lo que has leído? Este no es el final del mensaje, sino el momento donde el mensaje te encuentra a ti.

Si no conoces a Cristo

Si aún no has rendido tu vida a Jesucristo, la mayor necesidad que tienes no es información, sino salvación. No basta con comprender doctrina; necesitas un nuevo corazón. Cristo no te llama a una religión, sino a una relación viva con Él. Hoy es el día de gracia. No endurezcas tu corazón. Ven a Él con fe y arrepentimiento, porque Él "vino a buscar y a salvar lo que se había perdido".

Si te has apartado

Si una vez caminaste cerca de Dios, pero te has enfriado o desviado, escucha de nuevo Su voz. No es un llamado de condenación, sino de restauración. El Padre sigue recibiendo al hijo que regresa. No importa cuán lejos hayas llegado, la gracia aún abre el camino de vuelta. Vuelve hoy, sin excusas, sin demora.

Si estás luchando en tu fe

Si atraviesas dudas, cansancio espiritual o luchas internas, no estás solo en el camino. La fe no siempre se vive en emociones fuertes, sino en perseverancia. Cristo no ha dejado de ser fiel aunque tú te sientas débil. Aférrate a Su Palabra. Persevera en oración. La gracia que te salvó también te sostiene.

Si eres un creyente maduro

Si has sido afirmado en la fe, este mensaje también es para ti: no detengas tu carrera. Persevera en santidad, en servicio y en amor. Vive como luz en medio de una generación necesitada del evangelio. Tu vida debe ser un testimonio constante de la esperanza que tienes en Cristo.

Llamado final

Ahora, en este momento de cierre, la decisión ya no es sobre el libro, sino sobre tu vida. **Cristo sigue diciendo: "Ven a mí".**

La gracia sigue abierta.

-El tiempo sigue avanzando.

-La eternidad sigue siendo real.

-No pospongas la respuesta.

-No negocies con la convicción.

-No apagues la voz de Dios.

Hoy es el día para venir a Cristo, para volver a Cristo, o para seguir a Cristo con todo el corazón.

BIBLIOGRAFÍA

A continuación se presenta una selección de obras teológicas y comentarios bíblicos que han servido como referencia general para el estudio, la reflexión y la elaboración de esta exposición pastoral del Evangelio de Juan. Esta bibliografía no pretende ser exhaustiva, sino representativa de la tradición exegética y teológica consultada.

Comentarios al Evangelio de Juan

Juan Calvino, Comentario al Evangelio de Juan.

D. A. Carson, The Gospel According to John.

Leon Morris, The Gospel According to John (NICNT).

Andreas J. Köstenberger, John (Baker Exegetical Commentary on the New Testament).

F. F. Bruce, The Gospel of John.

Matthew Henry, Comentario Bíblico de Matthew Henry.

Obras Teológicas Clásicas

Agustín de Hipona, Tratados sobre el Evangelio de Juan.

Juan Calvino, Institución de la Religión Cristiana.

Juan Calvino, Comentarios bíblicos diversos.

Martín Lutero, Comentarios y sermones bíblicos.

William Hendriksen — Exposición del Evangelio según San Juan.

Teología Sistemática y Reformada

Louis Berkhof, Teología Sistemática.

Herman Bavinck, Dogmática Reformada.

John Murray, Redención: Consumada y Aplicada.

R. C. Sproul, La Santidad de Dios.

Teología Bíblica

Geerhardus Vos — Teología Bíblica.

Edmund P. Clowney — Predicando a Cristo en toda la Escritura.

G. K. Beale — Un Nuevo Testamento de Teología Bíblica.

Contexto histórico

Alfred Edersheim — La Vida y los Tiempos de Jesús el Mesías.

Craig S. Keener — The Gospel of John (2 tomos)

Biblias utilizadas

Biblia Reina-Valera 1960 (RVR1960)

Biblia de Estudio RVR60 (referencia general)

Biblia Nueva Versión Internacional(N.V.I)

Biblia de las Américas (LBLA)

English Standard Version (ESV)

Nota final

Las Escrituras han sido la fuente primaria y absoluta de autoridad para la elaboración de esta obra. Los recursos mencionados han servido como apoyo para la comprensión teológica, la reflexión doctrinal y el enriquecimiento del estudio expositivo.

Sobre el autor

Gersy Javier Simón Rodríguez es un estudiante apasionado de las Sagradas Escrituras y siervo de Jesucristo, comprometido con la enseñanza fiel de la Palabra de Dios. Su mayor deseo es exaltar la gloria de Cristo y proclamar el evangelio de la gracia con fidelidad, conforme al testimonio de toda la Escritura.

Convencido de que la Biblia es la autoridad suprema para la fe y la vida, dedica su estudio a la exposición cristocéntrica de las Escrituras, procurando mostrar cómo toda la revelación bíblica encuentra su cumplimiento en la persona y la obra del Señor Jesucristo.

Ven a Mí: Encuentros con Cristo en el Evangelio de Juan nace de ese anhelo: conducir al lector a contemplar la gloria del Hijo de Dios tal como es revelada en el cuarto evangelio, fortaleciendo la fe de los creyentes y presentando con claridad el mensaje salvador de Cristo a quienes aún no le conocen.

El autor sostiene una perspectiva teológica reformada y procura que toda enseñanza esté sometida al testimonio de la Palabra de Dios. Su oración es que esta obra sea utilizada por el Señor para la edificación de su Iglesia, el crecimiento espiritual de los creyentes y la proclamación del evangelio, de modo que toda la gloria pertenezca únicamente a Dios.